

Tray Mocha

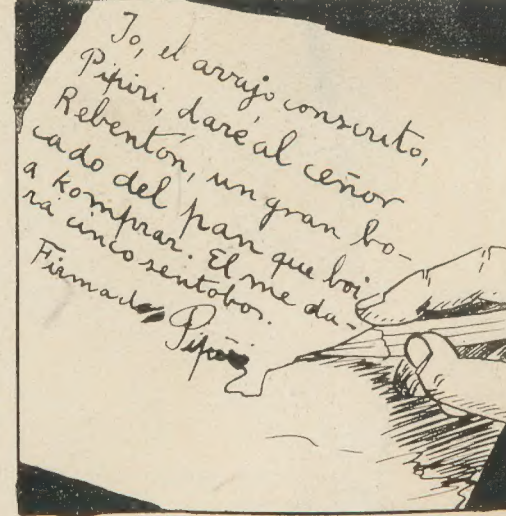
Revista Semanal



Nº. 874

" UN BUEN TIRO "

FOR W. R. LEIGH





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, enero 22 de 1929

N. 874



UN MAL ENCUENTRO

(Véase la página siguiente)



El auto se detuvo ante una casa de Brook Street. Fay Parminster miró el taxímetro, descendió y entregó al conductor el precio del viaje y la propina.

—¡Gracias, señorita! — contestó el hombre, tocándose la gorra.

La señorita Parminster se estremeció, acercóse más y miró al hombre. La luz de un foco eléctrico daba sobre la cara y ella exhaló un pequeño grito.

—¡Giles!

El conductor se quitó la gorra e hizo una mueca.

—¡Hola, Fay! — contestó.

El rostro encantador de la muchacha expresó un profundo asombro.

—¡Giles! ¿Qué hace usted con esa traza?

—Pelear a la mala suerte con las armas que tengo — contestó Giles alegremente.

—Quiere decir que usted está... está...

—¿Arruinado?... Sí... Completamente.

Por un instante la señorita Parminster miró al chofer y él a ella, lo que bien valía la pena.

—Giles — dijo de pronto Fay, tiene que entrar y contarme. No me imaginaba. ¡Venga!...

Fué así que el capitán Giles, Antonio Raeburn Hazard, ex dragón de las Guardias de Su Majestad y actualmente conductor del auto 50.778, hizo parar el motor y siguió a la resuelta damita, cruzando la acera, en dirección a una majestuosa puerta.

—Simpson — dijo la señorita al mayordomo, un hombre calvo, con cara de luna llena, — si un agente o cualquier otra persona pregunta por qué está el taxi parado ante la puerta, avíseme. Venga a la biblioteca, Giles.

Al cerrarse tras los jóvenes la puerta de la biblioteca, Fay dijo:

—El bueno de Simpson se ha quedado aturdido. No se ha acostumbrado aún a mi modo de ser, porque hace una semana que está aquí. Ahora, siéntese, Giles, y cuénteme.

—¡Pero, si no hay nada que contar, Fay! Un tonto y su dinero... Esto es todo.

—Pero tengo entendido que trabaja usted con alguien...

—Sí... y ese alguien, de pronto, se escapó al extranjero, por lo que tuve que apresurarme a ganar el pan. Yo quería enriquecerme pronto y... él también. El encontré primero que yo el medio. Y yo me quedé mirando la luna. Si hubiera tenido 1500 libras hubiese comprado la granja de Bill Laidlew, en Lincolnshire. ¿Se acuerda de Bill? Vende la granja porque se casa con la dote de una rica heredera. Y a mí me hubiera gustado comprarla.

—Pero Giles, ¿por qué no?... Quiero decir que papá podría haberle conseguido trabajo.

—Sí; pero... uno tiene escrúpulos... Fay.

Un silencio. Luego siguieron conversando un rato de temas indiferentes hasta que Giles llevó la mano al bolsillo y lanzó una exclamación:

—¡Diablo! Lo había olvidado.

—¿Qué le ocurre?

—Encontré esto en el auto esta mañana y tengo que llevarlo a Scotland Yard. — Dejó sobre el escritorio un objeto que brilló a la luz. Un colgante de perlas y dia-

La Casa de los Brezos

Por K. R. G. Browne

mantas de gran belleza y raro trabajo.

Fay miró la joya y lanzó un pequeño grito. La tomó y miróla con

UN MAL ENCUENTRO

Sí, después de muchísimos meses de encierro forzoso, en vetusta encina, en estado de larva y crisálida sucesivamente, aparece, al caer de la tarde de un día de verano al precioso insecto coleóptero llamado por los naturalistas "Lucianus cervus" y vulgarmente conocido por "Ciervo volante", por más que revestido de poderosos élitros o robusta coraza y provisto de grandes mandíbulas dentadas, ofrezca el aspecto de un ser guerrero dispuesto a combatir y aceptar el reto que otro animal de su clase le presente, no es así en realidad.

Durante su metamorfosis en el seno de añejo tronco, fué cuando ejerció su acción destructoras abriendo anchas galerías en el vegetal que le sirvió de alimento y morada, ya comprometiendo su existencia o acelerando su descomposición.

Si ahora se presenta en la superficie, a la luz del día, y recorre sosegadamente los troncos de los árboles inmediatos a su cuna, no es ya para triturar ni combatir: su instinto le lleva, antes de terminar su existencia, a un fin ordenado por la Providencia, esto es, a desempeñar los oficios propios para perpetuar su raza.

El ciervo volante macho, tal como lo vemos, va en busca de una compañera que le es necesaria al objeto indicado; y suponiéndole un sentimiento del que carece, ¡cuánto no deberá ser su descontento al encontrarse, de improviso, como lo ha ideado el autor del bello cuadro que presentamos, con un enemigo tan poderoso y despiadado como el felino que le sale al paso y que, con sus agudos dientes y afiladas uñas pronto, y aunque no sea sino por juego, puede terminar, en la hora de los amores, su eremítica existencia.

Un medio seguro le queda al insecto para salvarse. ¡Abriré sus élitros y desplegará sus alas para volar, como lo hace para ir en busca de la hembra?

Creemos que el instinto de conservación se lo aconsejará. — (N. de la R.)

EL ORIENTE

Con irritados cobres se colora
La extensión de los densos arenales,
Y un humo de oro, en rizados irreales,
Flota sobre la brasa de la aurora.

En acerbos azules se evapora
El día. La palmera en los eriales,
Desgreña sobre ciegos manantiales
Lóbregas crenchas de mujer que llora.

Padece el dromedario macilento
La resolana cruel como una llaga.
Febril empieza a delirar el viento

Pesa en los hombros una angustia aciaga.
Y en lento ascenso el sol, como un sangriento
Bostezo de león, las sombras traga.

Leopoldo LUGONES

incredulidad.

—Pero Giles!... ¡Si esto es de mamá? ¿No ha leído los diarios?

—No he tenido tiempo. ¿Qué hay?

—Anoche — dijo Fay, — alguien entró en nuestra casa y se llevo las joyas de mamá. Veinticinco mil libras de valor. Papá ha crecido dos mil al que las devuelva; pero hasta ahora no hay ningún indicio. Y ésta es una de las alhajas robadas.

—¡Diablo! ¿Está usted segura?

—Claro. Aquí están las iniciales de mamá, al dorso. ¡Mire! Giles ¿quién dejó caer esto en su coche?

—Maldito si lo sé, Fay. Tengo costumbre de registrar el coche después de cada viaje; pero a veces no lo hago por falta de tiempo. Tiene que haber estado allí desde...

Los interrumpió la llegada del mayordomo que traía una bandeja con licores.

—Simpson — dijo Fay, — ¿a qué hora cree la policía que ocurrió el robo?

Simpson dejó la bandeja, contempló con respetuosa mirada el colgante y dijo aclarando la garganta.

—En seguida de media noche, creo.

—¿Oiga, Giles? ¿Quién ocupó su coche después de las doce de la noche?

El capitán Hazard reflexionó.

—Bueno... a la salida de los teatros, llevé unos pasajeros desde Strand a South Kensington. Luego traje dos jóvenes de vuelta, hasta Piccadilly; di unas vueltas y levanté a Fletcher. Lo dejé en su casa como a las doce y cinco, me parece. Y después... ¡Ah, sí!... Un tipo de impermeable. Lo recogí en Oxford Street, cuando venía de Postman Square. Un tipo bajo, grueso, con una valija de mano. Fué el último pasajero que tuve.

—¡Es ese! — dijo Fay con animación. — ¿Donde lo llevó?

—A una casa de Hampstead, en Los Brezos.

—¿Podría dar con ella de nuevo?

—¡Oh, sí! Me hizo detener un poco antes de llegar; pero no hay muchas casas en los alrededores.

La señorita Parminster reflexionó brevemente; luego, de pronto, se levantó.

—Venga, Giles! — dijo.

—¿Qué piensa hacer?

—Iremos a Hampstead para interrogar a ese pasajero suyo. Este colgante fué robado aquí, a media noche, y esta mañana usted lo encontró en su coche. El hombre de Hampstead es quien lo ha dejado caer. Simpson, si alguien pregunta por mí, diga que he salido.

Simpson asintió y dijo como disculpándose:

—Si me perdona la libertad, señorita... Espero que usted no cometerá alguna imprudencia...

—Sé cuidar de mí persona, Simpson; gracias. Además me llevo al capitán Hazard. ¡Apúrese, Giles!

—Pero Fay, ¿no sería mejor dar cuenta a la policía?

—Déjese de policía. ¿Quiere o no la granja para criar cerdos?

—¡Granja de cerdos! — repitió Giles. — ¿Qué tiene que...?

—Dos mil libras de recompensa. No, por Dios, nada de objeciones. Son las diez. Tenemos tiempo de

estar de regreso antes de que má vuelva y quizá le traeremos alguna noticia.

Desapareció dentro del auto.

Cuando después de largo rato de camino llegaron a Hapstead y tomaron en dirección a Los Brez la noche estaba muy oscura.

—La casa queda dando vuelta la esquina. Es mejor dejar el auto aquí, mientras voy a hacer un reconocimiento.

Hizo retroceder el auto hasta un abrigo de árboles y allí lo detuvo. Luego Giles se volvió a Fay.

—Espéreme adentro.

—Está bien, Giles.

Viéndola en seguridad, Hazard puso dentro de un bolsillo una herramienta de hierro y se dirigió a la casa.

No se veía luz en las ventanas; pero un pálido resplandor salía de la banderola de la puerta del frente. Estaba separada de la calle por un pequeño terreno y un cerco de madera. Giles trepó audazmente por encima del cerco, subió los pocos escalones y agitó vigorosamente el llamador.

Se oyeron pasos y se abrió la puerta.

—¡Buenas noches! — dijo Giles. — He venido a preguntarle si alguien ha perdido aquí algo. Traje un pasajero anoche y luego encontré algo en el auto.

El hombre de las piernas torcidas no contestó en seguida; parecía observar el cerco, por donde pasara Giles, intrigado.

—¿Dónde está su auto? — preguntó áspidamente.

—Más abajo en el camino. Las luces se me apagaron y tenía miedo de no poder volver, si venía con él hasta aquí.

—¡Ah! — dijo el hombre. — ¿Con qué encontró algo en su auto?... ¿Y qué es?

—Eso — contestó Giles cortésmente — es usted quién debe decirlo.

El hombre de las piernas torcidas movió la cabeza.

—No creo que pertenezca a nadie de aquí; pero si quiere entrar, averiguaremos.

Se hizo a un lado y Giles, después de un instante de vacilación, entró en el hall.

—Espere un momento aquí, ¿quiere? — dijo el hombre. — No tardaré.

Cruzó el hall y abrió una puerta. Giles, avanzando con precaución, advirtió que detrás de la puerta reinaba profunda oscuridad. Se detuvo y medio se volvió. Y en ese mismo instante, una mano vigorosa lo tomó por los hombros y lo empujó hacia adelante. El capitán Hazard pasó por entre la puerta y vacilando fué a dar contra la pared. La puerta se cerró de golpe y oyó el ruido de la llave en la cerradura.

Recobrada la respiración Giles lanzó un juramento con toda su alma. Se había dejado cazar como un idiota. Sacó la herramienta del bolsillo y empezó a atacar furiosamente la puerta. Entre los golpes oyó ruido de voces:

—Tiene que estar en el auto. Enrique... Ve y...

—¿Qué demonios tiene? La puerta no resistirá...

—Aquí Jorge! Apaga esa luz. ¡Ahora!...

La puerta del armario donde lo había encerrado se abrió tan violentamente que Giles, perdido el equilibrio, cayó adentro del hall. Instantáneamente, de todos lados se arrojaron sobre él. Lo zamarrea-

ron, le torcieron el brazo quitándole el arma; sintió manos que oprimían su garganta, con evidente intención de estrangularlo. Nadie hablaba, ni podía ver a sus asaltantes en la oscuridad. Sólo oía sus respiraciones anhelosas. Querían evidentemente derribarlo; pero Giles había ganado varios campeonatos de boxeo. Se dió cuenta de que sus adversarios eran tres y no treinta, como creyera al principio. Empleaban sus manos, sus pies, sus dientes. Uno le dió un puñetazo en el estómago, otro le mordió la muñeca. En un momento en que pudo libertarse algo, Giles extendió una de las largas piernas, tocó algo blando y oyó con regocijo un grito de agonía.

rabioso, exhalaba amargos juramentos, cuando oyó un débil ruido, como si un auto se aproximara, rápidamente a la casa. El auto se detuvo y el ruido del motor también.

El cuarto donde estaba era pequeño y bajo de techo, iluminado por una ventana a corta distancia del suelo. Ahora, delante del vidrio, se proyectaba una sombra; una sombra que golpeaba el cristal y pronunciaba su nombre:

—¡Giles!... ¿está ahí?

Se oyó un golpe y un pedazo de vidrio que cayó al suelo. Una mano se introdujo por la abertura, buscando la falleba y luego la figura de la señorita Parminster puso una nota de distinción en la pieza.

saltó y el tercero corrió al fondo de la casa. Esperé un momento más y vi que el segundo hombre volvía del fondo a tiempo que el otro llegaba al frente de la casa con un auto. Oí que uno decía: "Ni rastros. Tiene que haberlo dejado fuera del Brezal. Bueno, no podemos esperar más. No creo que hubiera nadie con él, de todos modos". Subieron al auto y partieron.

—Fay... es usted única. Yo poco tengo que contar. Me encerraron en un armario como a una rata... Eso es todo.

—No importa — dijo ella consolándolo.

—Algo hemos descubierto. Volvamos a casa para contarlo.

Sir Vernon Parminster, alto y majestuoso, y su consorte, bajita, linda y amable, se volvieron al entrar su hija y le dirigieron una mirada severa.

—Fay ¿donde has estado? — preguntó la madre. — Estábamos... se interrumpió al fijarse en Giles. Pero... ¿no es el capitán Hazard?

—¿Eh? — dijo Sir Vernon mirándolo. — ¡Encantado de verlo, Hazard! — pero al ver su traje de chofer, murmuró vacilando:

—¿Pero qué significa?...

—Un momento, viejos — dijo Fay con autoridad; — dejadme explicarlo todo, empezando por el principio.

Cuando terminó el relato, sin que sus padres la interrumpieran por el asombro que los poseía, Giles añadió:

—Creo que, aunque han huído será fácil dar con ellos y... aquí está su colgante, señora Parminster.

—Algo es algo... — dijo la señora. — Ya le quedamos muy agradecidos, Hazard. ¿Con que ahora conduce un auto? Muy original.

—¡Simpson! — llamó el señor Vernon.

El mayordomo entró con su leve paso.

—Llame a Scotland Yard y dígales que envíen...

Un grito de Hazard lo interrumpió.

El joven había dado un salto y contemplaba al mayordomo, como si fuera un espectro.

—¡Cielos! — exclamó. — Naturalmente, Fay... ¿Cómo no lo pensamos? Simpson, amigo mío, ¿cómo se "le ha puesto ese ojo negro?"

Todos miraron el rostro lívido de Simpson que hizo ademán de huir; pero Giles lo sujetó con toda su energía y con rabia reconcentrada.

SE DICE QUE HA SIDO MALA

Es en un jardín cerrado,
cuyo césped, recortado
por celoso cuidador
no esmalta ninguna flor;
un jardín triste y severo,
sin un trino de jilguero,
sin un murmullo de fuente,
sin un mármol sonriente.

Con la cabeza inclinada
como rosa marchitada,
en un fulgor vespertino
cruza una monja el camino.

¡Oh, la frente de marfil
bajo la toca monjil,
que extiende por sus mejillas
claro-oscuros de capillas!
¡Oh, el prestigio que rodea
su cuerpo, que se desea!

Se dice que ha sido maga
del amor, que ha sido aciaga;
que por sus manos pasaron
riquezas que se acabaron,
vidas que se acabaron,
vidas que se consumieron,
ideales que se perdieron...

Sobre el jardín taciturno
se extiende velo nocturno;
y hacia el final del camino
la toca de blanco lino
palpita, con ese suave
temblar del ala de un ave...

B. FERNANDEZ MORENO

Un segundo más tarde lo habían derribado y permaneció en el suelo, con alguien sentado sobre su pecho y otro sobre sus piernas.

Una voz habló en la oscuridad; una voz llena de dolor y rabia.

—¡Maldito! ¡Me ha vaciado un ojo!

—Aquí está la cuerda — dijo uno. — Atalo, Jorge, y llevémosle arriba.

A despecho de sus esfuerzos el capitán Hazard fué fuertemente asegurado. Dos de los bandidos lo tomaron por los hombros y lo arrastraron como si fuera un ataúd... Lo metieron en un cuarto y lo arrojaron sobre el piso de una manera que su espina dorsal se resintió. Luego la puerta se cerró.

El capitán Hazard, humillado y

—¡Oh, Giles! — dijo acercándose y mirando la figura polvorienta, despeinada y llena de humillación que estaba a sus pies.

—¡Todo atado! Pero hemos tenido suerte. Espere un momento.

En un instante el capitán Hazard se encontró libre y se levantó vacilante.

—¡Muchas gracias, Fay! ¿Cómo diablos llegó aquí?

—¿Se cree que iba a quedarme en el auto mientras usted trabajaba? Me hallaba detrás de usted cuando entró y he estado espionando detrás de un seto desde entonces. Lo vi entrar y oí que gritaba. No sabía que hacer hasta que vi que alguien encendía un fósforo aquí. Luego salieron tres hombres de la casa y uno subió a una motocicleta y salió a toda carrera. Otro

Un rato más tarde una joven dama de calidad conversaba con un chofer.

—Cuando la policía haya encontrado las joyas, lo que será fácil, puesto que tiene en su poder al jefe de la banda, usted recibirá el dinero, Giles. ¡Qué lindo! ¿no?

—¡Oh, Fay! ¿Cómo puede usted pensar que he de tomarlo?

—No tendría otro remedio. Mamá empeñada en ello. Tiene que comprar ese criadero de cerdos.

Hubo una pausa. Luego Fay — Giles... usted me dijo una vez que me pediría que me casara con usted si... si...

—Si no hubiera sido pobre — contestó el joven emocionado.

—Pero ahora usted va a tener un criadero de cerdos... ¡Y a mí me gustan tanto los chanchitos!...

La princesa antropófaga

Por Claudio Dhérebale

Hacia, por lo menos, quince días que las páginas de las revistas y los escaparates de las librerías llamaban la atención del público con el siguiente anuncio:

"Hágase reservar, por su librería, la obra maestra, próxima a aparecer, titulada 'La Princesa Antropófaga', de Víctor Lebrune. El maestro indiscutible de la novela. Precio, 5 francos".

Aquella mañana el famoso editor Rogier, telefonaba a Lebrune:

—¡Hola! ¡Ah! ¿Es usted, querido autor?... Perdoneme que insistiera, pero quedo en enviarme el original de su próxima novela el mes pasado, y aun no lo he recibido...

—¿No le he dado, acaso, el título?

—Desde luego, pero...

—¡Hombré! ¡eso es lo principal! Por otra parte, en dos días, a lo sumo, me comprometo a enviarle el original íntegro...

—Gracias... Cuento con usted. La propaganda ha comenzado desde hace quince días: tengo sesenta mil ejemplares comprometidos y proposiciones de traducirlos a varios idiomas. Sólo dos días, por favor. No tarde más de dos días.

Víctor Lebrune oyó, vagamente, algunas palabras sueltas:

—Su gloria..., el público..., obra maestra..., el triunfo... —y colgó el auricular.

Después de reflexionar un instante, llamó a Anatole, su secretario.

—Dime, Rogier reclama el original de "La Princesa Antropófaga"... ¿Está listo eso?

—No hay más que el título y el plan general que bosquejamos juntos, en doce capítulos.

—Yo he prometido enviarlo íntegramente, pasado mañana, jueves. Tiene que estar.

—Pero eso es imposible.

—Arreglate. Yo no tengo tiempo; esta noche, un banquete; mañana, una fiesta, y el jueves me voy a veranear.

—Yo no puedo hacer más... Tenga en cuenta que, con ésta, van noventa y ocho novelas que hacemos en pocos años... Estoy agotado...; necesito descansar.

Víctor Lebrune permaneció un momento silencioso.

—Entonces, ya que no se puede hacer otra cosa, — dijo, — distribuye trabajo en el "taller", y tú darás el vistazo final cuando todo esté hecho.

Anatole elevó los brazos al cielo.

—Usted sabe muy bien que los ayudantes están ausentes...

—¿Todo el mundo me planta, entonces? ¡Sería el colmo que yo mismo tuviera que escribir mis novelas!

El pobre Anatole se sintió abrumado ante esta lógica afirmación, y no se atrevió a mover siquiera un músculo del rostro, en tanto que el novelista recorría la habitación a grandes pasos. Un silencio preñado de amenazas, gravitó en el ambiente.

Por eso tembló al sentir que Lebrune posaba la mano sobre su hombro, y con el rostro iluminado por una sonrisa feliz, le decía:

—¡Eureka, viejo! ¡Ya está! Todo es cuestión de ponerse a pensar un poco, para salir de apuros.

El jueves, a las cuatro, el texto íntegro de "La Princesa Antropófaga" era remitido a Rogier, el famoso editor.

Se dijo, días después, cuando el libro apareció, que Víctor Lebrune, nunca había tenido la imaginación más exaltada, un estilo más variado y pintoresco, una fantasía

más brillante.

Y, sin embargo, el novelista no había dejado de concurrir a su banquete ni a su fiesta, y estaba gozando en aquellos momentos de las frescas brisas del mar. ¿Un milagro? ¡Hum!... ¿Qué la escribió Anatole tal vez? No, señores.

La verdad es otra, y muy distinta, por cierto.

El miércoles por la mañana, en todos los diarios se podía leer este anuncio:

"Escritor célebre busca secretario para secundarle en sus trabajos literarios. Indispensable fácil inventiva y condiciones naturales. Presentarse a las 19, calle Riviere 189".

A la hora indicada, de acuerdo a las instrucciones recibidas, Anatole interrogaba a los treinta y nueve candidatos que se habían presentado.

Procedía por eliminaciones sucesivas, y, a las cuatro, introdujo

a los doce últimos en el gabinete del novelista.

—Señores. Iré directamente al grano. Es más que un secretario lo que deseo: es un colaborador. Voy a proceder, pues, a una especie de concurso, que me permitirá juzgar más fácilmente de las aptitudes de ustedes. Se les entregará a cada uno un plan de capítulo en que los nombres, la acción y los lugares se indicarán con toda claridad. Tienen que traer, mañana a las 8 unas 40 cuartillas. En término de veinticuatro horas designaré a mi secretario, a quien ofrezco tres mil francos al mes, como sueldo fijo, y un tanto por ciento de las ganancias. Los otros no recibirán respuesta alguna.

Al día siguiente, la novela estaba lista. Pero, durante dos días, los doce autores anónimos esperaron, en vano, recibir la carta que nunca llegó.

RUGBY

SENCILLA ELEGANCIA -

SOLIDEZ - FUERZA - ECONOMIA

Un cuarto de siglo dedicado a la industria automotriz; a la construcción de diversas marcas de automóviles-hoy todas famosas-permite ofrecer en el RUGBY un coche completo y de elegante aspecto cuyas ventajas en duración, potencia y economía, las atestiguan más de 35.000 poseedores en nuestro país.

DITLEVSEN & Cía. Ltda.

Casa Matriz:
Ing. HUERCO 1335

Buenos Aires

Exposición:
Av. DE MAYO 600

Se le adjudicaba a Norita, con razón o sin ella, la cualidad de mal genio.

Porque el tener mal genio es una cualidad bien mirada. El mal genio sirve de escudo.

Y, sobre todo, eso del mal genio es muy relativo. Decid las verdades y perderéis las amistades.

Además, Norita no soportaba el fingimiento. A Norita se le ponía como mosca en la nariz la hipócrita compostura de muchas personas que no es por natural, ni por corrección, ni por nada parecido que tienen buen genio.

Norita era inteligente, vivarachita, expansiva. No tenía más que eso: que brincaba ante una falsedad o se revolvió contra una injusticia. Alguien le insinuaba a veces la ventaja de ser discreta. Eso de rebelarse por una nimiedad proporciona disgustos, crea antipatías, hace a uno el vacío...

Solía encogerse de hombros y exclamar:

—¡Yo encantada de la vida!

Frisaba en los veinticuatro y asistía a una serie de enlaces como a una película. Fulana, Mengana y Perengana se habían casado. Iban a hacer lo propio X, Y y Z.

—¿Qué haces tú, pues?—le preguntaban.

—¿Yo? ¡Encantada de la vida!

No le faltaron adoradores. Pero los pretendientes escurrían el bulto, juzgando altivez y mal carácter lo que era franqueza y lealtad.

Su propia madre llegó a decirle:

—Pero, hija mía, ¿en qué piensas? Vas a adquirir mala fama... A Ricardito por fas y a Ramoncito por nefas, les haces ¡fú! como los gatos. A los hombres no les gusta una muchacha de bronce. Careces de flexibilidad. Ríete de eso del feminismo. Te van a huir todos.

Invariablemente pagaba la muchacha con un encogimiento de hombros y la frase de cajón, galicismo puesto en boga:

—¡Encantada de la vida!

—¿Encantada?...

—Sí, mamá. El que me huye no me conoce.

—O te teme.

—Da lo mismo. Porque yo no soy una Medusa.

—Claro que no.

—Pues por lo mismo. El que me tema o me desconozca no es capaz de comprenderme, no podría hacerme feliz.

—Para ser feliz hay que transigir y disimular. Mira yo con tu padre... Ya ves, con su geniazos...

—Ahí tienes. Y os habéis querido siempre.

—Sí. Pero imagínate que yo hubiese tenido un genio como el suyo...

—O como el mío — interrumpió Norita sonriendo.

—Bueno, o como el tuyo.

—Pues nada, que os habríais adaptado también, que cuando se quiere de veras el temperamento influye poco. Regañar no es engañar.

Llegó de Australia un mocetón algo pariente de la familia. Contaba diez años más que Norita. Había bregado con tesón y reuni-

Encantada de la vida

Por Sebastián Gomila

do unos cuartejos, con los cuales pensaba establecerse en su país y cimentar su vida.

Era casi guapo, casi brusco y noblote sin casi.

Reanudóse una amistad que databa de la niñez, y daban risa sus coloquios. A lo mejor, más que coloquio parecía un pugilato. No se perdonaban nada ni se callaban

—¡Por afinidad!...

La réplica era endiablada:

—¡Por... cuernos!

Certísimo. A Hilario, el mocetón, no le llegaban muy adentro los topetazos, y a Norita le dejaban las destemplanzas tan fresca.

Total que, entre choque y choque, se pasó algún tiempo; que

—No empecemos...

—Acabemos, pues.

—Acabar, acabar... ¡Poco que lo sabes tú!...

—¿Yo? ¿Qué es lo que sé yo?

—Que si quisieras...

—Continúa...

—Que te quiero como un bestia...; que no me has conocido a fondo...; que nuestras explosiones ocultan un sentimiento... No sé si tú...

—¡Sí, hombre, no finjas! Ahora te lo digo yo: "¡Poco que lo sabes!..."

Unos años después Norita e Hilario, en compañía de un par de rorros, seguían dando que decir a las gentes.

Cuando se formalizaron las cosas a la mamá le entró un temblor convulsivo y hubo de exclamar:

—¡Ave María Purísima!

El padre la tranquilizó:

—Te digo por centésima vez que serán felices.

—¿Lo seríamos nosotros si tuviera yo el genio de nuestra hija?

—Sí. Lo seríamos más. ¡Cuántas veces no he deseado verte alzada, sacudiendo esa pasividad torturadora!

La pobre mujer creyó que su marido se había vuelto loco.

El hogar del nuevo matrimonio no era un paraíso. Si no abundaban las disputas, eran frecuentes las discordias. No se perdonaban mutuamente nada. En la intimidad y ante la gente Norita e Hilario eran lo mismo. Quizá para estar por casa guardaban alguna más franqueza entre sí que de ordinario. Pero en el fondo la misma diafanidad de pensamiento y la misma claridad de expresión.

Las gentes no creían en aquella felicidad, no podían entenderla.

Mas era el caso que de aquellos matrimonios de Fulana, Mengana y Perengana, amén de los que siguieron de X, Y y Z, los unos habían sido presa del hastío, los otros estaban corroídos de malestar y alguno llegó a la desavenencia hasta el punto de dar en la separación.

La más amargada de sus amigas fué un día a verla y le contó sus desventuras. Tal vez esperaba un consuelo por el lado de la similitud. Porque era imposible que Norita, con su mal genio, e Hilario, con su brusquedad, viviesen en paz y en gracia de Dios.

—Ya ves, querida. No sabemos lo que nos depara la suerte. No medimos las eventualidades del matrimonio...

—No, ciertamente — replicó Norita.

—El hombre se nos descubre después de casado. ¡Cómo nos engañan!

—Ahí tienes. Preferible es el que se manifiesta desde un principio tal cual es. Ha sido mi idea de siempre. Si hay engaño, no hay engaño.

—Pero ¿tú eres dichosa con Hilario? ¿Vives feliz?

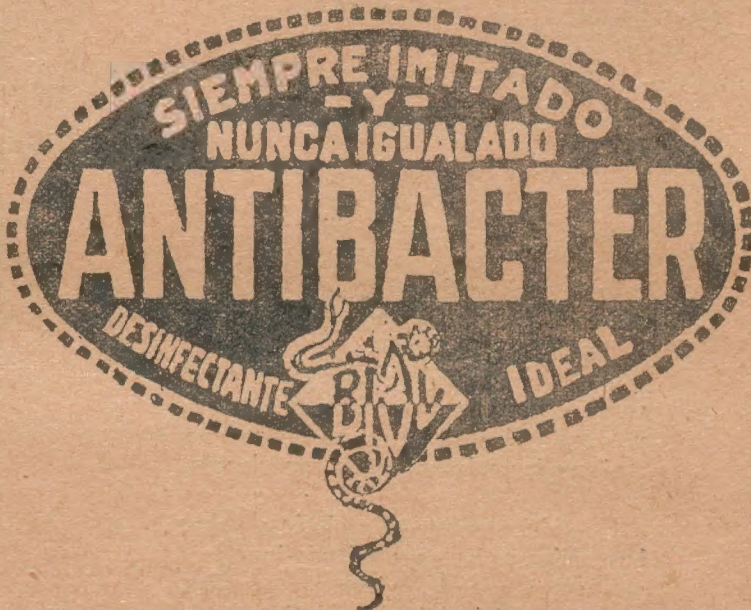
Contempló Norita a la desventurada, y poniendo en el semblante el comedimiento que las circunstancias exigían soltó sonriendo su frase habitual:

—¡Encantada de la vida!

Y lo dijo de veras.

Instituto Biológico Argentino

Buenos Aires — Florencio Varela



ANÁLISIS CLÍNICOS. SUERO-REACCIÓN DE WASSERMANN. SUERO-REACCIÓN TÍFICA DE WIDAL. TUBERCULINA HUMANA Y BOVINA PARA APLICACIONES DIAGNÓSTICAS Y TERAPÉUTICAS EN EL HOMBRE Y EN LOS ANIMALES. ESTUDIO DE LAS EPIZOOTIAS, PREPARACIÓN DE AUTOVACUNAS.

SUEROS Y VACUNAS TERAPÉUTICAS, PRODUCTOS OPO Y ÓRGANO TERAPÉUTICOS.

RIVADAVIA 1745

U. T. 37 RIVADAVIA 3344 - 7018 - 7019

nada. El cruce de miradas y de frases alcanzaba a veces las proporciones de tempestad. Eran rayos y truenos.

Pero venía la calma, desaparecían las nubes y quedaba la atmósfera límpida y despejada.

El padre de Norita, notando aquel sesgo especial de la pareja, objetaba a su cónyuge viéndola condolidas:

—No seas boba. Ni a él se le requeman las extrañas ni a ella se le desparrama la hiel. Todo va a flor de labio.

—Me dan pena.

—A mí me solazan.

La pobre señora aventuraba esta ironía:

aquellos dos erizos tenían algo sensible debajo de las púas, y que un día...

Lo oyó el papá, y se muere aún de risa recordándolo. Un palique insólito, una declaración a golpe de martillo y un sí tajante como una cuchilla.

Dijo Hilario, entre balbuciente y hosco:

—¡Si no fueras tan... no sé cómo!...

Observó Norita con la mayor naturalidad:

Repítelo, lo del otro día:

—Bueno, bien, lo que quieras. Pero es que una fineza merece otra. Tú me llamaste bruto.

—Y por qué te llamé bruto?

UNA VISIÓN

Por Kurt KUCHLER

El salón de la baronesa de Aspern hallábase sumido en la penumbra. El conde reclinóse en su sillón, y del bolsillo de su chaleco de seda color malva, extrajo una pequeña cigarrera de oro, y encendió un cigarrillo.

Sentada frente a él, la joven y hermosa baronesa de Aspern, lo contemplaba con honda emoción. Por fin, con voz que denotaba toda su ansiedad, preguntó:

—¿Y... señor conde?

Este echó una bocanada de azulado humo hacia el techo de la habitación.

—¿Ve usted, señora baronesa, cómo se desvanece el humo azul? Así somos también nosotros... Semejantes a nubecillas de humo... Sin ningún sostén nos balanceamos entre las llamaradas del amor, por entre la vida, para volver a la nada, a la eterna obscuridad... Un leve soplo basta para disolvernos... Mire usted...

Y su mano extendida sacudió la suave espiral de humo de su cigarrillo.

—¿Y esto significa...?—preguntó la baronesa.

—Es sólo la respuesta a la penosa historia que termina usted de narrarme.

—¿Quiere usted decir con esto, señor conde, que mi pena ha absorbido por completo mi personalidad? ¿Qué ya, no ve en mí sino una nubecilla de humo llevada por el viento? ¡La comparación me parece harto trivial!

—¡Perdón, señora! —suplicó el conde. — Por primera vez me encuentro hoy en su salón; la conozco a usted sólo desde ayer, que la ví en casa del príncipe. Usted sabe que a su vista me emocioné como si una mano de hierro me apretara el corazón. Al preguntarme usted por el motivo de mi turbación, sólo le contesté rogándole que me recibiera hoy en su casa. Usted vaciló... pero mi nombre sin tacha desvaneció sus escrúpulos. Tuvo usted la bondad de recibirme, quería que le diera la respuesta a su pregunta; y en vez de hacerlo así, le he pedido que me contara la historia de su vida... Y usted accedió sólo por conocer qué relación podría existir entre mi pedido y su pregunta...

—¿Y? —interrogó de nuevo, anhelante, la baronesa.

—Y he sufrido una decepción. Había esperado oír algo fantástico, algo fuera de lo común... Y me narró usted una historia sensible, pero vulgar: que contraído matrimonio muy joven, adorando a su marido, que él la amó, se divorciaron... y que esta única y gran decepción de su vida, apagó para siempre sus impulsos vitales. Me dijo usted que ya no era sino una flor deshojada, una criatura sin fuerzas para amar. De ahí mi comparación trivial, como dice usted; no es usted la mujer que yo creía encontrar...

—Es usted cruel, conde; y más que eso, poco galante.

Dejó su asiento el conde. Su rostro volvióse duro; todos sus mús-

culos estaban en tensión... Sus ojos brillaban afiebradamente.

—Señora baronesa —dijo con voz ahogada, — créame usted: no he venido con el propósito de galantearla... He venido en busca de la solución del enigma de mi vida... a despejar la densa obscuridad que me acompaña desde hace años...

La baronesa clavó en él sus miradas emocionadas. Las palabras del conde, pronunciadas pesadamente, la llenaban de una sensación de temor. Trató de leer en su fisonomía, pero sólo distinguió el brillo de sus ojos, en la semi-obscuridad del atardecer.

—La he alarmado, señora baro-

nesa; estoy dispuesto ahora a contestar a su pregunta.

Calló por unos segundos y luego prosiguió:

—Antes de comenzar mi historia debo declararle que estoy convencido de que mi mal es hereditario. Mi madre, último vástago de una antiquísima familia de la nobleza húngara, y de una belleza excepcional, sufrió durante toda su vida la obsesión de que moriría víctima indefensa de la pasión de un amante imaginario...

Guardó silencio por un momento. También la baronesa callaba.

El prosiguió:

—Una mañana, después de haber bailado toda la noche, la encontraron tendida en su lecho con las venas del pulso cortadas. ¡Contaba apenas treinta y cuatro años de edad! Al cumplir yo veinticinco, vine por primera vez a Viena. En compañía de un tío mío asistí a un baile en casa del príncipe de Avesperb, el mismo en cuyo palacio la conocí a usted ayer. Al subir la escalera que conducía al salón, vino a nuestro encuentro

BLASON

Apenas soy un pálido felibre,
y canto en claros versos lo que siento.
Ni cóndor, ni león: estoy contento
con saber que soy hombre y que soy libre.

Hasta mi torre de marfil, sagrada,
ni llega el cieno, ni salpica el lodo:
baño el peldaño de mi torre, ¡todo!
sobre el peldaño de mi torre, ¡nada!

Como el Jesús de los sagrados cuentos
voy a cumplir sereno mi destino,
y como a él, los que erizan mi camino,
mañana lamerán mis pies sangrientos.

Que alcancen otros la gloriosa palma
buscando sombras y siguiendo huellas
porque yo, cuando quiero ver estrellas,
me asomo al infinito de mi alma.

Ni nunca el odio me dejó rencores,
ni el amor, con su halago, me domina,
pues sé que tras la flor está la espina
como tras de la espina están las flores.

Abierta el alma a toda Primavera,
mi corazón, por dualidad gloriosa,
frente a frente al Amor, es una rosa,
y encarado al combate, una bandera.

Como nada a mi estirpe martiriza,
ni nada turba mi real decoro,
tengo, para el canalla, fusta de oro,
para el calumniador, una sonrisa.

En marcha imperturbable a un fiio Oriente,
desdeño el hombre de la muchedumbre,
porque aprendí hace tiempo que la cumbre,
va conmigo, a la altura de mi frente.

Así sé que al nacer a otros albores
y al disgregarme en átomos dispersos
lo mismo que hoy de mi alma salen versos
saldrán mañana, de mi carne, flores.

Ricardo MIRO



una dama de tan maravillosa belleza que me impresionó como una visión sobrenatural, como algo irreal... Una figura de reina, cabellos negros como la noche, ojos negros de incomparable hermosura. En fin: su retrato, señora baronesa. Al pasar me miró ella con intensidad, sonriendo imperceptiblemente... Yo me así del pasamano de la escalera: de tal manera me sentí impresionado: me volví, pero ella ya había desaparecido. Mi tío me tomó del brazo, preguntándome asombrado lo que me sucedía.

—¿Viste la dama que pasó por nuestro lado? —le pregunté.

—Divagas —fué su contestación; — no ha pasado nadie...

Turbadísimo entré al salón. El brillo de miles de luces, las cadencias de la orquesta, las sonrisas de hermosas damas, el baile, todo aquello me volvió a la realidad.

Otra vez volví a verla bailando. Corrí hacia la pareja, pero la perdí de vista entre la concurrencia.

Cerca ya de la media noche, encontrándome con mi tío y otros caballeros en el buffet tomando una copa de champaña y contemplando a los danzantes, me sentí de pronto estremecer: de entre el gentío avanzaba "ella" con paso lento, la cabeza erguida y los ojos buscadores... Mi mano se aferró al hombro de mi tío...

—¿La ves ahora...; aquella señora?

—¿Qué señora?...

Pero ya la había perdido de vista. Luego volví a verla de súbito al otro extremo del salón, a la puerta de salida, en momentos de despedirse, sonriente, de algunos caballeros. Me lancé tras ella, bajé corriendo la escalinata y llegué al guardarropa en el preciso momento en que ella desaparecía por el portal del palacio y subía a un auto. Me informé entre la servidumbre del guardarropa quién era aquella dama que acababa de salir... Me miraron consternados; durante el último cuarto de hora, ninguna dama había abandonado el palacio...

Volví sobre mis pasos, y a la entrada del salón ví a los mismos caballeros de quienes ella se había despedido; cortésmente les pregunté por la dama de cabellos negros... Me miraron sonriendo; debía ser una equivocación, ninguna dama había hablado con ellos... Yo sentí vacilar mi razón... ¿Me perseguía una alucinación? ¿Estaría ebrio?... Sin despedirme de los dueños de la casa, abandoné el palacio, casi sin fuerzas para llamar un coche, y me hice conducir a mi hotel.

Durante días y semanas permanecí en una espantosa intranquilidad moral, sumido en una confusión de pensamientos indescritibles, hasta que otros acontecimientos llenaron mi vida, arrojando un velo sobre aquel enigma.

Pero un día aquella mujer apareció de nuevo. La hallé encarnada en una dama que vi pasar en un coche descubierto, en dirección al palacio imperial, y de la cual mi acompañante me informó que era la esposa de un magnate húngaro. Yo me sentí unido a aquella mujer por un misterioso lazo...

Tres días después la volví a ver. Encontrábame en un palco del Burgheater; después del primer acto, al pasar revista con mis lentes de teatro a las señoras de los palcos de enfrente, reconocí de pronto a mi misteriosa desconocida que me miraba con fijeza. No había duda... ¡Era ella! Estaba sola, en el tercer palco desde el escenario. Me levanté, pasé apresurado el corredor y con cautela entreabrí la puerta de su palco... ¡Estaba vacío! Me sobrecogió de nuevo; era algo extraordinario... Yo tenía la plena seguridad de que todos los palcos fronteros al mío habían estado ocupados... Sentí que en mi frente brotaba el sudor... Al ocupar de nuevo mi asiento, volví a verla negligentemente apoyada sobre el antepecho del palco, con aquellos divinos ojos negros clavados en mí... La sangre en mis venas parecía querer paralizarse... Sin poderme contener salí de nuevo... corriendo... y de un tirón abrí la puerta de su palco... ¡Y volví a hallarlo vacío! Aterrado, abandoné el teatro...

El conde hizo una pausa, respirando afanosamente. La baronesa permanecía acurrucada en su sillón sin hacer ningún movimiento, con las manos entrelazadas y fuertemente apretadas contra su seno.

De nuevo las palabras del conde interrumpieron el silencio:

—Me creí víctima de alucinaciones. Una permanencia de cuatro meses en un sanatorio me devolvió la tranquilidad. Salí de allí sintiéndome sano, alegre.

Pasaron dos años; parecía haber olvidado por completo mi extraña obsesión. Me comprometí con la hija de un ministro austriaco. En la fiesta de los esponsales, que tuvo lugar en el palacio de mi futuro suegro, yo me sentía lleno de felicidad, sólo dedicado a tejer ensueños de color de rosa... Elevé mi copa para brindar por mi dulce y amada novia... En el mismo instante me asaltó una sensación, como si una mano extraña volviese mi cabeza hacia el otro extremo de la mesa... Y usted comprenderá mi espanto: vi allí, sentada, a la hermosísima mujer, de pálido semblante y soberbios ojos... Elevé su copa y bebí sonriéndome... Yo me levanté como movido por un resorte, y caí desvanecido...

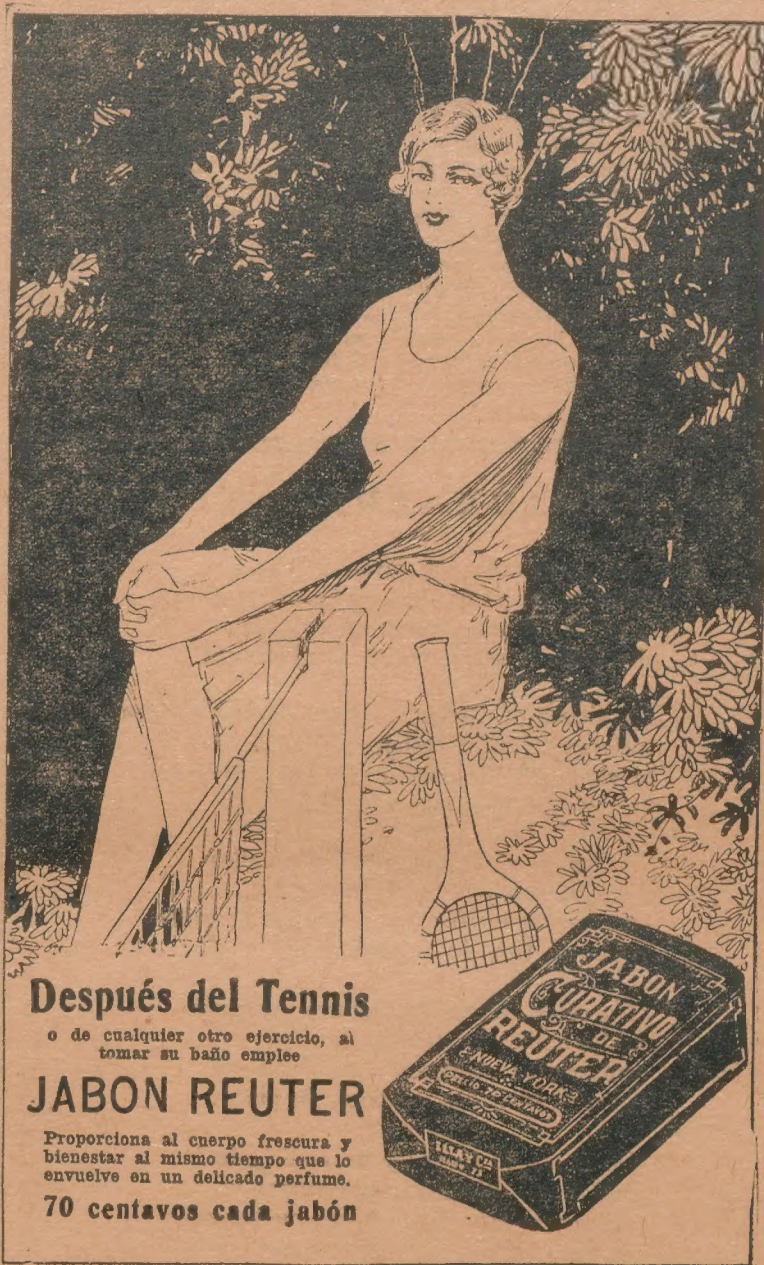
Pasé días imposibles de describir. Todo rostro de mujer que veía se parecía al de aquella misteriosa visión. También en mi novia, a la que veía a diario, creía reconocer sus facciones, su cabello, a pesar de que el de ella era rubio como el oro, y el de la otra negro como el azabache. Deshice mi compromiso; mi amor por mi novia habíase convertido de pronto en un odio profundo.

Abandoné Viena y durante cinco años viajé por todos los países.

Al regresar, por fin, me consideré nuevamente curado. El amor por las mujeres hermosas, por la vida, volvió a florecer en mí. Los días deslizábanse plácidos y serenos. Y ahora... Anoche la ví a usted, la baronesa de Aspern, el retrato fiel de mi perseguidora de antaño... Su parecido exacto con

aquella visión de pasados días me impresionó hondamente. Pero, dominando mis nervios y decidido a todo, le rogué me permitiera hacerle una visita... Usted asintió... Y aquí me tiene ahora, más tranquilo que nunca: es usted una persona de carne y hueso... Nada le une a aquel enigma indescifrable...

sin embargo, me ha proporcionado un alivio indescriptible. Creo que si me fuera permitido verla a usted a menudo, el enigma de mi vida se desvanecería; es usted el vivo retrato de aquella mujer... Quisiera poder creer que ha sido usted en realidad... y a la idea de que no ha sido una visión, sino una



Después del Tennis
o de cualquier otro ejercicio, al tomar su baño emplee

JABON REUTER

Proporciona al cuerpo frescura y bienestar al mismo tiempo que lo envuelve en un delicado perfume.

70 centavos cada jabón

Mi visión ya no es tal... ¡Existe usted en realidad!...

Calló el conde; levantóse de su sillón, y, dirigiéndose a un ángulo de la sala, dió vuelta al conmutador eléctrico. El salón quedó inundado de luz. La baronesa permanecía silenciosa; en su rostro pálido veíanse huellas de lágrimas.

—¿Llora usted? Por favor, oívi de la pesadez de este relato, el que,

criatura humana, me salvaré... ¿Me permitirá usted volver?

La baronesa le tendió la mano.

—Si con esto puedo ayudarle, vuelva usted.

El conde se inclinó sobre aquella mano delicada y la besó con efusivo respeto.

Al salir de allí sintióse aliviado, tranquilo; el aire fresco de la noche le produjo una sensación agra-

dable. Dirigióse a un restaurante y al cenar tomó una botella de champaña. Después, en tranquilo estado de ánimo dirigióse a su domicilio. Las calles silenciosas y desiertas, el aire puro y el cielo constelado de estrellas, le sugirieron el deseo de proseguir su paseo.

Ensimismado seguía por la escarpada pendiente del Denubio. Sintió de súbito posarse una mano sobre su brazo... Volvióse azorado y delante de él vió muy cerca un rostro pálido... Bajo los cabellos negros como la noche, brillaban dos enormes ojos negros...; sobre los ojos vagaba una dulce sonrisa llena de seducción... Helado de espanto, retrocedió el conde; pero, repuesto en seguida, abanzóse sobre la joven, empujándola hasta el borde del puente. Le costó gran trabajo arrancar la mano con que se aferraba a sus ropas. A poco oyó un grito estridente... un chapoteo en el agua. Luego, nada más... Y huyó despatarrado.

A la siguiente mañana, después de un sueño reparador y tranquilo, recordó su aventura nocturna, y pensó:

—Es singular la íntima tranquilidad que experimento...

Parecía que este último hecho lo libertaba para siempre de la demoníaca persecución.

Luego leyó en un diario de la mañana la noticia de que en la noche anterior se había extraído del canal del Danubio el cuerpo sin vida de una mujer joven. La descripción que en el diario se hacía de ésta, dejó perplejo al conde...

Dirigióse a la "morgue", haciéndose conducir por un guardián hasta donde yacía el cuerpo de la desconocida, y sintió entonces congelarse la sangre: las facciones de la muerta le eran totalmente desconocidas... el cabello era rojo y los ojos, aún muy abiertos, eran azules...

Impasible, sin que ningún músculo de su rostro se alterase, salió.

Al día siguiente, por la mañana, el ayuda de cámara del conde encontró a su amo sin vida, tendido en una poltrona; muy cerca de la mano, que casi tocaba la alfombra de Smirna, vió la "browning", cuyo cañón relucía a la luz del sol que penetraba a la estancia.

La vida de los poetas

Emile Verhaeren, estudió en un colegio de jesuitas de Gante y luego se recibió de abogado en la Universidad de Lovaina. Sus cantos a las nuevas realidades son de un intenso lirismo. La lucha entre la ciudad y el campo es, para este poeta, el pasado y el porvenir.

Al morir León Diérx, Paul Fort fué proclamado, por numerosos escritores jóvenes, príncipe de los poetas de Francia.

Gustave Kahn fué, en Francia, uno de los instauradores del verso libre. Consideraba la versificación como ciencia de la armonía.

Stuart Merrill, nacido en Nueva York, criado en Francia, fué poeta francés y político norteamericano. Publicó sus versos en París, y en su ciudad natal fundó grupos socialistas.

ANÉCDOTA

El abogado francés, doctor Jules Turbato, defendía ante el tribunal a un pobre diablo, acusado de haber seducido a una señorita.

"Yo no conozco — dijo al final de su discurso — más que tres medios, tres armas de seducción: la belleza, el ingenio y el dinero.

¿La belleza?... Mirad a mi defendido, ¡no puede ser más feo!

¿El ingenio?... Ya le habéis oído, ¡no se puede ser más estúpido!

¿El dinero, en fin?... ¡No ha tenido siquiera para pagarme mis honorarios!"

Y el acusado fué absuelto.

En compañía de un buen amigo que se alejó temprano de mi lado, pues dobló la esquina de la vida, allí donde la muerte atrapa a sus mejores víctimas, o sea, al cruzar el punto que media entre la juventud y los primeros cejaes de la edad viril; corríamos la caravana tras de doradas ilusiones, o simples quimeras, cuando de improviso, por el cansancio que nos aplastaba, debimos hacer alto frente a una casita de humilde aspecto aldeano, que como un botón de nácar parecía sujetando la falda verde de la montaña riscosa, en un despliegue de arboledas y en un panorama semejante a un beso de luz en plena primavera, jugando las flores con los pájaros y éstos con las aguas del arroyo, en las que a diario bañaban su plumaje.

Habíamos recorrido la distancia que dista de Candonga a la Estancia de los Padres Dominicos en el departamento, Colón, montados en buenos fletes serranos: sin preocuparnos para nada de cosas materiales, que a esa edad jamás cuajan pero ni en deseos, realizábamos este viaje con tan altos pensamientos, que, la montaña misma, con su cimera de piedras y rocas superpuestas, a la moda de un monumento, no sería el símil de nuestros anhelos; y sí, más bien, imagen viva de ellos, los cóndores y las águilas que en el espacio, muy arriba, ululantes y severos, paseaban su olímpica majestad de monarcas del vuelo y de la serenidad. Así, con esa eterna ilusión de azul, detuvimos allí nuestra marcha, atraídos por la fascinación que despertó en nuestros corazones románticos, el espectáculo de una sencilla boda campesina, en plena serranía; por teatro del suceso una modesta casa de campo; por actores, la hija de unos paisanos y un robusto mozo de la vecindad.

A fuerza de idealistas que íbamos bebiendo sol, luz, aire y belleza del paisaje nativo, encontramos a la mitad de la jornada nuestra recompensa o nuestro premio. Como pasáramos frente al rancho desde el cual la música criolla de la guitarra y el acordeón, se hacían escuchar con sus insinuantes dejos poéticos, viéndonos parados, alguien salió de la casa al camino público, por la escondida senda que conducía a esa región encantada del amor, a convidarnos a la fiesta, dado que como forasteros teníamos derecho a un asiento en ese festín doméstico, lleno de sugestión y encantos, por lo que de él participaban una novia campesina con su rostro de manzana, pulposa como una breva, y un muchacho fornido y guapo como un toro; ambos, raros ejemplares de la raza criolla, que habían resuelto tirar en yunta de la carroza matrimonial.

Aceptamos: por un callejón cubierto a uno y otro lado del cerco con "Santas Lucías", "verbenas" y "no me olvides", en la combinación del azul púrpura, del granate y falanges compactas de prístinas hadas silvestres, allí colocadas para hacer la guardia de honor a la bella prometida, una margarita del campo! Ya en el patio, sombreado por las copas frondosas, de sauces gigantes, aquello se transformó, a nuestra vista, en un jubileo de la dicha, haciendo su obra fraternal entre los mortales; música genuinamente lugareña, dividiendo en dos los corazones, partiendo o rajando las piedras y acompañándose en las propias no-

EL ESCUERZO

Por Juan José Vélez

tas del ambiente diáfano y luminoso, todo lo llenaba de una rara melancolía que parecía salpicar las cosas o arroparlas en ese tenue velo con que los recuerdos guardan los tesoros del pasado. De rato en rato apeábanse a la puerta del rancho jinetes que traían enancadas a niñas del pago, vestidas con percales baratitos, breves corpiños a la usanza campera, de una sola trenza, rematando en un rojo clavel o algún botón de rosa; en tanto que sus acompañantes lucían flamantes botas granaderas,

culares, el comisario con sus huesos, un hombracho pelinegro, ojituerto y patizambo, de mucha autoridad en las pulperías, en las canchas de carreras y en las rifas de gallos, se entretenía con sus parciales, tirando a la taba, con ese hábito consagrado en las grandes aglomeraciones de pueblo, de ser el personaje de más monta. La muchacha se había apartado al fondo de la casa, bajo una galería cerrada por una hermosa parra que le tejía con sus amplias hojas un verdadero toldo. Novia y novio re-

AGUAFUERTE

Ondula tu talle con giros de llama
¡oh rica vendimia de gracias en flor!
tus ojos, picantes como un epigrama,
alumbran la senda que lleva al amor...

Tu vienes de Grecia... Los cuadros divinos
reflejan tu grácil esbozo triunfal:
tu vienes de Francia... En mil gobelinos
he visto tu linda carita imperial...

Tu flor es el lirio de cándidos valles
y en los camafeos está tu perfil:
también en un óleo que guarda Versailles
sonríe tu tipo de infanta gentil...

¿No sabes, Helena? Cantaron tu gracia
sutiles abates del tiempo que fué;
cantaron tu negra cabellera lacia,
tus ojos rasgados, tu boca, tu pie...

¡Oh musa de trovas y de madrigales!
¿qué laurel tejerte que no tengas ya
si desde la estrofa de horas medioevales
en todas las rimas tu silueta va?

Estás en el Sévres de las miniaturas,
entre los perfumes que cantó Musset,
y eres la princesa que haces las figuras
en los insinuantes giros del minuet...

Belisario ROLDAN

amplios chambergos, pañuelos al cuello abriéndose en triángulo sobre las espaldas y una desenvoltura campechana que consistía en caminar con las piernas en arco y balanceándose, al llevar el compás con la cabeza.

Jamás soñáramos, mi amigo y yo, con una sorpresa tal: en pleno bosque, oloroso a la fruta del chañar y del molle, por testigo la montaña adusta, era ella misma un oráculo o semillero de leyendas. El cura de la localidad asistía a la fiesta y daba tono y empaque a la rueda de viejas comadres que, con el mate en las manos, o copitas de guindado o bandejas con alfeñiques o bizcochitos con grasa, se le presentaban para tentarlo: bajo los algarrobos se-

citábanse en secreto promesas y venturas para pocas horas después despertando en unos la envidia y en muchos los deseos.

¡Oh, fatalidad del destino! Se encontraba la fiesta en su apogeo, cuando alguien preguntó por la prometida. Esta bella criatura se había retirado al interior de las habitaciones conducida por su novio hasta la puerta de la que debía ser su alcoba, con el tálamo nupcial a la vista, esplendoroso de flores y tules, espejos y espejuelos; la blanca lencería luciendo bellos deshílados con dibujos de aves y hojas; un menaje sencillo pero muy decente en el mobiliario y los utensilios familiares. Ya tardaba en volver a la reunión, cuando empecé al cuchicheo, contagian-

do a todos, con las dudas sobre el suceso: ¡la novia se había enfermado de repente!

¡Oh, profunda tristeza la que embargo los espíritus!

—¡El escuerzo! ¡El escuerzo! que "vide" anoche bajando al arroyo al ir a traer agua — una vieja mazamorrera. — ¡El escuerzo! ¡El escuerzo! — seguía repitiendo con voz ronca la comadre del tío Rufino — la ha mordido y se está hinchando como vejiga. ¡Pobrecita la Rosalía! ¡Tan linda!

—Vayan a traer a fia Fortuna; monten ligero y lleven de tiro al macho gateado, para que se venga ella junto con ustedes. No le admitan disculpas.

Eran voces de mando u órdenes que daba el comisario, arremangándose como para embestir a alguien; talero en mano, el chambergo echado atrás y ya un poco "pícao" con los repetidos traguitos de ginebra.

La guitarra, el acordeón y un arpón viejo, construcción aborigen, que formaban la orquesta, dejaron de tocar bulliciosas piezas, para plañir unas muy pesadas, profundamente tristes y, a un diapasón cavernoso. Los músicos, apercibidos de lo que gritaba la vieja, atribuyendo el hecho al escuerzo, ya se dieron cuenta de todo, y de inmediato destemplaron los instrumentos para que lloraran penas en vez de cantar alegría.

El cuadro cobraba cada instante más lúgubre aspecto: la novia no volvía a la reunión, y recostada en su tálamo parecía más bien una muerta; al pie de él, el novio lloraba como un niño; los padres desesperados, presas del paroxismo que mata el amor en el corazón, eran unos locos. El cura casamentero, ahora desempeñaba funciones funerarias.

—¡El escuerzo! ¡El escuerzo! — vociferaba por detrás de la casa, la vieja mazamorrera. — Ese le hizo el mal, se vino anoche del arroyo y metido en el catre, la mordió. ¡Vampiro miserable, le ingirió en la sangre el veneno!

Y así fué; a las pocas horas de sentirse mal, la novia falleció y según el diagnóstico de fia Fortuna, la vieja comadre que llegó tarde, a verla, había muerto del mal que produce la baba del escuerzo.

Allí dejamos nosotros a la gente preparándose para el entierro, llorosos los concurrentes, desesperado el novio y tan afligidos los padres, que daba pena presenciar aquel cuadro.

—¡El escuerzo! ¡El escuerzo! — gritaba con voz angustiosa la vieja mazamorrera, e n tanto que molía el maíz en el mortero de algarrobo y espantaba los pollos que se le subían hasta la cabeza por los desperdicios de la molienda.

Pero un viejo criollo que la escuchaba, matrero criado a campo, sin asco a los difuntos, ni miedo a nadie, dijo:

—Niños: soy criollo viejo, y sé mucho de tales brujerías, que por aquí hace correr la gente. No es cierto que el escuerzo sea venenoso, ni que haga el mal con la mirada o escupiendo lejos su baba; la niña habrá muerto de cualquier otra cosa, tal vez de un golpe de sangre a la cabeza, por el sobresalto en que se hallaba, y nada más; el escuerzo tiene esa mala fama, cuando no pasa de ser un sapo vulgar.

Y allí terminó el cuento se despejaron nuestras dudas y renació la calma en nuestros espíritus.

Siempre vivas

Ya se sabe, por boca de un poeta, que es muy conveniente morir para aprender a vivir. Sólo después de haber vivido, conocemos la vida, cuando ya se ha hecho tarde para aprovechar la experiencia.

Peró hay otra cosa digna de meditación: el culto de insinceridad que se rinde a la vida a través de la muerte. Al que se muere, lo entierran, no cabe duda, porque no puede permanecer insepulto; pero lo entierran con funerales de primera clase y le ponen una cruz o un buen epitafio.

Sus mismos enemigos le tributan homenajes de hipocresía al pie de la fosa. Como ya no le temen, se muestran benévolos y le perdonan. Todo se vuelve alabanzas para el que se quita de en medio. Era un pobrecito, era un santo, Nunca mató una mosca ni dió un resbalón en el camino.

Y la literatura de los panegíricos, el romancero de las leyendas sepulcrales, despoja los jardines para adornar las tumbas. La retórica llora tamañas lágrimas y grita lamentaciones como una plañidera antigua.

La muerte tiene una vara mágica que hace brotar virtudes sobre la tierra del campo-santo. No hay pijo que no se transforme en justo luego que lo encajonan y lo expiden con destino a la última estación en el último viaje.

x x x

¿Leisteis alguna vez una oración fúnebre negativa? odas son generosamente afirmativas; las escribe y las suscribe un optimismo a posteriori que rectifica los juicios del mundo convirtiéndolos en loas. Cuando llegan al *post mortem*, el *de profundis* y el *requiescat in pace*, se apaga la hoguera de las pasiones. Se levanta un coro de elogios y la humanidad resulta tan buena para juzgar al que se fué, tan buena, que dan ganas de comérsela a besos.

Es necesario haber sido un verdadero monstruo para no obtener la absolución de los pecados, y aún así siempre se dan indulgencias parciales, pronunciamientos favorables.

La indulgencia plenaria coge de arriba abajo al que fenece en fama de mediano tunante o de pícaro a medias. Si acaso logró reputación de virtuoso pasivo, uno de esos virtuosos que se limitaron a abstenerse de hacer el mal, entonces no hay más remedio que canonizar profanamente al difunto.

Y si se trata, *rara avis*, de un virtuoso activo, ha de proclamársele sin discrepancia héroe de la santidad.

Lo que nunca ocurre es que se le diga una palabra sincera de reprobación a aquél que, viviendo, mereció los más duros anatemas. A esto se llama *la santificación de la muerte*.

x x x

Esto es un aspecto del tartuflismo, que vá más allá de la existencia.

Los muertos andan de prisa. Un cadáver representa una unidad restada, un obstáculo que desaparece, una energía que se evapora. Lo que hubo de malo en la acción del prójimo que se ausentó para siempre, pierde todo valor cuando deja de ser actual y posible.

Y la hipocresía ejerce un derecho de perdona vidas. ¿A qué fin decir del ausente eterno nada que no sea un elogio? Los elogios fúnebres son el deber hipócrita de lisonjear a los muertos, amplificando las buenas cualidades que poseyeran y silenciando las malas. Este deber no admite excepciones, ni aún en los casos de mayor compromiso moral.

Por eso es tan raro leer un juicio póstumo que no afirme la bondad del hombre y no le ofrezca a la especie humana una dedadita de miel de lisonja.

Francisco GONZALEZ DIAZ

Reclutas inservibles

El ejército francés tiene leyes de reclutamiento bastante severas. Un grupo de oficiales se ha tomado la molestia de averiguar si Napoleón I hubiese podido ingresar al ejército francés, de haber regido en sus tiempos estas mismas disposiciones. Han llegado a la conclusión de que a los veinte años Napoleón habría resultado inservible por falta de estatura y de peso y que, a los treinta, no habría sido aceptado como soldado por demasiado grueso. El estudio en cuestión solamente ha servido para comprobar que las condiciones físicas no determinan en todos los casos las aptitudes militares y estratégicas de los hombres.

Al respecto se hace constar que acaba de fallecer en Boston un norteamericano a la edad de ciento cuatro años, que hace sesenta fué rechazado al solicitar su ingreso al ejército, debido a su débil constitución. Si para la guerra no ha servido, para la paz ha sido bastante servible y resistente.

LUNA Y AROMO

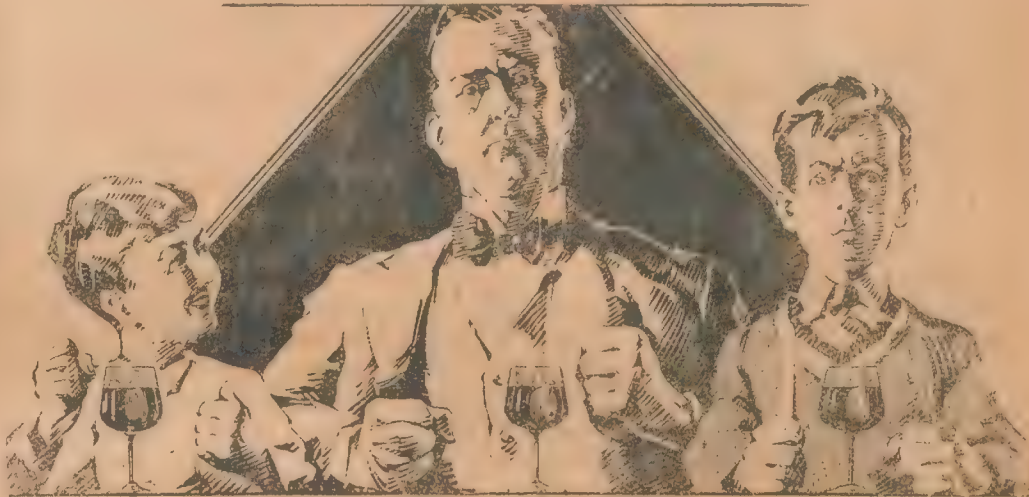
El árbol sueña bajo el amplio beso
de la divina estática llorosa,
como si en la penumbra misteriosa
bajo el claror lunar se hallara opreso.

Amarillo fulgor la luna vierte
sobre el árbol de flores amarillas,
y a pesar de tan hondas maravillas
flota en la noche una intuición de muerte

Se oye un rumor de brisa; el blando
suelo
se cubre de amarillo inusitado,
y no sé si es el árbol que ha llorado
o si es la luna que tembló en el cielo.

Alfredo R. BUFANO

LA FAMILIA DE DON HERCULES



¡Si Señores:
nos sentimos magníficamente bien!

"Tal como suena: mag-ni-fi-ca-men-te. Yo soy el jefe de esta familia ejemplar; y comenzando por mi retoño más pequeño y terminando por mí, todos somos fuertes como robles. A mi casa (la blanca casa enclavada entre pinares en un pueblito lleno de oxígeno y sol...) los vecinos la llaman "Villa Armonía"; porque allí todo es paz y ventura, risas y juegos... Claro que nuestra fortaleza nos viene de familia. Pero... con todo, no seríamos lo que somos si no fuera por nuestros sanos métodos de vida. Dormimos como lirones y, eso sí, comemos que da miedo. ¡Ah que no nos falte la Malta Palermo en la mesa! Uno no se imagina cuánto, pero cuánto bien hace... Favorece la digestión, la asimilación; propende al bienestar; en fin, de tal modo conserva nuestra salud, que hoy los médicos del pueblo ni nos saludan..."

CERVECERIA PALERMO S. A. - B. A.



Malta
PALERMO

LA NOVIA

Por Lucila Antonelli Calfus

Envuelta en el vestido de muselina azul, en la más suave y púdica actitud, permanecía prudentemente sentada a un metro de distancia de su novio, sin atreverse casi a mirarle en el rostro. Dora, su inseparable amiga de colegio, primero, y de alegres paseos después, la observaba con evidente estupor. Efectivamente, Lydia estaba irrecognoscible. ¿De dónde había sacado aquella modestia de educanda, aquella voz, aquellos ademanes? El novio tenía aspecto de verdadero enamorado. Era un novio en toda regla, y venía tres veces por semana a visitar a la joven, de las ocho a las diez de la noche.

No era la primera vez que Lydia estaba de novia. Pero si decimos cómo y por qué se deshizo su primer compromiso, quitaremos a la narración que sigue todo su sabor. Así que deseamos reservar para lo último, junto con la conclusión, lo que lógicamente debería ser el prólogo de esta pequeña historia. Porque un prólogo que da la clave del epílogo debe dejarse para el final.

Lydia, pues, había estado de novia otra vez. Y su actitud no había sido la misma que adoptaba ante el maestro Renato Gimn. Un maestro que amaba a Lydia más que a su mismo violín; y, para el maestro Gimn, esto era lo máximo que podía decirse de su amor.

Cuando Renato se hubo marchado, Lydia estalló en una sonora carcajada ante su amiga estupefacta.

—No te comprendo—dijo Dora.
—No importa.

—A menos que no sea ésta una nueva forma de coquetería, y tú no sepas que exasperas el deseo de tu futuro marido.

—¿Eh?

—¡Me asustas, Lydia! ¿Qué te sucede?

—¡Nada! Ven aquí, Dora, Dorita... Tu me quieres mucho, ¿verdad?... y sabes que no soy mala... ¡qué no era mala!... Pues bien, estoy cometiendo una mala acción, una pérfida acción.

—¿Tú? Pero, ¡explicate!

—¡No! Déjame proceder, no me preguntes nada, no me estorbes.

Sus ojos, de costumbre dulcísimos, volvieron a destellar.

Instintivamente, Dora se desprendió del brazo de su amiga.

—¿Te causo miedo?

—Sí; no comprendo lo que sucede...

—Sucede..., sucede... —dijo riendo Lydia— que dentro de ocho días me casaré con un hombre que me adora.

—¿Y, en vísperas de su boda, una muchacha de tu temperamento permanece con tanta compunción junto a su novio durante dos horas diarias?

—Finjió perfectamente, ¿verdad? ¡Pero me cuesta tanto trabajo hacerlo bien!

—¡Eres cínica!

—¡Calla! Es el único modo de sustraerme a sus besos, a sus caricias. Y, además, adivino que le agrada ser exasperado así: mi actitud ha anticipado la fecha de

nuestro casamiento.

—Pero, ¿por qué no lo amas con alegría, con ese carácter tuyo tan bello, tan vibrante, tan lleno de espontaneidad?

—Ya te lo he dicho: para que no me bese... Me besa demasiado, y yo "debo" poner entre mí y su amor una especie de barrera... Sí.

vete. Gracias, Dorita mía, hasta mañana.

Cuando Dora hubo salido, Lydia prorrumpió en sollozos. La angustia la ahogaba, y el abandonarse a aquel llanto le hizo bien. Luego corrió a un cajoncito, sacó un sobre, dentro del cual había una fotografía que no era la de Renato Gimn, sino otra, de hombre, se entiende; la contempló largo tiempo, con amor y con odio, y casi gritó:

—¡Pérfido! ¡Por tí!...

X X X

Vispera de bodas.

Bullicio en la casa. Preparativos y congratulaciones de amigos y de amigas; invitados, murmullos, ha-



—¿Qué hace usted contra los microbios?

—Primero hiervo el agua, luego la filtro.

—¿Y después?

—Después tomo del famoso HIERRO QUINA BISLERI.

LA VOZ DE MARIA GUERRERO

24 de Enero 1928
In memoriam

Y pasarán los años, y traerá cada uno otros nuevos prestigios, otra nueva alabanza, y pisarán las tablas otras grandes actrices, que inmortal es el arte de las gentes de España. Y la fabla gloriosa de Teresa y Cervantes con sus voces de gesta conmoverá las almas y habrá nuevos poetas que excelentemente canten los siempre renovados prestigios de la raza. Habrá noches triunfales y emociones unánimes Y nuevas realidades con nuevas esperanzas al teatro de Lope, de Calderón y Tirso han de dar aún más lustre y han de añadirle, fama Pero se habrá extinguido para siempre la noble, la austera voz magnífica que ha poco resonara en la escena española, la voz inolvidable de metálico timbre, que en los oídos canta de cuantos la escucharon aún una vez tan sólo, la voz en que vibraban raciales resonancias, la voz incomparable de María Guerrero, Voz de Castilla misma, voz de la misma España.

Justo G. DESSEIN MERLO

esto es la barrera de un excesivo pudor.

—¡Pero es el colmo de la coquetería!

—¡Quizá! O, más bien... no... es para disminuir mi culpa... es la única honestidad que le ofrezco.

—¡No comprendo!

—Lo sé, ya me lo has dicho. Queda establecido que ni tú ni él me comprendéis nada. Y, dicho esto, dame las buenas noches y

bladurías en sordina, sinceras felicitaciones. Una sola amiga calla, no participa de la alegría general, no murmura siquiera, no osa interrogar: Dora.

Todo está pronto: hasta el vestido blanco que se recuesta en muelle y lánguida espera sobre una butaca, y tiene un misterioso lenguaje entre los pliegues y encajes.

Todo está pronto... menos el corazón de la novia.

ANECDOTA

En la representación de una obra de Emilio Augier, en el Teatro Francés, Alejandro Dumas (hijo), que estaba sentado cerca del autor, dijo a éste, indicando a un espectador que dormía profundamente:

—Vea usted el efecto que produce su obra.

Pocos días después, mientras representaban en el mismo teatro una obra de Alejandro Dumas (hijo), Emilio Augier, tras de mucho buscar, encontró al fin un espectador dormido. Y se apresuró a indicárselo a Dumas, diciendo:

—Vea usted, querido amigo, el efecto que produce su obra.

Alejandro miró y respondió al punto:

—¡Ah!... sí, ya le veo; es el mismo del otro día, que no se ha despertado aún.

Todo está pronto: especialmente el novio; y también está pronto su violín, que conoce la larga y exasperante espera, y prepara para el día de la boda un arpeggio, que será un grito de dicha y de triunfo.

Llegan flores, regalos.

La novia gira por entre todas las cosas ya suyas, y cada una le hace una promesa de felicidad, a la cual Lydia sonríe irónicamente. Pero todo está preparado, establecido, fijado; mañana, a las diez de la mañana, los coches se hallarán ante la puerta esperando a la novia. En un coche, tembloroso, esperará él.

El corazón de la novia se estremece como nunca se ha estremecido; no de amor, no de pudor, no de ansiedad, de vileza. Cada maldad, cada venganza tiene su instante de vileza, una vileza que es una especie de arrepentimiento y de incertidumbre.

Lydia mira en torno suyo: el "mecanismo" de aquella vispera le agrada, la exalta y enfurece en su locura...

—¡Hasta mañana, amor mío!

—¡Hasta mañana!

Y, por primera vez desde que está comprometida con Renato Gimn, se deja besar con un beso de fuego, al cual responden unos labios de hielo; Renato toma el frío de aquellos labios por la más exquisita turbación. Se va, ebrio de felicidad...

X X X

Lydia está vestida de novia; los coches esperan; la sirvienta corre de una alcoba a la otra; la anciana tía, aún debilitada por la reciente enfermedad, estornuda, llora, ríe, suspira. La novia está pálida, muy pálida, y parece molesta con el vestido blanco. La emoción... (risa y llanto en los más recónditos pliegues de un corazón!).

El novio, ya en el coche, se halla impaciente; Lydia le ha prohibido subir a buscarla. Entretanto, ella no se mueve. ¡Está pálida! Dora se le acerca temblorosa, le toma las manos de hielo.

—La comedia ha terminado...

—¿Qué dices?

—Digo que ha terminado la comedia. Podía llegar a la última escena: la del Registro Civil; pero sería demasiado dramática con tan sutil maldad. No tengo valor ni fuerzas para representarla.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—Quizá. Baja y llama a Renato.

Renato sube. Lydia lo enfrenta resueltamente, en seguida, con el valor que le presta su última vileza.

—Despida los coches, se lo suplico.

—¿...?

—Desmante todo este ridículo aparato matrimonial, este escenario sobre el cual he representado.

—¿...?

—Sí..., he representado mi papel de novia.

—¿Lydia! ¿Lydia!

—Ni siquiera le pido perdón; sólo le explico lo que he hecho, y por qué. Nunca he tenido la intención de casarme con usted: he querido jugar con usted el terrible juego que otro jugara un día conmigo. Así, mire..., como esta mañana...

"Todo estaba pronto... Yo estaba vestida con mi hermoso traje de raso, y ceñida la cabeza con la corona de azahares, la corona de mi inocencia y de mi fe; y me sentía estremecida, como lo estaba usted hace pocos instantes, y enamorada, como quizá lo está usted aún. Todo estaba elegantemente dispuesto, y todas las cosas precursoras del dulce misterio se hallaban en torno mío, como ahora, y yo giraba por entre ellas y sentía vértigos: ¡los vértigos que usted conoce! Todo estaba preparado, menos el novio, que no vino. Y, ahora, yo he querido reconstruir cruelmente la escena, jugando con el corazón de un hombre como un hombre jugará con el mío; y me he puesto en el escenario, y, mientras recitaba, miraba: sin piedad. Primero, supe lo que era vivir una aventura de tal género; ahora sé lo que es representarla y mirar a uno que a su vez la vive con sinceridad: una cosa ridícula y lamentable, y terriblemente amarga. Me he vengado en un inocente: siempre sucede así en la vida. Pero, ya que este inocente es un hombre, me basta. ¡Aquí tiene su anillo! Servirá para comprometerse con otra".

Se quitó lentamente el vestido de raso, y pareció como si saliera de una prisión, como si pudiese respirar libremente.

Luego se dejó caer en una butaca, sollozando Renato Gimn la miraba petrificado, con amor: Lydia estaba pérfidamente magnífica.

Calendario griego

El más antiguo de los calendarios griegos es el de Chirón. He sido dió uno compuesto de doce meses y de trescientos diez días. De dos en dos años intercalaba un mes de treinta días.

Solón introdujo el uso de los meses de veintinueve días, haciendo el año lunar; y Cleóstrate tra-

tó en vano de que concordara la revolución del sol con un período de ocho años.

Metón estableció el cielo de su nombre, o de Oro, cuyo primer día debe contarse el 27 de junio del año 427 antes de Jesucristo, formado de diez y nueve años solares.

Los atenienses tenían los siguientes meses:

1, Hecatombeón, 29 días, mes ateniense, Junio-Julio, mes romano; 2, Melageinión 29; Julio-Agosto; 3, Boedromión 29, Agosto-Septiembre-Octubre; 5, Maimacterión, 20, Octubre-Noviembre; 6, Posideón, 29, Noviembre-Diciembre; 7, Gamelión, 29, Diciembre - Enero; 8, Anthesterión, 30 Enero-Febrero; 9, Elaphebolión, 29, Febrero-Marzo; 10, Munvchion, 30, Marzo-Abril; 11 Thargelión, 29, Abril-Mayo; 12, Scyrophorión, 30, Mayo-Junio.

LOS RATONES

—Por causa vil de las persecuciones
De la gente del campo, en las ciudades
Estaremos en buenas condiciones
Para lucir nuestras actividades...

Así dijo el gran rey, Ratón Primero
Y agregó: nos irá perfectamente,
Porque desde la rata hasta el minero
Nó nos faltan las uñas, ni el buen diente.—

Vinieron, pues, buscando la abundancia,
Junto a la impunidad las ocasiones
Y sucede lo mismo aquí que en Francia,
Que en todo el mundo: abundan los ratones.

Nunca les falta un cómodo expediente
Para comer royendo con exceso;
Y la culpa del hecho es evidente:
Siempre la tiene el queso.

Domingo SASSO

¿"Un substituto..?" —¡A mí, nó!"

Quien usa o lleva a su casa un substituto en vez de la CAFIASPIRINA legítima, comete una imprudencia que puede resultarle muy grave.

Por eso, toda persona discreta y cuidadosa se niega a recibir esos productos sospechosos y exige siempre la noble y segura

CAFIASPIRINA



—"esto sí"

Es la única que con absoluta confianza puede administrarse a cualquier persona de la familia, porque proporciona alivio inmediato y no afecta el corazón ni los riñones.

Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; cólicos menstruales; consecuencias de trasnochadas y abusos alcohólicos, etc.

¿Qué es eso?

—El correo, señor.

Edgardo, el criado, puso algunos papeles sobre la cama del señor Molhíver, que saboreaba su desayuno. Al señor Molhíver no le gustaba la hora del correo, porque algunas cartas de las que llegan exigen contestaciones, y le causaba horror el tener que escribir.

Como su criado había olvidado darle el abrecartas, tomó el cuchillo con que había puesto la mantequilla en el pan, e introdujo la punta, no sin trabajo porque era redonda, por la parte más accesible del sobre de la primera carta. De un golpe rápido rasgó en seguida no sólo el sobre, sino el papel que estaba dentro, manchando todo de mantequilla fresca. Pero eso no importaba: era el reclamo de un especialista de la población que había inventado un biberón ingenioso, con música. Cuando el niño había bebido el contenido del biberón y quedaba solo en su cuna, el biberón tocaba, espontáneamente, una especie de nana, una canción para dormir al niño; y éste acababa, según parecía, por obedecer a la orden mecánica repetida hasta hartar. El soltero Molhíver, como era soltero y estaba destetado desde hacía mucho tiempo, tiró sobre la alfombra el reclamo arrugado.

El segundo sobre contenía una carta anónima, advirtiéndole que su criado le robaba. Esta carta debía de ser de un enemigo que Edgardo tenía en el sexto piso. El señor Molhíver arrugó suavemente la carta y la tiró igualmente al suelo, seguro de que sería recogida y examinada, como todos los papeles que podían leerse, intactos, o en pedazos, por muchos y pequeños que fueran. En el tercer sobre, un necesitado explicaba el apuro en que estaba por falta absoluta de dinero. Le daba gracias en términos enternecedores por un generoso envío anterior de cinco pesos, pero que no habían sido suficientes para sacarlo definitivamente de apuros.

A medida que el señor Molhíver se iba enterrando del contenido de esos sobres, su espíritu se serenaba: toda aquella correspondencia no pedía contestación...

Pero no había contado con las dos últimas cartas. La cuarta, era de luto, riguroso, y contenía esta fúnebre y lacónica comunicación:

"Querido amigo: He perdido a Edmundo hace quince días. ¡Compadezcame usted!—Sofía Ordínot"

La quinta encerraba una cartulina bristol, que olía bien, como convenía para la comunicación nupcial incluso:

"Querido amigo: Después de tres años de viudez, me caso de nuevo. Me caso con Mangeal, a quien debe usted de conocer, como todo el mundo, y que pertenece a su círculo. Su affma., Francisca de Grand-Petit"

El señor Molhíver hizo un mohín. Una carta de pésame por la pérdida de un amigo; una carta de felicitación por el anuncio de un nuevo casamiento, eran precisamente los dos tipos de cartas cuyas contestaciones eran las más difíciles de redactar. Y como no era de esos a quienes gusta aplazar las cosas fastidiosas, se levantó, se desperezó, se sentó a su escritorio; preparó dos tarjetas selladas con sus iniciales, y, para dar tiempo para hallar la fórmula

Los favores del azar

Por Miguel Zamacois

la entristecida que exigía la primera carta, dejó largo rato la pluma en el tintero. Por fin vino la inspiración, y escribió:

"Querida señora y amiga: He leído con pena la triste noticia, y con toda la afeción de mi antigua y sincera amistad la compadezco. Francisco Molhíver"

Ciertamente, ese pésame no era de una brillante originalidad; pero, después de todo, no hay treinta y seis maneras de estar afectado y de decirlo... Y, además, había pasado todo el Verano sin haber vuelto a ver a los Ordínot, relaciones agradables, pero cuando las cosas iban bien.

para salir. Sólo en la antesala se acordó de las dos cartas; entró en su cuarto, puso las tarjetas dentro de los sobres, precipitadamente, y se las llevó para echarlas en uno de los buzones especiales, estudiados detenidamente, que rehusan en absoluto tragar las cartas de la primera vez.

Al día siguiente ya no pensaba más en las complicaciones epistolares de la víspera, cuando halló de nuevo entre una correspondencia insignificante un sobre de luto. Dentro, un papel decía:

"¿Usted lo sabía, pues, ¡oh!, querido y discreto amigo?... Pero usted se callaba, naturalmente... Venga usted mañana, a las tres."

COMO UN SOPLO DE VIENTO

Hay veces que mi alma no está en mí; la presento que se va de mi cuerpo, como un soplo de viento; entonces veo todo tan doliente y tan gris que tristemente, digo: nunca será feliz el hombre... Hay instantes que un desgano profundo haceme ver sombrías las cosas de este mundo; luego serenamente, como si retornara mi alma de algún viaje por una ciudad rara, vuelve a hacerme sentir las ansias de otros días, gusto la miel del verso, las dulces armonías de los pianos, adoro el mágico paisaje... Es que mi alma ha olvidado su repentino viaje y ha entrado de nuevo en mi reino interior a llenar cada hueco de inquietud, con amor, a hacer que se haga intensa la pasión que yo siento por la luz y la rosa, por toda la belleza, a decirme de nuevo que olvide mi tristeza, que ya no ha de marcharse como un soplo de viento.

Félix B. VISILLAC

Como no tenía a mano papel cantante, dejó la tarjeta a un lado para que se secara, y tomó la que estaba en blanco... Francisca de Grand-Petit, en cuya casa no había él comido desde hacía cinco meses; se casaba en segundas nupcias con Mangeal, a quien apenas había visto en el círculo. ¡Bah!... ¡Para lo que le importaba!...

La pluma, repleta de tinta, volvió a quedar en el tintero, y por fin decidió trazar estos renglones al azar:

"Querida amiga: He leído la noticia. Por fin va usted a poder ser feliz, y me regocijo de ello.—Su antiguo amigo, Francisco Molhíver"

Puso la tarjeta al lado de la otra... ¡Ah!... ¡Ya estaba terminado! Escribió nombres y direcciones en los sobres con la satisfacción que procura a los perezosos el trabajo más que fácil... Luego se lavó, se arregló y se preparó

hablaremos de todo eso. — Sofía Ordínot".

¿Qué significaba todo aquello? Molhíver-Sevigné volvía y revolvía el papel... ¿Qué misterio era aquel? ¿En qué había sido él discreto al formular su pésame?... ¿De qué y de quién iban a hablar a las tres?

Al día siguiente, a las tres, entraba muy intrigado en el saloncito de la viuda. Su escritorio estaba abierto... Se acercó... Por casualidad su misma carta estaba a la vista... Y leyó:

"Querida amiga: He leído la noticia. Por fin va usted a poder ser feliz y me regocijo de ello.—Su antiguo amigo, Francisco Molhíver"

¡Caramba!... ¡Se había equivocado de sobre!... ¡Qué horrible imprudencia!... Una angustia se apoderó de él; tanto más grande cuanto que en seguida pensó que si había enviado las felicitaciones

a la viuda, había enviado el pésame a la novia. ¡Qué horrible laberinto!

Un momento pensó huir para evitar las desoladoras consecuencias de su doble aturdimiento; pero la señora Ordínot entraba en el saloncito en traje de luto, muy elegante.

—Sí, he recibido su carta, querido amigo—dijo en seguida... Claro está que primero estuve un poco sorprendida de la fórmula no acostumbrada... Y luego comprendí que su amistad no había podido contener un movimiento de franca compasión... ¿De modo que usted sabía también?...

—Sí—respondió, decidido a todo, el señor Molhíver, bajando la cabeza, sin darse cuenta de lo que sabía; pero comprendiendo que, el hecho de haber parecido saber había arreglado las cosas...

—¡Pues sí!—dijo sollozando la viuda, sí!—Me engañaba inicua mente, y yo era la sola que no lo sabía!... Ha sido después cuando he hallado las pruebas, cartas... Y, luego, por supuesto, me han informado de todas partes... Buenas amigas me han dicho todo... Sí, tiene usted razón; podré empezar de nuevo mi vida y ser feliz por fin.

El señor Molhíver comprendió y respiró... Sintiendo que podía deslizarse sin peligro, fantaseó prudentemente, pero con certeza... Todo el mundo lo sabía (para él era la primera noticia), que Ordínot engañaba clínicamente a su mujer... ¡Una mujer tan simpática!... ¡Muy lejos de sospecharlo!... ¡A fe mía! ¡Al recibir la desagradable noticia, había considerado ese fin como una liberación para la víctima inconsciente, y espontáneamente escribió lo que había escrito!

El señor Molhíver salió de allí tranquilizado, en parte solamente... ¿Qué iba a sobrevenir de la otra equivocación?... Justamente una carta le esperaba en su casa:

"¿Usted me compadece?... ¿Usted también?... Querido amigo, venga pronto, pues luto en la horrible perplejidad en que me hallo... Es urgente... Venga. — Francisca de Grand-Petit."

Deseoso de acabar completamente con su angustia, el señor Molhíver fué a escape a casa de Francisca. Esta lo esperaba con impaciencia:

—He recibido su carta contestando al anuncio de mi casamiento... No hubiera usted redactado de otra manera una carta y de pésame, querido amigo... Pero, tranquilícese usted; es usted el décimo que me advierte... Sin contar las cartas anónimas... ¿Entonces usted también sabe las cosas malas de Mangeal? ¿Entonces es verdad que vive del juego, de préstamos, de sablazos? ¿Qué está lleno de deudas; que ha estado a punto de ser echado del círculo?... Díga usted...

—¡Hombre!...—se arriesgó a decir el señor Molhíver que ignoraba todo lo de ese Mangeal, al cual no había hablado diez veces en su vida... — Es público y notorio que, en efecto... Entonces he creído... he pensado...

—¡Gracias, amigo mío!... Gracias a usted y a los demás, que me habrán evitado hacer ese espantoso casamiento... ¡Era mi dinero lo que él quería! ¡Miserable! Ustedes me han salvado. ¡Gracias!

La primera vez que la vi reflejada en uno de los espejos humosos del café de barrio me pareció bonita, de una belleza triste y amable, un poco insignificante acaso; pero por ello mismo llena de un encanto tibio y cordial.

Había llegado antes que yo, y escribía una carta. Se notaba que esperaba a un hombre. Por otra parte, todos en aquel café esperábamos a alguien. Era el café de las citas, ese café de divanes rojos sobre los que hacen su viaje ideal los novios, prendidas debajo del velador las manos y midiendo distancias imaginarias en la falsa perspectiva de los espejos engañosos.

A las dos horas de yo estar allí —ya había llegado mi pareja—, ella se levantó y le dijo al camarero:

—¿No vió usted a un señor alto, con el pelo largo y una cartera?

Y ante la negativa se marchó diciendo:

—Si viene diga usted que lo estuve esperando.

X X X

En dos años yo había ido a aquel café romántico de espejos y divanes con seis mujeres diferentes. Cada una hacía broma de la mujercita solitaria que iba todas las tardes y se despedía siempre con las mismas palabras: "Si viene diga usted que lo estuve esperando".

El camarero, con esa sabiduría escéptica de los viejos camareros de viejo café, no se permitió nunca una broma. Ni una sonrisa. Finja poner atención en el recado, y despedía a la muchachita con un amable "Hasta mañana".

Y eso era todo.

X X X

Envejecía mi vida poco a poco, dulcemente, en el sortilegio amable de los amores de café. Con ser varios tenían una monotonía inefable y pálida. Mujeres que me traía el veneno literario y el veneno literario se llevaba otra vez. Junto a mí vivían unos amores dialécticos y absurdos. Todas empezaban pidiendo un libro dedicado, interesándose por mi soltería recalcitrante, por mi gesto romántico de hombre apartado de todo ruido y granjería. Lefan mis versos y me besaban en los atardeceres por los arrabales adonde íbamos a pasear después de la charla en el café romántico y olvidado. Pero el final de aquellas aventuras era siempre el mismo. Una me dijo: "¿Cómo tú, que vales tanto, no tienes entradas gratis para los teatros?" Y otra susurró su desconfianza en mi oído: "¿Por qué cuando publicas un libro de versos no publican tu retrato en los periódicos?"

Y otra suspiró, melancólica: "El único modo de poder irnos a vivir en una casita es que escribas esas cosas que dan nombre y dinero. ¿Por qué no haces entrevistas con los escritores célebres?" Y otra me dió la idea que suponía salvadora: "¿Y si entraras de redactor en algún sitio?"

Y yo a todas les contestaba lo mismo:

—Mujer, yo soy un caminante que no quiere andar formado en patrulla. Mi vida es alegre y mi-

La cita en el café

Por César González Ruano

serable. Solitaria, alegre y miserable".

X X X

La última mujer en aquella larga temporada de amores monótonos y lánguidos tenía un encanto

Y, como siempre, la muchachita que esperaba todas las tardes servía de tema de conversación con la sexta de mis novias de aquel café romántico y olvidado. Otras me habían dicho simplemente que era una loca, y ésta, un poco más fina que las demás, co-

X X X

Había huído la sexta de mis novias, y para su huida yo había construido una poesía que terminaba así:

"Te marchaste sin hablar. No existías. Ya lo sé; eras presagio admirable de lo que [no encontraré]."

Y fumaba, solo y triste, el pitillo de las ausencias con mi gran cartera sobre la lámpara del velador, esperando que surgiera mi séptima novia, para llevarla a aquel café romántico, de espejos y divanes, y que luego me besara en los incendiados arrabales, bajo la decoración cubista de las medianerías de las casas gigantes. Porque todas mis novias eran novias de café romántico y arrabal cubista, y todas me amaban en los dos escenarios hasta desaparecer por escotillón alegre de la ciudad que las fascinaba, arrojando de sus vidas aquel manto triste de mi recuerdo, que era estéril y perjudicial a su alegría fácil.

Aquella tarde yo me había sentado en una mesa cercana a la de la muchachita que esperaba siempre, por estar ocupadas las demás en la mar crecida del domingo. Y del modo más vulgar del mundo, como pudiera hacerlo un estudiancillo con una modistilla, acaso sintiendo vergüenza de mi procedimiento torpe, le pedí permiso para sentarme a su mesa. Ella no demostró el menor asombro. Se limitó a mirar el reloj colgado en la pared como un gran sol del café romántico, y me dijo:

—¡Gracias a Dios, hombre! Siempre tan poco formal para las citas. Son ya las ocho y te estaba esperando hacía mucho tiempo. Ya le iba a decir al camarero que si venías te dijera cómo había estado esperándote...

LA PRIMERA FIEBRE DE ORO

El viaje de los Argonautas debió ser una expedición en busca del oro arrastrado por los torrentes del Cáucaso. Pero más antiguo fué el movimiento del pueblo caldeo, en el año 3800 antes de Cristo, hacia la tierra de Melukkha, donde se había descubierto oro en abundancia. Más tarde, la fiebre de oro apareció en Egipto.

Todavía se conservan una descripción y un mapa hechos mucho tiempo después por Diodoro de Sicilia, donde se indican los pozos abiertos por los buscadores de oro entre el Mar Rojo y las minas.

Unos mil años A. de C. hubo otra afluencia de mineros en el África Austral, calculándose que se extrajo de allí oro puro por valor de más de un millón de pesos.

Vermouth

MARTINI & ROSSI

El Mejor entre los MEJORES

Unicos Concesionarios: ARDANZA Hijos 1535 SAN JOSE 1545 Buenos Aires 7

pueril y maligno al tiempo. Algo andrógino que me hizo cantarla de un modo anacrónico con la voz de los poetas malditos de la corte del pobre Lelían, y decirle:

"Ahora te tengo en mis brazos. Te [todo, te siento y veo. Pero el corazón me dice: "No le [creas"... Y no creo"

mentó irónicamente: "¿Piensa, acaso en el príncipe de Golconda o de China?", acordándose de aquellos versos de Rubén que de tan repetidos da sonrojo decirlos. Pero yo pensaba que dichosa ella sacrificada en un ideal quimérico y venturoso que alimentaba su humilde belleza en un fuego anacró-

HONORABILIDAD

Siempre reenvía la con tino a cada cobrador. A uno le pagaba el tanto por ciento que éste ganaría al propietario de la cuenta, en caso de cobrarla; a otro se le humillaba, quejándose de su desesperada situación financiera actual; a otro lo echaba, insultante, como si el cobrador le hubiese ofendido; a otro le despedía con un chiste.

Pero, ahora, ante la inminencia de la llegada de los invitados al almuerzo con que su esposa y él celebrarían sus bodas de plata, y, sobre todo, ante la inesperada y concurrente agredidad de los cobradores, parecía desconcertado.

—Fíjese, esta cuenta tiene más de dos años.

—Dice el ujero del club que este cheque que pagó a usted anoche, se lo devuelven del banco, porque usted no tiene fondos.

—Yo tengo órdenes de no irme de aquí sino con el precio del diamante que su señora tomó hace seis meses, o con el diamante.

Sintiendo rumores de automóviles que se detenían a la puerta, exclamó, con su habitual patetismo:

—Ustedes van a malograr la única oportunidad de conseguir dinero, que tengo este año: estoy esperando a unos capitalistas extranjeros que vienen a combinar conmigo un negocio de inmediatos y cuantiosos beneficios. Háganme el favor de volver el sábado próximo. Sean razonables!

Y, como en ese momento entraban los invitados, un cobrador se levantó; los demás le imitaron, y todos salieron.

Entonces, él se creyó obligado a dar una explicación a los invitados:

—Ya es intolerable que estas gentes que vienen a pedirme recomendaciones para obtener empleos oficiales, no respeten ni siquiera la hora de almorzar. Y, después de todo ¿de qué puede servirles una recomendación mía?

A lo que uno de los invitados, como recogiendo las palabras que subían a los labios de los demás, repuso, con sinceridad irrefragable:

—Por Dios, querido; esas gentes saben lo que hacen, una recomendación suscrita por usted es un mandato irresistible. Si no fuera así, ¿de qué serviría, entonces, ser honorable?

—Bah!, palabras, — como decía Hamlet, — replicó paternalmente, el anfitrión, mientras un criado impecable servía el cocktail.

R. PEREZ ALFONSECA

El capitán de Fragata y de la Marina Mercante Brasileña, Capitán Antonio Müller Dos Reis, vastamente conocido del público americano y europeo por su considerable obra literaria, que suscribe con su popular pseudónimo Reis Netto, acaba de concluir el siguiente ensayo de abaranza de la personalidad superior de R. Amundsen, el ilustre y desaparecido explorador escandinavo.

A través de sus páginas, que son una primicia de FRAY MOCHO, Reis Netto, que ha tratado siempre con especial cariño y verdadero conocimiento los temas del mar y de sus hombres, rinde a Roald Amundsen un cálido y sincero tributo de admiración, doblemente realizado por la gracia de su talento y por la ejemplar belleza de su estilo.



En estos tiempos de nerviosas y extraordinarias conquistas y cuando los pueblos se esfuerzan por alcanzar el máximo grado del saber en el vasto campo de las ciencias, el recuerdo de una figura excelsa como la del indómito capitán Amundsen, destaca vigorosa en el juicio de la posteridad, reclamando la consagración a que tiene derecho con los más amplios e inalienables títulos.

Pocos hombres lograron para el mundo, mayores timbres de gloria que él. Audaz, más de sereno equilibrio, temerario más previsor, y prudente, nervioso pero al par tranquilo en las circunstancias más críticas, fué ese hombre magnífico una de las personalidades cuya vida importa un ejemplo admirable de lo que puede la inteligencia, y el saber, y el heroísmo cuando ellos están puesto al servicio de la grandeza humana.

Su coraje espartano, su amor por las magnas realizaciones, por las idealistas empresas y, especialmente, su intensa y honda solidaridad con el sufrimiento ajeno, hizo desaparecer entre la blanca túnica de los hielos eternos, cuando, en un nuevo y sublime rasgo de gallardía, se arrojó al vacío, junto con el intrépido Capitán Guilbaud, tripulante de un bizarro hidro-avión, con el objeto de prestar ayuda a la expedición del General Nobile, perdida en los mares del Polo boreal, después de haber conquistado espléndidos laureles para la historia del universo.

Roald Amundsen nació el día 16 de Julio de 1872, en la Provincia de Stiford, — Noruega — y era hijo de un antiguo Capitán de marina mercante, quien, más tarde, fué armador de buques en su tie-

ROALD AMUNDSEN

rra. La familia del futuro gran explorador, vivía en Oslo, la hermosa capital del país de los "forjs". En 1890, se graduó de Bachiller en Letras, mas desde joven su in-

Pasaje del Noroeste", célebre libro de Franklin, además de los encantos de su estilo, ameno y colorista, suscitó en esa obra, puede decirse, la vocación por esas inves-



Roald Amundsen

clinación era por las ideas oceánicas, muy particularmente por las grandes exploraciones por las zonas polares, casi desconocidas. "El

tigaciones, en las que, más tarde, aquel escritor habría de destacarse como una de las figuras de más prestigioso relieve.

LOS VIAJEROS

Moisés, Cristo, Cristóbal..., son esos los viajeros: traza Moisés los rumbos al pueblo legendario. Jesús llega a la cima gloriosa del Calvario, Colón busca en los mares los nuevos derroteros;

y el cauce del Mar Rojo poblado de guerreros, la cima ensangrentada del monte solitario, o las abiertas rutas de un mundo imaginario surgido de las olas—tales son los senderos

en donde el alma deja la gloria de sus huellas. La Humanidad, entonces, ve su camino en ellas... El Genio marca el rumbo del porvenir; y artista

o sabio, a golpes de hacha va rompiendo los montes y abriendo ante los mares los nuevos horizontes, guerrero infatigable de la inmortal conquista.

Ricardo ROJAS

El famoso viaje de Nansen, en el año 1888, vino a despertar, más aún, en su espíritu, el entusiasmo por esas temerarias aventuras y, en 1893, su madre impidió que embarcase a bordo del "Frank" cuando este barco inició su expedición al Polo Norte. Continuó, muy contra su gusto, estudiando Medicina, pero al año siguiente, habiendo ya perdido a su abnegada progenitora, Amundsen lanzóse resueltamente a la vida marina, embarcándose, como simple grumete, en un bergantín noruego, dedicado a la pesca en alta mar. En 1895 Amundsen fué aprobado en los exámenes para optar al diploma de Capitán de pleamar y durante los años 1897-98, a bordo del "Bélgica", como Oficial de derrota, y bajo el comando de Gellardche, participó, brillantemente, de aquel célebre viaje a las regiones antárticas.

De regreso de esa expedición, en las Universidades de Oslo, en la Deutsche Suwarte de Hamburgo y en las Academias de Potsdam y Wilhelmschafen, bajo la dirección de sabios en la materia, prosiguió sus estudios sobre magnetismo, logrando destacarse sobre sus semejantes.

En el año 1901 compró el pequeño velero "Gjsa", realizando a bordo de ese buque importantes investigaciones oceanográficas, que le valieron ser considerado en el mundo como uno de los estudiosos más preparados en la materia. Vino así, el 17 de Julio de 1903, la primera expedición, bajo el comando de Roald Amundsen, a bordo del "Gjsa", para intentar el pasaje del Noroeste, al Norte del continente americano, ideal que aquel alentaba desde sus lecturas juveniles de la obra de Franklin. Fué ese uno de los viajes más azarosos que se conoce; pero el 12 de Setiembre de 1903, el pequeño velero fondeaba en la costa meridional de la tierra del Rey Guillermo, en las cercanías del Cabo Adelaida, Regina, donde Jammes Ross, en 1831, descubrió el Polo Norte magnético.

Durante dos años, poco más o menos, Amundsen trabajó febrilmente, descubriendo islas y nuevas tierras, agregando al mapa del mundo vastas regiones y formulando formidables estudios sobre magnetismo terrestre, que abrieron insospechados horizontes a los entonces limitados conocimientos humanos en tan importante rama científica. Poco más tarde, conseguía atravesar un pequeño canal: el estrecho de Danae y tras inauditas dificultades, llegó, en la primavera de 1906, al embarcadero de Nome, en Alaska.

Sólo esa sublime aventura, bastaría a consagrarlo como uno de los mayores beneméritos de la humanidad estudiosa.

El "Gjsa", aún hoy se exhibe en San Francisco de California, donde quedó como testimonio de aquel suceso verdaderamente gigantesco.

No era Amundsen, sin embargo, hombre que se conformase con los lauros de una victoria, a pesar de la magnitud de la misma. Su espíritu inquieto, su temperamento dinámico y su admirable amor a la causa del Saber, lo indujeron a proponer a la Sociedad de Geografía de Oslo, en 1910, una nueva expedición a las regiones del hielo, empleando para ella el viejo bergantín "Frank", para lo que

realizó interesantes proyectos, terminando por programar la conquista del Polo Sur y de allí alcanzar el Polo Norte; reservando para su patria dos acontecimientos majestuosos de la historia.

Y Roald Amundsen, ya glorioso y universalmente conocido, navega sin reclamo, sin vanidad; llega a la Bahía de las Ballenas, en la parte sudoeste del Mar de Ross, en 1911, y el 14 de diciembre levanta en el Polo Sur la bandera de su patria, quedando allí cinco días y regresando victoriosamente, en tanto el bravo y también heroico Capitán Scott, días después, alcanza esa región, para completar su derrotero y morir, más tarde, falto de recursos, helado por la intemperie y entristecido por no haber logrado colocar entre las montañas de las eternas nieves, la bandera dominadora de las Islas Británicas.

A pesar de esa grandiosa victoria, Amundsen no podía quedar en reposo; su programa era el de ir también al extremo Norte del mundo, y, sin embargo de las instrucciones que le fueron impartidas, de las 600.000 coronas con las que, anualmente, su patria lo quería recompensar, prosigue, en ímpetu formidable y tenacidad que escapa a todo calificativo, emprendiendo, dadas las graves averías del "Frank", la construcción del "Maud", de 750 toneladas, con el cual pretende completar esta obra estupenda de audacia. La guerra europea lo sorprende en plena labor. Por eso proroga la realización de sus planes hasta el 25 de Julio de 1918, en que partió, llevando una tripulación de nueve hombres. Navegó por la costa septentrional de Europa y de la Siberia, con la intención de comenzar la exploración por la Isla Jeanet. Tuvo, entretanto, que soportar el terrible invierno de 1918-19, en las proximidades del Cabo Tche-lienskiene. En el mes de Setiembre hizo nuevas tentativas, pero nada consiguió y de ahí que tuviese que invernar al escaso abrigo de la Isla de Sión. Sólo en Julio de 1920 logró llegar a Alaska. Esa ruta, después de Nordenskjöld, en 1878, fué Amundsen el que alcanzó a recorrerla por segunda vez, pero en forma y con resultados muy superiores a aquél.

Ya entonces le acicateaban los deseos de usar aeroplanos para el completo éxito de esas expediciones y en ese sentido realizó diversas iniciativas, entregando el mando del "Maud" al capitán Wistring, para proseguir la exploración de la llanura polar, en tanto él, con otros abnegados compañeros, prepararía el vuelo; el que después había de constituir uno de los más singulares y maravillosos hechos de la aviación mundial. En Julio de 1922, deja su bergantín en Punta Hoppe, mientras aguarda la oportunidad adecuada, estableciéndose en Punta Borrew, en la Isla Wainwright. Fracasada, no obstante, esa iniciativa, como siempre no se desanimó. Vencidas las dificultades, el 21 de Mayo de 1925, lanzóse sobre los hielos polares, con dos aviones, llegando a 88 grados de latitud Norte y 10 grados 30 metros de longitud W. de Greenwich. En ese vuelo maravilloso, perdió un avión y su magnífico libro al respecto, es en verdad una

serie de páginas emocionantes, pero al mismo tiempo, muy instructivas. Amundsen regresa a Svalbard, el 15 de Junio, en tanto el "Maud", que no lograra alcanzar un punto verdaderamente importante, queda prisionero por espacio de 40 meses, entre los témpanos inmóviles.

En su vertiginosidad de pila eléctrica, Amundsen no se siente satisfecho y por eso emprende con Nóbile, en el dirigible "Norge", su nueva aventura. Parten ambos de Roma, el 11 de Abril de 1926 y

el 7 de Mayo inician su viaje aéreo por el extremo Norte del Mundo. Durante 71 horas, recorren los ámbitos de esas regiones y los resultados científicos son recientes para recordarlos ahora.

Es recién, entonces, que ese hombre extraordinario se declara harto de emociones intensas. Proyecta retirarse a la vida privada, para narrar una parte siquiera de sus maravillosas aventuras, que no había pedido trasladar al papel durante su vida de incesante acción. Y el mundo comenzó a juz-

garlo más serenamente, a trazar con buril de justicia definitiva los contornos de su personalidad, de pétrea solidez, para llevar su visión y su nombre a la Historia, al bronce, al veredicto de la posteridad que consagra a los grandes por el saber, por las virtudes y por la gallardía de las gestas realizadas en pro de las supremas idealidades de la Especie.

Sin embargo, el Destino, ese rey y soberano de los seres y las cosas, había determinado, o predeterminado, que Amundsen no debía morir en muelle lecho, después de haber vivido bravamente entre las sábanas inmensas de los hielos eternos. Y así debía ocurrir y así aconteció.

Nóbile anuncia al mundo haber realizado una proeza sólo comparable a las que el insigne capitán noruego dejara estampadas en las páginas de oro de su vida de navegante y expedicionario, para quien la palabra "imposible" no tenía sentido... Mas, el Destino, tiene caprichos singulares. Ya en las antecámaras de las consagraciones ensordecedoras, el súbito desplome del "Italia" conmueve y agita al mundo entero.

Roald Amundsen no podía quedar indiferente ante la repentina catástrofe; y en uno de esos rasgos de valentía que tanto le caracterizaran, embárcase en el hidroavión del inclito Capitán Guilbaud, hunde los aires grises y los páramos parduscos, viola con la trepidación de su motor infatigable el silencio augusto del éter y... ¡desaparece para siempre!

Y así, aléjase de entre los vivos esa noble y destacada figura que prestó a la ciencia humana, y particularmente a la navegación, los mayores servicios imaginables y posibles, rubricando con trazos indelebiles, las páginas soberbias de la historia moderna.

El mundo debe un homenaje profundo y sin reservas a la memoria de tan inclito varón, que haga perdurar la huella de sus heroicos rasgos en el espíritu de las multitudes.

Doquiera que surja su recuerdo, él debe traer consigo la visión de un genio singularísimo, consagrado al servicio de la civilización y del bien.

Para nosotros, marineros mercantes, especialmente, su nombre tiene todo el prestigio de un sacro guión, para orientar nuestros designios.

Sería de justicia que cada país marítimo hiciese ostentar en la proa de alguno de sus vapores el nombre de este héroe. Y así su recordación sería más viva y constante en todos los mares y, al paso de los navíos denominados "Roald Amundsen", tripulantes y pasajeros de otros barcos, rendirían tributo reverencial a la memoria del gran Capitán de los Polos, al bravo navegante del Artico y del Antártico, al eminente oceanógrafo, al sabio insuperable, al valiente maestro de las soberbias aventuras, al bueno, al justo, y al insigne Almirante de todas las marinas civiles que surcan los océanos, en el corazón de los cuales ha de imperar eternamente, como el Proteo de la leyenda reina en la eternidad emocional de los mares.

REIS NETTO.

LIBELULA

Tentada por una flor, la mariposa se enamoró de la vida. Olvidó a sus hermanas y en su propio espíritu halló una fuente con reflejos ideales de cosas imposibles. Pero esas cosas estaban tan cerca, que daban sombra a sus alas en el aire; lo malo era que huían, más rápidas que sus alas en el aire, al ensayar un vuelo. La mariposa dijo: "No importa, así es la vida"; y el perfume de la flor seguía inspirándole las imágenes de su fuente quimérica.

En otra tarde vió la flor marchitarse. Sufrió mucho la pobre mariposa; después se dijo: "¡El dolor! eso es también la vida".

Al día siguiente vió un botón abriéndose en el mismo tallo, y recordó lo tonto de superar el tallo ya que no recordaba la antigua rosa, y se acercó a la nueva, ambicionando sus perfumes. Después acabó por adorar todas las flores. El jardín fué su reino y creyó que el firmamento brillaba, también, como un jardín cubriendo el mundo. Las efímeras. La pobre libélula, abría de ambición, soñó con nubes que aproximábanse al horizonte, para revelar encendidas sus floraciones fantásticas. Pero flores y nubes eran crear rosas, jazmines, violetas, con lo que a las verdaderas les faltaba, algo que les diese la inmortalidad.

Ante lo inútil del deseo de su inmenso amor, una pena abrumante quitó a sus alas la gracia gentil en los giros del vuelo. El sueño no tocó más sus párpados, como en otro tiempo; traído en el último estremecimiento de la tarde, el alma del sol se lo dejaba como un consuelo en su ausencia. Pernotaba por entonces en un macizo de lirios. Elegíalos con nivea recámara y nervios de oro, porque al amanecer encontrabá allí dos gotas de rocío. Bebiase una, para dar la bienvenida a la luz, y la otra para volar alegremente. Y desde esos cálices, donde ya le era difícil dormir, vió una estrella, y diez, y un millón, que convertían el firmamento en un jardín de flores maravillosas. Su sueño no había sido una ilusión irrealizable; el prodigio de la bóveda se lo mostraba misterioso y magnífico. La sombra no era muerte; el sol brillaba en los parques de la tierra; pero al irse, el otro jardín resplandecía precisamente por sus flores, que, palpitantes como sus alas, eran sin duda inmortales.

Miró con desesperación los lirios y las vecinas rosas; ella no podía transformarlos, pobre y miserable criatura que era. Creyó percibir en los perfumes mezclados, y en la brisa vagabunda entre las hojas, un tímido reproche. Mas, de pronto, quedóse helada. Un lirio colosal, como un mirasol blanco, quizás un jardín con telas de ideales arañas, en que se enredaban vapores de alabastro, llenos de flores de nieve, surgió de entre los árboles y ascendió a los cielos. Las estrellas palidieron de emoción, como rostros a quienes sorprende el rostro no esperado de la bien amada. La mariposa, en su fuente ideal, sintió el reproche de los perfumes, haciéndose tristeza de su ser. ¡Oh! sí, aquel astro se elevaba cargado de lirios de la tierra, para sembrar con ellos el firmamento. Transfigurándolos, iba a daries, con las palpitaciones de sus alas, vida inmortal. La tristeza de la mariposa se convirtió en el aliento de la muerte... Abajo, el macizo resplandecía con blancuras que se prestaban sus espíritus, tejiendo sudarios visibles, pero impalpables. El perfume de las rosas atraía los ojos para obligar a ver la palidez de los lirios; y los rayos de la luna iban de flor en flor, y reflejábanse en los matices, para morir perfumados. La mariposa sintióse desfallecer; su espíritu era más leve que un leve y frágil vaso de amor, lleno de angustias exacerbadas. Los lirios aquéllos la despreciaban ya, y ese dolor era suficiente; quería extinguirse antes de que, por el otro lado, se alzase una luna purpúrea, siguiendo a la blanca, con un cargamento de rosas. Abrió bien los ojos; y en un cáliz en donde los rayos niveos reverberaban casi, bebió el zumo, con la esperanza de que la melancolía horrible de la luz lo hubiera tornado un veneno. Al siguiente día la pobre soñadora tuvo una oración fúnebre impensada. Un poeta alzó el cadáver, y antes de tirarlo a las hormigas, exclamó, después de echarle una de esas miradas que unen por un instante a las bestias y a los hombres;

—Las cosas de la naturaleza; ¿a qué dar alas a un gusano?

Angel de ESTRADA

Se gratificará

Por Eugenio Fourrier

El Sr. Boly, joyero, acaba de recibir en la ventanilla del Crédit Lyonnais diez billetes de mil francos, dinero que destinaba a la compra de una casita de campo en la que pensaba pasar el resto de sus días, una vez que se había retirado de los negocios. Metió los billetes en la cartera y salió del Banco. Al regresar, por la noche, a su casa, vió con espanto que le habían robado la cartera.

—¿Qué tienes?—le preguntó su mujer al verlo entrar desenchajado.

—Que he perdido la cartera con el dinero que he cobrado en el Crédito.

—¿Qué has perdido los diez mil francos? ¡Idiota! ¡Mirate bien los bolsillos!

—Es inútil; ya he mirado mil veces.

—¡Imbécil! ¡Perder el precio de nuestra casa de campo!

—Es una desgracia, mujer. Eso le ocurre a cualquiera.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar hecho un poste, como estás ahora?

—Pondré un anuncio en los periódicos ofreciendo una buena gratificación.

—Eres bobo. ¿Quién va a devolver diez mil francos?

—Puede haberlos encontrado una persona honrada, y en cuanto lea el anuncio se apresurará a devolver una cantidad que no es suya.

—Pues si confías en eso, ya puedes despedirte del dinero.

—Daré quinientos francos al que me devuelva la cartera.

Al día siguiente se publicó el anuncio, y como pasaran varios días y nadie se presentara, el señor Boly empezó a desesperarse, hasta que una mañana el comisario de Policía le avisó que un obrero había encontrado los diez mil francos y que se los llevaría a casa aquel mismo día.

La alegría sucedió a la desesperación.

—¿Ves cómo aun quedan personas honradas?—dijo el Sr. Boly a su mujer—. ¡Vaya un rasgo! Le daré los quinientos francos que he prometido.

—¡Bah! Esa promesa la hiciste cuando no pensabas que te devolviesen la cartera. Es una palabra en el aire.

—Es verdad.

—Hay que ser razonables — prosiguió la señora de Boly—. ¿Qué va a hacer un obrero con quinientos francos? No le servirán de nada.

—No sólo no le servirán, sino que podríamos causarle un perjuicio.

—¿Tú crees?...

—Claro. Con ese dinero se creará de condición superior a la de un obrero.

—Es verdad; no se me había ocurrido. Podría darle por no trabajar.

—Naturalmente. Y perdería la ofición al trabajo, y ya sabes que la ociosidad es la madre de todos los vicios.

—Es verdad. Le daré trescientos francos.

—Es demasiado. ¿Qué quieres que haga un obrero con trescientos francos? Gastárselos en vino y adquirir malos vicios. Y no podrías perdonárselo nunca.

—¡Qué horror! ¡Un alcohólico por mi causa! Le daré un billete de cien francos. Se lo ha ganado. Otro se hubiese quedado con el dinero.

Después de todo, no ha hecho más que cumplir con su deber. Por eso te digo que cien francos es exagerado.

—Entonces le daré cincuenta.

—Ya puede darte las gracias. Cincuenta francos ganados en un día equivalen a mil quinientos francos por mes.

—Mil quinientos francos al mes? Eso es demasiado para un obrero. Lo mejor será dar-

le treinta francos; eso es, le daré veinte francos.

—No ha trabajado mucho para ganarlos.

—Bajarse a coger la cartera del suelo. Le daré diez francos.

—Todavía es más del jornal que ganaría al día. Dale cinco francos y te quedará agradecidísimo.

—Es verdad; le daré cinco francos.

En aquel momento la criada introdujo al obrero.

—¡Entre usted, amigo mío!

El obrero entró tímidamente.

—Buenos días. ¿Es usted el señor Boly?

—Yo soy, sí. ¿Es usted el que ha encontrado mi cartera?

—Sí, señor. Aquí está.

El joyero la abrió. Estaban los diez mil francos.

—Es un hermoso rasgo el suyo—prosiguió Boly—. Ha cumplido usted con su deber.

—Es lo que yo me he dicho—repuso el obrero—. Este dinero no es tuyo; debes devolverlo.

—Todavía hay hombres honrados—dijo la señora de Boly—. Va usted a tomar un vaso de vino.

—Muchas gracias, señora; pero no bebo. No tengo costumbre. En casa somos muy pobres. Tengo una mujer enferma y siete hijos.

—Tiene usted razón—dijo Boly—. No beba nunca alcohol. Tome; para usted, amigo mío.

Y le puso un franco en la mano. Había reflexionado.

—Pero, señor — balbuceó el obrero—; tengo una familia numerosa.

—Por eso debe usted aceptarlo. Es para usted.

—Sí, sí—añadió la señora del joyero—. Es para usted; tómelo.

Y suavemente los dos rentistas empujaron fuera al obrero.



Para Alimentar el Cerebro

cansado o debilitado por el exceso de trabajo, para evitar la pérdida de la memoria, para levantar el espíritu, para los deprimidos, pesimistas e indiferentes, hemos creado la

Nucleodyne

(El tónico que da fuerza)

Tomando, tan sólo, dos botellas, se nota un cambio inmediato, tan rápido que uno mismo se asombra.

La eficacia de la NUCLEODYNE, como tónico cerebral, reside en el fósforo orgánico que entra en su composición y que es considerado como el reconfortante más energético del cerebro.

La NUCLEODYNE es el orgullo de nuestros Laboratorios.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



Centenario de la muerte del deán Funes

El vicepresidente de la República, doctor Enrique Martínez, el intendente municipal, señor José Luis Cantilo y otros miembros de la comitiva oficial, durante la colocación de una palma de bronce en el sepulcro que guarda los restos del deán Funes, en el cementerio de la Recoleta, al cumplirse el primer centenario de su muerte. — En la ceremonia hizo uso de la palabra, en nombre de la comisión de homenaje, el diputado nacional, doctor Carlos J. Rodríguez.



El ministro del Interior, don Elpidio González, que representó al P. E. y el intendente municipal, señor José Luis Cantilo, saliendo de la iglesia de San Ignacio, después de asistir a una de las misas oficiadas en dicho templo por el alma del deán Funes.

Misa dedicada a los nuevos conscriptos



Como es de práctica, todos los años, ofició en la iglesia de La Merced, la misa dedicada a los nuevos conscriptos, pertenecientes a la clase de 1908, que acaba de incorporarse al ejército. — A la izquierda: el vicario del ejército, monseñor Copello y las autoridades militares, saliendo del templo después del acto. — A la derecha: vista parcial de las familias que asistieron a la misa.

Inauguración de la colonia de vacaciones del Parque Saavedra



Grupo de celadoras que actúan en la colonia de vacaciones recientemente inaugurada en el Parque Saavedra.



Un núcleo de niños, de los que integran la colonia de vacaciones del Parque Saavedra, entregados a sus juegos favoritos.

D. Juan Carlos Barla ha pasado a ocupar el cargo de Inspector de la Prefectura General Marítima

Una descollante personalidad de nuestra administración pública

Don Juan Carlos Barla, Sub-Prefecto de Mar del Plata, acaba de ser ascendido a Inspector de la Prefectura General Marítima. La designación no involucra un simple acto administrativo. Representa más bien un acto de gobierno, de cuya certeza informa la brillante y meritoria foja de servicios de aquel funcionario y su consagración partidaria, de alto y noble relieve. D. Juan Carlos Barla es, en efecto, una de nuestras personalidades públicas de mayor prestigio y perfil mejor definido. Su larga actuación en la Sub-Prefectura de Mar del Plata cuenta, con hechos de sugestiva significación a este respecto: se recuerda la huelga de pescadores, un movimiento social de vasta resonancia y trascendencia, que el tino, la buena voluntad y el patriótico espíritu de equidad, que son sus prendas morales características, supieron encauzar y resolver en forma satisfactoria y definitiva; se recuerda, también, el famoso temporal que arrasó todas las barcas pesqueras marplatenses, dejando en el desamparo a centenares de hogares humildes, y cuyas consecuencias supo capear él con su actividad, su generosidad y conciencia de la misión pública que le fuera confiada.

De ahí que no obstante advertirse con natural regocijo el ascenso acordado por el Poder Ejecutivo, el pueblo de Mar del Plata vea con tristeza el alejamiento de D. Juan Carlos Barla. Se le estima insustituible en el cargo que desempeñaba, y en verdad que este concepto está generalizado en cuantos conocen su dedicación, su inteligencia, su bondad



Señor Juan Carlos Barla, nuevo Inspector de la Prefectura General Marítima

notoria y, principalmente, su aptitud y su experiencia de la función que ahora abandona para escalar otras más responsables y complejas. Pero, igualmente, D. Juan Carlos Barla continuará prestando al país — y en consecuencia a aquella comuna — los servicios en los cuales ha sabido destacarse con tan inconfundibles líneas de probidad y de trabajo. Su designación como Inspector de la Prefectura General Marítima es, pues, según llevamos dicho, un verdadero acto de gobierno. ¡La acreedor a ella por el indiscutible peso de su obra, tan valiosa; y, permitirá apreciar en un plano más elevado la jerarquía de sus dotes intelectuales y morales, reafirmada, además, por su caballería proverbial. Radical de los tiempos buenos o malos. Radical irigoyenista, Juan Carlos Barla supo, por otra parte, conciliar su conducta ejemplar de funcionario, con su inmovible lealtad partidaria.

Fiel a su pasado ideológico, a sus sentimientos cívicos y sus aspiraciones patrióticas, el funcionario digno no rehuyó al correligionario de temple. Estuvo siempre en su puesto de combate, complementando ambas naturalezas con toda altura moral. Así, prestó a su país y a su partido los bienes que se esperaba de sus cualidades de rectitud y consecuencia.

Su paso por el puesto delicado que acaba de asumir dejará hondas huellas perdurables. Es una certidumbre que existe en el ánimo de quienes saben a D. Juan Carlos Barla una figura pública de preciosos valores.

Homenaje a la memoria de D. Andrés Ferreyra



Personas que asistieron a la colocación de una placa conmemorativa en la tumba que guarda los restos del educacionista don Andrés Ferreyra, en el cementerio de la Chacarita, ofrendada, como homenaje a su memoria, por los maestros de las Escuelas Lázare, de Corrientes, al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento



GIRA ARTISTICA



Señores Luis A. de León y Humbert Piemonte, pintores, dibujantes y periodistas, que se proponen efectuar una gira artística por las principales ciudades del continente americano, organizando exposiciones pictóricas, pronunciando conferencias sobre arte y editando, en cada localidad, un número único, dedicado a sus escenas pictóricas, a su sociedad y a su industria.

NECROLOGIA



Señor Luis Delfino, capitán de marina de altura, caballero italiano, extensamente vinculado en nuestra sociedad, cuyo fallecimiento ha sido hondamente lamentado, por las dotes de bondad y filantropía que caracterizaron su personalidad.

Distribución de premios en el Club Sportivo Barracas



Con motivo de la distribución de premios entre los vencedores de los diversos concursos organizados durante el año anterior, realizóse en el Club Sportivo Barracas, una interesante fiesta social y deportiva, que alcanzó lucidas proporciones. — Competidores que tomaron parte en el partido de "water-polo", que dirigió el nadador Vito Dumas.



Algunas de las familias que concurren a la fiesta organizada por el Club Sportivo Barracas, y que presenciaron las diversas pruebas del programa de festejos.



Dos instantáneas obtenidas durante el desarrollo del partido de "basketball", jugado entre dos equipos de reconocida competencia, pertenecientes a los clubs Independiente y Sportivo Barracas. — Correspondió el triunfo al primero de los nombrados, por un score de 36 a 30 tantos.

Sepelio de los restos del motociclista Miguel A. Fernández



El cortejo fúnebre conduciendo el cadáver del deportista Miguel A. Fernández, que perdió la vida en la carrera de motocicletas de Carmen de Areco, al salir del local del Club Motociclista Nacional, donde fueron velados los restos.



La llegada del féretro al cementerio del Oeste, donde recibió sepultura el cadáver. — Durante la inhumación, hicieron uso de la palabra los señores Angel Musi y Miguel J. Grimolizzi, presidentes del Club Motociclista Nacional y Moto Club Argentino, respectivamente.

Junto a una sencilla cuna, donde había un niño, al parecer dormido, veíase a una madre, pintada en su rostro la angustia y zozobra que torturaban su alma, ya que el hijo de sus entrañas disponíase a cerrar para siempre sus bellos y azules ojos y a volar a la mansión del Eterno. Pálidas como la azucena del bosque, eran las mejillas del tierno infante, y tan irregular y fatigosa su respiración, que más que hábito humano hubieran dicho quejumbroso suspiro.



Alumbraba la estancia vacilante velón, tan falto de vida como el pobre ser que yacía en la cuna.

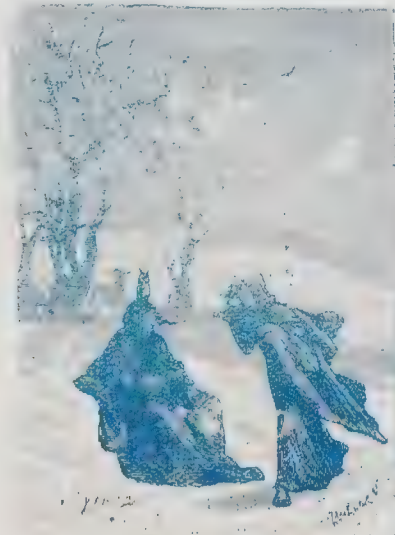
De repente oyóse llamar a la puerta de la habitación; abre la madre y penetra un anciano que, a pesar de ir envuelto en una manta de lana, tiritaba de frío. Crudo era el invierno; la campiña, así como las calles del pueblo, estaban cubiertas de nieve, y soplaba un airecillo tan penetrante, que casi helaba la sangre.

Compadecida la buena mujer de ver al anciano en aquel estado, calentóle un vaso de cerveza, no sin antes mirar tiernamente al hijo amado.

Sentóse el recién llegado, en el sitio que hasta entonces había ocupado la madre, y empezó a mecer al niño.

Aquella, terminada su tarea, ocupó otra silla al lado de la cuna y junto al anciano; contempló a su hijo que respiraba con más fuerza, y luego dijo, apoderándose de una de sus manecitas:

—¿No es verdad, buen hombre,



que se salvará el hijo de mi caza? ¡Sí, el Señor que ve mis su-

frimientos no ha de ser tan cruel conmigo que me lo arrebathe de este modo!

El interpelado, —la Parca—, hizo un extraño movimiento de cabeza que lo mismo era afirmativo como negativo.

Tres días con sus noches hacía que no dormía la infeliz madre; rendida de cansancio, pues, cerró involuntariamente los ojos e inclinó la cabeza, quedando sumergida en sueño reparador.

Al poco rato una ráfaga fría de

viento la hizo despertar sobresaltada y tiritando de frío; en el acto, la lamparilla se apagó, y se extinguió, al paso que movió gran algazara el viejo pendulo; rechinaban sus rodajes, y por último cayó al suelo el peso de plomo y quedó parada la máquina.

—¿Qué es esto? —preguntó aquella mujer desahogada.

A la débil luz que esparcían los tizones de la chimenea notó que el cuarto estaba vacío... Había desaparecido el anciano... Maquinalmente corrió hacia la cuna y dió un grito desgarrador al verla desierta. La Parca acababa de arrebatarse el hijo adorado.

La soledad la espantó; sus extraviadas miradas indicaban que estaba próxima a perder el juicio; mas de repente, y como si tomara una decisión violenta, lanzóse fuera de la habitación, llegó a la calle, y deteniéndose en el umbral de la puerta llamó a su hijo repetidas veces.

No lejos de su casa veíase, sentada sobre la nieve, a una mujer vestida de negro, cuyo traje formaba contraste con la blancura de su rostro, donde brillaban dos ojos como de melancolía. La enlutada llamó a la madre por su nombre y la dijo:

—La Muerte ha entrado hoy en tu casa; la he visto penetrar en ella y salir al poco tiempo presurosa llevando a tu hijo en brazos. Corre más que el viento: lo que una vez ha tomado la Muerte no lo devuelve.

—¡Oh! Sólo quiero que me indiquéis el camino que sigue, pues yo sabré encontrarla, —decía la afligida madre.

—Sé por donde anda, —repuso la del negro traje, —pero antes de que te enseñe el camino has de recitarle todas las canciones con que arrullabas a tu hijo. Esas melodías me deleitan por su dulzura y poesía, y las escuchaba siempre

Historia de una madre

Cuento de ANDERSEN

con placer, aunque no ignoro que te hacían derramar bastantes lágrimas. Soy la Noche.

—¡Oh! las cantaré todas, todas sin excepción, pero más tarde, —objetó la madre—. No me detengáis; quiero alcanzar a la Muerte y recobrar mi hijo.

La Noche no contestó. Entonces la madre, retorciéndose de desesperación, empezó a cantar. Mucho se prolongó el canto, pero las lágrimas de la infeliz duraron más que sus melodías.

Luego dijo la Noche: —Inténtate en el sombrío bosque de abetos y sigue hacia la derecha; por allí ha huido la Muerte con tu hijo.

Vuela la madre al bosque, pero en el centro de él crúzase dos caminos y no sabe qué dirección tomar. De repente vese detenida por un zarzal; era el Invierno. De sus ramas colgaban gruesos carámbanos.

—¿Has visto por ventura pasar a la Muerte con mi hijo? —pregunta a las zarzas la infeliz.

—Sí, —contestan éstas—; pero si quieres saber el camino que siguen, exígmole de tí que nos cobijes en tu seno. Nos estamos helando de frío.



La desolada madre estrecha fuertemente las zarzas para que recobren el perdido calor. En sus carnes penetran las espinas y las desgarran, brotando gruesas gotas de sangre de las heridas. Pero en seguida reverdecen el zarzal, y se abrieron sus flores, a pesar de la crudeza de la estación. ¡Tal es, el fuego que arde en el corazón de una madre angustiada!

Las zarzas le indicaron entonces el camino que debía seguir.

Empezó de nuevo a correr aquella mujer, sin que le amedrentaran ni el aspecto fantástico de los árboles desnudos de hojas, cuyas ramas parecían gigantes brazos que trataban de detenerla en su camino, ni el fiero rebramar del aquilón que parecía la voz de aquellos seres fantásticos.

A los pocos minutos se encontró ante un gran lago, a orillas del

cual no se veía barca alguna. Las aguas no estaban congeladas para soportar su peso, ni eran bastante líquidas para que la desconsolada madre pudiese salvar el obstáculo a nado; con todo, tenía necesidad de llegar a la opuesta orilla; de lo contrario perdía para siempre al hijo de sus entrañas.

En medio de su exaltación echase al suelo y empezaba a sorber el agua del lago con la esperanza de dejarlo seco. ¡Vana ilusión! Lo que pretendía aquella pobre mujer era un imposible, bien lo sabía ella misma; pero confiaba en que el Altísimo, doliéndose de su suerte, obraría un milagro.

—¡Inútil tarea! —dícela una voz que parecía salir del fondo del lago—. Sé razonable, y veamos si hay medio de entendernos amistosamente. Oye, pues: yo tengo una decidida pasión por las perlas y poseo una muy bella colección; pero tus ojos son las dos más diáfanos y preciosas que he visto en mi vida. ¿Quieres dármeles? Si accedes a mi demanda, te llevaré al invernadero donde habita la Muerte, dedicada al cultivo de toda clase de plantas, cada una de las cuales es la vida de un ser humano.

—¡Oh! ¡Cuánto daría por vol-

alta la infeliz ciega caminando lentamente y con los brazos extendidos.

—Todavía no ha llegado, —respondió una buena vieja que iba de acá para allá cuidando las plantas del jardín de la Parca. —¿Cómo es que has venido hasta aquí? ¿Quién te ha guiado?

—¡El Todopoderoso! —profirió la madre en tono solemne. —El es compasivo, y espero que tú tam-



bién lo serás. Dime, ¿dónde encontraré a mi hijo?

No lo conozco, —objetó la vieja—, y tú no puedes ver. Esta noche se han marchitado muchos árboles y plantas; pronto vendrá la Muerte para trasplantarlos. Tú debes saberlo: aquí cada persona tiene un árbol, una flor que representa su vida, su carácter y que muere con ella. A la simple vista diríase que son vegetales comunes, pero al tocarlos percíbense las pulsaciones de un corazón. Te atenderán, pues, a lo que acabo de decirte y tal vez reconozcas la planta de tu hijo, en el modo de palpar de su corazón. ¿Qué me darás si te pongo al corriente de lo que has de hacer después?

—No tengo qué darte, —dijo tristemente la pobre madre—; mas iré al cabo del mundo para traerte lo que sea de tu agrado.

—Ningún negocio tengo allí pendiente, —respondió la vieja—. Una cosa puedes darme: tu larga y sedosa cabellera negra. Yo en cambio, te daré las pocas canas que me quedan.

—¿Nada más exiges de mí? Toma mis cabellos; sin pena te los doy.

Y efectivamente, aquella mujer sin ventura trocó sus cabellos de ébano por las nevadas y escasas canas de la anciana.

Entonces se dirigieron juntas al inmenso jardín cultivado por la Muerte, donde crecían a un tiempo las más variadas y raras plantas. Allí se veían trinitarias aterciopeladas y bellos jacintos floreciendo bajo campanas de cristal; allí se encontraban cuantas están cla-

sificadas por nuestros naturalistas y otras muchas desconocidas aún, desde las humildes borragíneas como helictropo, cinoglosa y miosótides que se ostentan en casi todos los países, hasta el majestuoso cedro del Líbano; tanto el boabab, el flexible bambú, la elegante palmera y las pitas del África, como los sándalos, té y naranjos de la China; los duraznos de Persia al lado de los cactus, la

La anciana se retiró. De repente sintióse un aire sutil, que al penetrar por el jardín helaba la sangre en las venas; todas las plantas se estremecieron, adivinando la pobre ciega que la Muerte era la causa de aquel trastorno.

—¿Qué es esto? ¿Cómo encontraste el camino que aquí conduce? ¿Cómo llegaste antes que yo? —preguntó la Muerte, pues efectivamente era ella.

—¡Porque soy madre! —respondió la ciega.

Entonces el hombre dejó su manta, y sacando una hoz se preparaba a cortar la musti azucena; mas la madre, que instintivamente comprendió la intención, llena de zozobra rodeó el tallo de la flor con sus manos. La muerte sopió en los dedos de la desventurada, que abandonaron la flor querida; el hábito de la Parca era más frío que las heladas brisas invernales.

—¡Contra mí no puedes nada! —dijo la Muerte.

—Sin embargo, Dios bondadoso es más fuerte que tú.

—No hago más que cumplir su voluntad. Soy su jardinero, y cuando me lo ordena tomo las flores de aquí y las voy a trasplantar a otro jardín llamado el Paraíso, situado en país desconocido. Ignoro lo que con ellas sucede después.

—¡Piedad! ¡Piedad! —exclamó la madre. —¡Mi hijo! ¡devuélveme mi hijo!

Y al mismo tiempo cogió dos florecillas entre sus dedos y prosiguió casi frenética:

—¡Mi hijo, o deshojo todas las flores, arraso todo el jardín! ¡Ah! ¡Cuán desgraciada soy!

—¡Modérate, modérate! —vociferó la Muerte. —¿Te lamentas de tu infortunio y vas a desgarrar el corazón de otras madres tan desdichadas como tú?

—¿Otras madres? —repitió la ciega; y soltó las florecillas.

—Toma tus ojos —dijo la Muerte—. Al pasar por el lago los vi brillar, y sin saber que eran tuyos los recogí. Póntelos y mira al fondo de este pozo, donde verás lo que hubieras destruido si yo no lo impedí. El agua te mostrará, cual si fuera un espejo, la suerte que cabe a cada una de esas flores y la reservada para tu hijo si viviera.



La inconsolable madre se inclinó sobre el brocal del pozo y vio pasar imágenes risueñas rebosando felicidad; luego se ofrecieron a sus atónitos ojos escenas de espantosa miseria, de duelo y de quebranto. Una de las flores que quería destruir, era una violeta que, aunque medio oculta entre las hojas, esparcía deliciosos perfumes: esta flor respiraba felicidad.

nó sobre el brocal del pozo y vio pasar imágenes risueñas rebosando felicidad; luego se ofrecieron a sus atónitos ojos escenas de espantosa miseria, de duelo y de quebranto. Una de las flores que quería destruir, era una violeta que, aunque medio oculta entre las hojas, esparcía deliciosos perfumes: esta flor respiraba felicidad.



La otra, una rosa encajada en semiabierto botón, crecía enferma y triste.

—¡He aquí la voluntad de Dios! —dijo la Parca.

—¿Qué indican esas imágenes?

—No puedo decirte, —pero lo cierto es que una de las flores que aquí ves (no te la señalaré) está maldita. Entre ellas hay la que simboliza el porvenir de tu hijo en la tierra.

La madre lanzó un grito aterrador, un grito de agonía.

—¿Cuál es la flor de mi hijo? —Dímelo, de rodillas te lo pido! —Esa era la suerte que le estaba reservada? ¿Verdad que no? ¡Habla! ¿No me respondes? ¡Oh! Prefiero que te lo llesves a la duda que tu silencio me causa; quiero ver libre de tantas desdichas, pues le amo más que a mi vida! ¡Oh cielo inocente hijo mío! ¡Que los pesares sean para mí sola! ¡Llévate lo al reino de los cielos! ¡Olvida mis lágrimas, mis preces; olvida cuanto he dicho y cuanto he hecho!

—No te entiendo, —objetó la Muerte—. ¿Quieres, si o no, recordar a tu hijo, o debo llevarlo al lugar desconocido del que no me es dado hablarte?

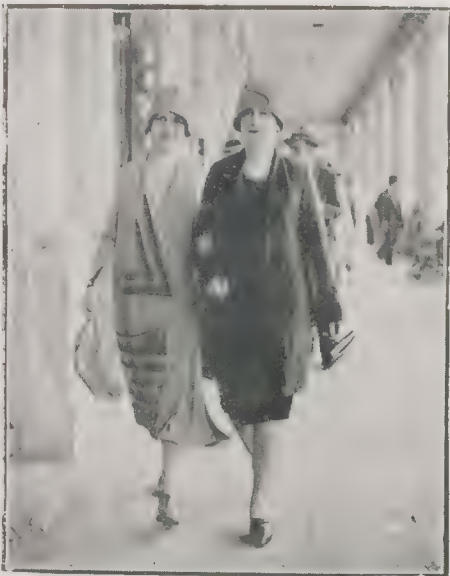
Entonces la madre, retorciéndose las manos, se echó a sus pies, y elevando los ojos al cielo:

—¡Dios mío, no me escuchéis, —exclamó—, si desde el fondo de mi corazón me opongo a vuestra voluntad, que nunca yerra! ¡No me escuchéis, no hagáis caso de mis ruegos!

—Y anonadada dejó caer la cabeza sobre su trémulo pecho, y siguió orando fervorosamente.

La Muerte continuó recorriendo con su hijo el camino que conduce a un país desconocido, donde la vida es eterna y las flores no se marchitan.

Marplatenses



La señora Ana Urioste de Figueroa y su hija Ana Victoria



Familias de Fabro y de Leone



Señor Nicolai y señora



Señora Clotilde Mira de Fernández y su hijito



Niños de Barbosa



Atilio I. Lanzabechia



Juanito Ratti



Doctor Lucero



Leyendo "Fray Mocho"



El director de "El Hogar" señor Ortiga, su esposa y la señora de Quesada



Señora de Barbosa



Señorita Rosales



El bañista más respetable. Ejemplar de tiburón recientemente pescado en el muelle del Club de Pesca



Mimujá Poeg Saint Joan
Fots. Bonnin e Iris

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Molly O' Day, protagonista, con John Boles, de "El pastor de las montañas", que Glucksmann ha estrenado el domingo anterior



Belle Bennet y Holmes Herbert, en "La era de los deportes", que Glucksmann exhibe desde el viernes último



Sylvia Beecher y Nick Grinde, dos nuevos artistas de la Metro-Goldwyn-Mayer, en una escena de preparativos de "toilette" en el estudio, antes de filmar



Hoot Gibson, Georgia Hale, Frank Hagney y Tom Lingham en "Un gallo con espolones", película Jewel que la Universal estrenará hoy



George O'Hara y J. Barney Sherry, en "El submarino contrabandista", cine-drama que la Corporación exhibe desde anteayer



Anny Ondra y Hanny Weise protagonistas de "Muchachas que no se venden", que la Corporación está exhibiendo en los principales cines



Escena de "Sally la escandalosa", film del cual son protagonistas Bessie Love y Allan Torrest, que la General estrenará el viernes próximo

SOCIALES



RELACES. — La señorita Elena Esther Igarzaal con el teniente primero Enrique Berton



Señorita Dora Noemí Osuna, recientemente desposada con el señor Rafael Boriano Pico. Fueron padrinos el presidente de la República, doctor Irigoyen y la señora Ernestina C. de Osuna



La señorita Blanca Egner con el teniente primero Eugenio Pinasco



Los contrayentes señorita Angélica Berenguer y señor P. H. Preste



Señora Elena B. de Urioste y su nena



Los desposados señorita Juana Goyeneche y señor Higinio Olivari

Gente menuda



Señora Amanda C. de Frediani y su hijito Luis María



Alfredo Curci



Raúl Fidel Zelada



Amelia Ana Urioste

Todavía subsiste entre los esquimales "el vengador de la sangre". Ese emisario de la justicia goza de una aureola de legalidad gracias a costumbres establecidas desde un pasado tan remoto que se pierde en la noche de los tiempos. El "vengador de la sangre" viene a constituir un agente de gran efectividad y eficacia en la economía social de rudimentaria simplicidad que rige entre esa gente no contaminada todavía por los vicios de nuestras sociedades civilizadas. Para ese pueblo la familia constituye una unidad y cualquiera afrenta que se le hace al grupo tiene que ser lavada por alguno de los miembros. Allí la injuria para uno significa un insulto para todos.

La sangrienta retribución puede ser requerida en término de un día, de un mes, de un año, o de muchos años, pero no se olvida jamás. Es idéntica a la vieja sentencia del código mosaico: *Ojo por ojo, diente por diente*, con inflexibilidad inexorable. La obligación de exigir una reparación no muere nunca, y con frecuencia un muchacho espera pacientemente hasta convertirse en hombre para cumplir su cometido y llenar su papel de vengador como la cosa más natural.

Entre los esquimales es un decir común que el ofensor "jamás puede dormir". Que el culpable adquiere el "ojo sin sueño", caracterizado por una expresión furtiva e inquieta, de eterna vigilancia, de eterno desasosiego, siempre a la mira de una venganza que tarde o temprano tiene que venir. Todos los días experimenta el tormento de la expectación cruelísima, cosa peor que cualquier forma de castigo imaginable.

La primera noticia que tuve de esta extraña forma de castigo, de esta singular "venganza de sangre", fué cuando, procedente de las regiones árticas de Alaska, llegué a la desembocadura del río Yukon. Esta enorme corriente de agua dulce nace en la región subártica del Canadá, y arrastra su corriente como mil cuatrocientas millas por el interior del enorme territorio, dividiendo aquel lejano país, de oro y selvatismo, en dos partes.

En los tramos superiores de su curso, el río se precipita en medio de estrechos cañones rocallosos; en seguida fluye plácidamente, perezoso, por un enorme plan, y, finalmente, se va a lanzar al mar de Behring en St. Michael, por medio de un delta cuyas incontables bocas desconocidas nadie ha explorado a punto fijo, y que dividen

El vengador de la sangre

Por E. W. Hawkes

en mil islas el terreno selvático del litoral.

En ese lugar ha sido establecida una reserva militar por el gobierno de Estados Unidos. Y es, innumerable la cantidad de entes raros que van a buscar refugio en aquel santuario, bajo la égida poderosa de Tío Sam.

casi fui a caer sobre el viejo "Socksey" que era el sobrenombre por el que todo el mundo conocía a nuestro esquimal. Estaba sentado en un banquillo de tres patas, de espaldas al viento, pescando en un agujero que había abierto en la costra de hielo. Cuando lo descubrí recogía rápidamente la cuerda

plear durante los dos últimos años. Y debo confesar que aquellos vocablos eran más contundentes que elegantes, y que aludían principalmente a la sucinta descripción de la apariencia que presentaba Socksey en aquellos momentos y algo que no es posible repetir sobre su ascendencia. Pero, aún cuando no es posible jurar en esquimal, aquel idioma no deja nada que desear cuando se quiere poner en ridículo a un adversario, y en tal forma lo usan los aborígenes. Lo curioso es que el resultado de mis palabras no fué el que yo esperaba.

En lugar de darse por ofendido, el rostro del viejo Socksey se iluminó con una franca sonrisa, quedando instantáneamente transformado, de un salvaje estólido y tozudo, en un cortés amigo.

—¿Hace muchas lunas que has escuchado por última vez el habla de mi gente? — me interrogó. — ¡Si supieras cómo es grata para mis oídos!

—Hablas tu lengua como quien ya casi la ha olvidado — le repliqué.

—Pero no la olvidaré en mi vida — gritó. Su cara adquirió un color purpurino, y las venas de su frente se hincharon. — Aunque vivo entre estos malvados criollos cara de perro, que han olvidado el idioma de sus padres, siempre recordaré mi habla. Pero ven, — agregó más calmado, — comerás conmigo, y me contarás las noti-

cias que tengas de mi pueblo.

En menos tiempo del que se necesita para referirlo, Socksey había sacado de su banquillo de pesca una vieja barrena, algunas ramitas de sauce y un poco de yesca para hacer fuego.

Con gran reposo hizo saltar una chispa, encendió una hoguera, y puso a asar el pescado. No teníamos mesa, y comimos con los dedos, porque tampoco había cubiertos, pero el pescado recién asado es siempre un buen manjar.

De modo que Socksey y yo nos dimos un banquete y charlamos largo y tendido sobre el hogar de sus antepasados. Cuando nuestras pipas humeaban a satisfacción Socksey estaba de punto para las confidencias, y entonces fué cuando me relató su historia. Tengo mis razones para suponer que no se la había contado a ningún ser viviente en muchos años, por lo que no pudo resistir a la tentación de referírmela y desahoga su pecho.

—Cuando era yo un muchacho — dijo — vivía en el país del norte, en un villorrio que queda del otro lado del cabo que apunta hacia donde se pone el sol.

—¿El cabo del Príncipe de Gales?



Uno de los pájaros más raros de esa especie migratoria, con que tropecé allí, era un esquimal que venía del septentrion lejano, acerca del cual escuché mil cosas a mi llegada a St. Michael. Se decía que hacía muchos años había matado a un hombre a sangre fría, en una de las aldehuelas esquimales del norte, y que luego había tenido que correr literalmente miles y miles de millas rumbo al sur hasta encontrar la protección del pabellón americano. El desdichado no tenía más idea que burlar al vengador de la sangre, cosa que, por lo demás, era imposible de lograr, ni aún en aquella ciudad de refugio.

La primera vez que nos encontramos no fué para augurar nada bueno. Fué una ocasión en que habiéndome extraviado en medio de una de esas tormentas repentinas que sobrevienen de improviso en aquellas zonas, y estando el aire materialmente saturado de partículas infinitesimales de hielo, éstas, al herir la piel y los ojos, cegaban cual si hubieran sido de hierro candente.

En aquellas circunstancias fué como perdí mi camino en las cercanías del puesto, y así fué como

de su arpón, en un trozo de madera con muescas en los extremos. Un bacalao acababa de picar, y el hombre lo sacaba del agua. Al principio no se dió cuenta de mi presencia.

Luego, cierto sentido, un sexto sentido instintivo que los salvajes poseen y que el hombre civilizado ha perdido, pareció advertirle que corría peligro. Giró bruscamente en su banquillo, y esa mirada de desesperanza de quien espera oír al fin una sentencia que va a serle pronunciada después de una larga agonía, brilló en sus ojos.

Aquella mirada, sin embargo, sólo fué un relámpago que se apagó en un segundo, y en seguida volvió estólidamente a reanudar su tarea. Un hombre blanco más o menos, no tenía poder suficiente para afectar su pequeño mundo.

Para mí fué una ardua tarea lograr que me proporcionara suficientes datos para poder seguir mi camino. Socksey no conocía una palabra de inglés, y por mi parte no me familiarizaba aún con las peculiaridades del dialecto que los esquimales del Yukon hablan.

En mi ansiedad se me ocurrió pronunciar algunas palabras del dialecto norteco que aprendí a em-

—Sí, justamente. Ese era la mitad del camino hasta mi casa.

—Entonces has de haber corrido bastante — sugerí.

Pero Socksey no paró mientes en el insulto que aquellas palabras envolvían; probablemente a fuerza de oírlo con frecuencia había acabado por no prestarle atención.

—Hace veinte años, cuando yo era joven, no me hubieras dicho eso — contestó. — Pero con los años viene la sabiduría. Sí; es cierto que yo era un buen corredor... el mejor de toda mi tribu. Mas de una vez he corrido renos con los campos cubiertos por gruesa capa de nieve. Pero cuando el miedo presta alas a los pies la distancia no significa nada. — Se detuvo un instante, y luego, de pronto, me preguntó: — ¿Alguna vez en tu vida has sido perseguido por el "vengador de la sangre"? No; seguramente que no, no lo creo.

Pero no es tanto al vengador a quien tememos, cuanto al crimen cometido. Este nos persigue día y noche. Yo puedo ver todavía al hombre que maté, saltándole sangre del cuello, y puedo asimismo escuchar los alaridos de Awinga, mi novia. Algunas veces hay que matar de nuevo para huir de aquella visión; pero es inútil, nada la borra. La memoria es la verdaderamente vengadora. Veinte años tengo de llevar grabado en la mente aquello... y, a pesar de todo no podré morir hasta que caiga sobre mí el golpe final: hasta que llegue el vengador. Esa es la costumbre, en mi pueblo.

—¿Has deseado la muerte alguna vez? — interrogué.

—¡Una vez! ¡Muchas! — exclamó simplemente. — Pero eso sería una cobardía, chasquear al ejecutor de la venganza. Tengo que esperar hasta que llegue.

Socksey se estremecía, temblaba y guardaba silencio. Su actitud hizo nacer en mi honda tristeza por el viejo salvaje.

—Cuéntame cómo fué eso — me aventuré a decir. — Yo soy tu amigo.

—Poco es lo que hay que decir — contestó Socksey. ¿Cuándo eras joven no te llegaste a enamorar? ¿No eras arrebatado e impulsivo?

—Sí — le repliqué por alentararlo.

—Entonces comprenderás mejor mi intenso amor por Awinga, la novia de mi infancia, y por qué fué para mí imposible soportar verla en brazos de otro.

Cuando era joven, yo era ambicioso — continuó. — A la vez que era el mejor corredor del pueblo, era el hombre más fuerte, pero también quería yo ser el más rico. Para esto había una razón muy grande; pues los padres de Awinga eran ricos y cuando les fui a pedir la mano de mi novia me dijeron que era demasiado pobre para casarme con su hija, que su hija sería la esposa de un rico, tan rico como el viejo Apówee, el comerciante... un hombre que les hiciera muchos regalos. Sentí que mi corazón se desgarraba de pena, y que cundía el desaliento por mí, pero un amigo me sugirió una forma de salir de aquella situación.

—¿Quién era tu amigo?

—El mismo Apówee, el miserable de alma más negra que la noche de tempestad ¡el miserable traidor! ¡Ojalá sus huesos se hayan podrido, y lo devoren los perros! — exclamó Socksey, exaltándose.

El miserable me dijo que en el sur, allá lejos, por el rumbo de

donde llegaban los balleneros, era fácil adquirir riquezas por un poco de trabajo, trabajo que para mí, tan hermoso y fuerte, no significaba nada. Y yo le creí. Salí rumbo al sur en seguida, y después de muchos días de caminar llegué al lugar adonde arriban los balleneros. Cuando llegó un barco, trepé a bordo. Los capitanes eran hombres de larga barba y ojos azules, que hablaban con voz estruendosa, y aunque yo no había visto jamás barcos tan grandes, ni hombre como aquellos, no me inspiraban temor. Lo único que temía yo entonces era ser llamado holgazán y cobarde. Pasaron muchas lunas en las que yo trabajé muy fuerte, con

tumbra de mi pueblo. Y también hice muchos regalos al muchacho, entonces, ya que yo era rico. Después, le dije a su padre: También tengo un presente para ti, Apówee... para ti que me dijiste la manera de hacerme rico, pero me robaste a mi novia. Apówee palideció, pero tomó el regalo que le hacía yo. En mi pueblo nadie había visto un rifle como aquél; en la vida. Era el que me había obsequiado el capitán de un buque ballenero. Podía tirar muchas veces, ¡pum! ¡pum! ¡pum! Pero mi rival no sabía usarlo, y todos se rieron de él. Luego, cuando lo vi suficientemente avergonzado, tomé el rifle y le dije:

TIMBEANDO CON EL CUORE

Ella dira, lisant cés vers tout remplis d'elle: Quelle est donc cette femme? et ne comprendra pas.

ARVERS.

Se presenta difícil el escalo; es muy brava la partida; y cuidadoso, orejeó los naipes palpitándolos, para manejar mis perspectivas en el entrevero.

Es elevada la postura y es muy grande el afán que de ganar tengo, y mientras carteo, repiquea el cuore, pronto a salirse de la vaina... que la suerte se incline pa mi lado, que sino, ni el Diablo me salva del meteón!

Es muy dura la timba de la vida, una sola carta, quiebra una esperanza, y yo no quiero perder ese cacho que guardo con cariño, no quiero perder ese cacho, que mantiene el reloj de mi cuore, que va marcando mis horas y me dice:

—Te vas acercando al hoyo compañero, mientras ella "minga de bolilla"; arriesga muchacho, jugate entero, todo o nada, no te andés con medias tintas ni te dejés sobrar en la parada, que el que primero envita va jugando con ventaja.

—Es inútil que te hagás el psicólogo, es al fondo que querás descifrar lo que guarda el almita de la dama, ya estás bien cachado y es al fondo que te revuelques pa salir del lazo, se te ha metido muy adentro el berretín, y te engrupe como quiere, porque estás ciego y no

ves más que lo que ella quiere que veas.

Tomá aire, refrescate la sersera y comencé de nuevo la partida, con ese cacho de esperanza que es todo tu viento, escolaseá fuerte, poné todos tus sentidos en el tapele, no te achiques ni te agrandés demasiado orejeá las cartas con cuidado y espíantale al naipe que no sirva.

—Batile a tu dona, poco a poco, con prudencia, lo que alimenta tu cuore chamuyale bien bajito al ladito del oído, el meteón de tu vida, devile que ese cacho de esperanza que guardás dentro del pecho, ya no basta pa calmarte, que querés una mujer que te maneje, que te quiera, que te acaricie, que te dé ánimo si alguna vez aflojas, que no se asuste si pedís, que tu cariño es mucho y llejado el momento de repartir, ha de tocarle gran parte de las ganancias, que ese cacho de esperanza, al llegar el momento culminante, al recibir el beso amoroso de la dona en una total entrega de su alma, te ha de fortalecer, te hará más hombre aún pa defender ese amor, que te hizo llorar muchas veces lágrimas amargas, y lo que es peor, tragártelas pa que no las vieran los contrarios y se dieran cuenta que orejeabas naipes fallutos.

Y va puesta la parada, sigan dando cartas y hasta que se dé el juego...

Carlos SIBELLINO.

el remo de los pesados botes, o encaramado en la proa de las balleneras para tirar el arpón contra las enormes ballenas. Los capitanes me querían. Eran mis amigos. No había nadie tan bueno para remar ni para tirar el arpón como Socksey, según decían. Hubo uno que quería adoptarme y llevarme con él al gran mundo que queda "allá afuera", pero a mí no se me olvidaba a lo que vine hasta allí, y entonces les pedí que me pagaran lo que me correspondiera y me dejaran ir a mi casa. La jornada fué larga. Y cuando llegué encontré al pueblo de fiesta. ¡Era la "presentación" del primer hijo de Awinga, mi novia, que durante mi ausencia se había casado con Apówee!

—¿Y tú qué hiciste? ¿Fuiste a la fiesta?

—¡Claro quesí! Esa es la cos-

Te voy a enseñar cómo funciona, amigo Apówee. Y disparé sobre él cinco veces, atravesándole el cuello, y entonces su cabeza cayó sobre uno de sus hombros y la sangre que salía de las heridas me salpicó. Awinga, que había permanecido con la cara tapada todo el tiempo desde que yo había llegado, levantó su capuchón y gritó: —¡Mátenlo! ¡Mátenlo! ¡Si no matará a mi hijo!—Pero aunque ella seguía dando alaridos estridentes y desesperados, ninguno de los hombres se movió, temerosos de la magia que encerraba mi rifle. Sólo el chiquitín, su hijo, se irguió y encarándose conmigo, dijo audazmente: "Cuando yo crezca te mataré a ti, hombre sin corazón!"

Tras una breve pausa, Socksey continuó:

—Tenía idea de matar al chiquillo, pero era el hijo de Awin-

ga y era valiente; ¡era valiente cuando los demás hombres eran cobarde! Por eso yo no podía resolverme a matar a un muchachito "tan hombre", tan intrépido... Lo que hice fué arrojar lejo de mí el rifle y correr, huir de allí, no sin decirle antes: "¡Yo te esperaré, hijo mío!" Y me vine hasta aquí, donde he permanecido desde entonces.

Socksey había terminado, y, con la cabeza baja, permaneció silencioso, y se quedó viendo la inmensidad del campo cubierto de nieve.

—¡Bueno, amigo! Ya me voy — le dije, al fin. ¡Animo! El muchacho no te encontrará jamás, aquí, amigo Socksey.

—El es un hombre ya — replicó el salvaje pensativo. El o la muerte me encontrarán muy pronto. Pero ya estoy cansándome de esperar.

* * *

Al poco tiempo de esta entrevista apareció en el puesto un joven extranjero, en el barrio nativo, y todas las bellezas mestizas entraron en revolución. Vestía ricas pieles de feno y foca, tenía los carrillos rosados y la mirada viva de los miembros de las tribus septentrionales. Aparentemente, el muchacho vivía con Socksey. Pero un buen día desapareció.

Casualmente me encontré con Socksey la mañana siguiente a la desaparición del muchacho. Y éste me contó que era el largamente esperado "vengador de la sangre", pero que como había muchos soldados y mucha gente blanca allí, se marchaba, que mejor volvería a matar a Socksey después. El viejo parecía bien ajeno a toda idea de extrañeza ante semejante proceder. No veía nada incongruente en que hubiera estado atendiendo a un hombre que había venido con el exclusivo objeto de matarlo.

El verano siguiente Socksey fué encontrado en una de las islas vecinas, donde se había dado muerte por su propia mano. Junto a él se encontró un rifle de repetición y el tiro había abierto en el cuello del esquimal un agujero que le había partido el yugular.

Al parecer, Socksey, cansado de esperar al mozo que había de ser el "vengador de la sangre", resolvió anticipársele y poner fin a sus días. Y en aquella forma, aún cuando de una manera un tanto indirecta, había mantenido las costumbres de sus antepasados, y todos los esquimales son muy reverentes de las tradiciones.

La mujer y los perfumes

Siempre han sido las damas ardientes partidarias de los perfumes. Agnès Sorel tenía predilección por la esencia de violeta; Diana de Poitiers, se perfumaba con ámbar, y Mme. de Maintenon, con musgo. Un químico alemán afirma que la rosa, el ámbar y el musgo, constituyen la base de todos los perfumes en nuestros días. Pero esos aromas no provienen de flores, sino que se extraen del carbón de piedra. Agrega el referido químico que cualquier perfume, si está muy reconcentrado, resulta insuportable para el olfato.

La pequeña estación, estaba casi a oscuras y, al parecer, desierta. El hombre de elevada estatura que miraba continuamente a su reloj de pulsera, caminaba de un lado a otro, dando señales de impaciencia.

—No irá a venir!... Me extrañaría! — dijo. Acaso he perdido tiempo y he llegado tarde... Pero el último tren es el de las 22 y 5. Si no llega a tomarlo, la combinación fracasará por completo.

En aquel mismo instante, el esperado convoy entraba en la pequeña estación y el hombre que esperaba volvió a ocultarse en la sombra.

Cuando el guarda levantaba su farol para dar la salida al tren, llegó a todo correr un hombrecillo, que llevaba una pequeña caja. Su gorra estaba echada sobre los ojos y le cubría casi todo el rostro. Miró a un lado y otro, y saltó al interior de un coche de tercera clase que estaba vacío.

El tren se puso en marcha y entonces apareció otra figura en escena. Era otro hombre alto, bien vestido y de ojos grises. Subió al mismo coche que el hombrecillo. Unicamente entonces, y como si hubiera esperado la llegada de los dos anteriores, el que estaba primeramente en la estación, subió al tren, que ya marchaba con velocidad.

Entró en un compartimento de primera clase, que estaba enganchado junto al de tercera, donde habían subido los otros dos.

Pocos minutos hacía que el tren había salido de la estación, cuando el hombre alto que iba con el hombrecillo se levantó de su asiento y arrancando de un tirón el diario que el otro fingía leer, y que en realidad solo servía para ocultar su nerviosidad, exclamó:

—¿Con que usted es Luke Stanning, alias El Zorro? ¿El ladrón que ha desvalijado tantas casas?... ¡No parece! Más bien lo tomaría cualquiera por una rata miedosa...

—¿Quién es usted? — gritó el interpelado con su vocetita chillona. No se de lo que me está hablando. Yo me llamo Evans y no soy ladrón.

El otro sonrió satisfecho y le tendió una tarjeta.

—Aquí tiene mi nombre, y en cuanto lo haya leído, se dará cuenta de lo que busco.

—¿Dereck Lewson? — Exclamó el otro. ¿El detective? Haga de mí lo que quiera, no pienso resistirme...

El detective sacó las esposas de su bolsillo, luego sacó una pistola automática al hombrecillo, y se la guardó.

Le asombrará que le he seguido la pista, pero, por mis medios particulares supe que hoy vendría aquí para desenterrar una con las joyas procedentes del último robo que había hecho en casa de Lady Loring... ¿Son esas?

—Sí. Ahí está todo, — dijo desesperadamente el hombrecillo. — ¡Dios! No pude suponer jamás que Dereck Lawson estuviese siguiéndome la pista...

El detective se apoderó de la caja, la abrió y esparció sobre un

El drama del tren de las 22 y 5

Una completa y emocionante historia de detectives

papel un montón de alhajas cuyas piedras preciosas lanzaron multicolores destellos.

—¡Están todas! — murmuró. Volvió a guardar todo en circunstancias en que el tren llegaba a la próxima estación. Sacó una cigarrera, de ella un cigarrillo, y exclamó de pronto:

—¡Diablo. No tengo fósforos!... Acaso el guarda...

Abrió la ventanilla y se inclinó hacia afuera. El movimiento fue seguido con interés por el hombrecillo, quien pensó que podría aprovecharlo. En efecto, con toda clase de precaución y sin hacer ruido, se deslizó por la ventanilla del lado opuesto y saltó a la vía.

Cuando el tren se puso en marcha, el otro volvió a su asiento miró y vio que se encontraba solo.

—Ya ve, — dijo en cierto momento. Yo mismo soy un detective.

Y no sin darse cierta importancia sacó su cartera y de ella una tarjeta que alargó al que, pacientemente, le había dejado hablar.

—¡Es una notable coincidencia, señor! — dijo el otro. Por que ocurre que yo también soy detective... y lo que es aún más notable, también me llamo Dereck Lawson.

Un rayo que hubiera caído a los pies del otro no le hubiera producido mayor asombro. Instintivamente sus manos fueron a sus bolsillos.

—¿Ah, sí? Este... Perdóneme mi broma señor, Lawson... Yo le reconocí enseguida y pretendí gastarle esa broma.

Su sonrisa era forzada pues el desconocido comprendió que se en-

traba escondido las alhajas procedentes de un robo en cierto punto de estas cercanías, y convenció a las autoridades para que le dejaran ir a buscarlas... Supe también, que mis precauciones para hacer llegar a conocimiento de ese finjido detective lo que ocurría, habían tenido el resultado previsto por mí, y en consecuencia, preparé todo para que los acontecimientos se desarrollaran en el tren de las 22 y 5.

Ahora bien. Todo ha pasado en la forma prevista. Usted es el ladrón del cuento y tiene las joyas en el bolsillo. ¡Cayó en la trampa que le tendí!

El otro, miró en torno suyo tratando de encontrar una salida pues ya empezaba a comprender que no era tan hábil como él se suponía.

—Me ha vencido, Lawson. No me queda más remedio que reconocerlo. Aquí tiene todas las alhajas.

Y mientras decía esto fue desocupando sus bolsillos. Luego sacó el par de esposas con que había amenazado al hombrecillo y trató de dar con ellas un golpe en la cabeza a Dereck, más este había previsto algo por el estilo y el golpe no llegó a su destino.

El ladrón trató entonces de salvarse de cualquier manera y los dos hombres rodaron por el suelo luchando encarnicidamente.

En aquel momento asomó por una de las puertas, un hombrecillo pequeño con una gorra que le cubría casi la cara. El ladrón al verlo trató de huir por aquel lado, pero un revólver se lo impidió. Corrió hacia el lado opuesto para escapar, mas Dereck, que ya se había incorporado, le esperó en la misma forma.

—¡Luke! — gritó el ladrón desesperado. Ayúdeme a librarnos de este maldito detective y le dejó llevarse las alhajas. ¡No haga fuego. ¡Es el verdadero Lawson...

—No se preocupe, — respondió el hombrecillo. Si él es Lawson, yo soy su ayudante, Squib Baxter. Solo fui Luke, para realizar el juego necesario para detenerle. Jefe póngale las esposas que yo lo tengo bien al alcance de mi revólver.

En un momento el ladrón estaba asegurado. Durante algunos minutos no pudo hablar, ahogado por la indignación. Pero luego, se desató en un rosario de maldiciones contra la policía y los detectives. Los dos lo dejaron hablar sin preocuparse de lo que decía, y mientras tanto fueron recojiendo las alhajas que habían quedado sobre el asiento, y algunas, que el ladrón, sin duda para no perderlo todo, tenía aún en el bolsillo.

—Ha sido un buen día jefe. Hemos recuperado las alhajas, y hemos detenido a este "inocente" que se las daba de "muy vivo"...

Lawson se limitó a sonreír, y esperó en silencio la llegada del tren a Londres.

—Ahora, llama a un agente y llevemos a este "hábil delincuente" a la comisaría.

Media hora después, gracias a Dereck Lawson y a Squib, el otro se hallaba entre rejas y las joyas eran devueltas a su propietaria.



Lanzó una ruidosa carcajada y echando bocanadas de humo, exclamó:

—¡El asunto ha resultado sumamente fácil! ¡Pobre Zorro! ¡Ja, ja, ja!

Volvió a tomar la caja, guardó las alhajas que contenía en sus bolsillos y la arrojó a la vía, luego se puso en pie y pasó al inmediato coche de primera donde se había instalado el hombre que esperaba primeramente en la estación.

Una vez instalado trató de iniciar una conversación con el otro, que por su aspecto tenía mucho parecido con él. Comenzó hablando del trabajo que debían tener la policía y los detectives particulares, dada la cantidad de ladrones de toda especie que se encontraban en todas partes prontos a aprovecharse del menor descuido. Defendió en todas formas a la policía y a los detectives.

contraba en una situación muy comprometida. Si Lawson se daba cuenta de que tenía las joyas robadas en el bolsillo, estaba perdido.

El verdadero detective, que era el que estaba primeramente en el vagón de primera clase, se sonrió a su vez y suavemente, se fue acercando a él, fingiendo creer en la historia de la broma.

—Si me permite le voy a contar una historia también divertida, — dijo. Desde hace ya tiempo había llegado a mis oídos que un ladrón muy famoso, en lugar de realizar los robos personalmente y exponerse, consideraba más fácil hacerse pasar por detective y despojar a los que vivían como él del producto de sus fechorías. Resolví capturarlo y le preparé una trampa.

Llegó a mí la noticia de que un ladrón llamado Luke Stanning ha-

El joven estudiante Liao-Chou era pobre: sus padres no le habían dejado, al morir, sino una cabaña y una renta de veinte "taels".

La cabaña se componía de tres piezas: una alcoba-biblioteca (Liao-Chou poseía algunos libros), un cuarto de estudio que le servía también de sala para recibir y de comedor, y una cocina que hacía las veces de granero—porque en ella guardaba el arroz—, y de tocador.

Una gran cubeta de madera laqueada de rojo le servía de tina.

Para llegar a la casa, que se hallaba en una calle estrecha era preciso atravesar un jardincillo en el que el estudiante poeta veía abrirse mediante sus cuidados, según la estación, rosas o crisantemas.

Frente a frente del asiento que ocupaba Liao-Chou estaba colgada una antigua pintura que representaba a una seductora joven. Este cuadro se lo habían regalado a Liao-Chou cuando apenas tenía 10 años.

Le gustaba mucho.

No se conocía el nombre del pintor; pero el poeta sabía que el retrato era una obra de arte, y eso era lo único que le importaba.

La deliciosa joven representada en él parecía de unos dieciocho o diecinueve años de edad.

Avanzaba, vaporosa, por en medio de un sendero bordeado de perales en flor. La limpidez de sus ojos negros maravillaba al joven estudiante.

El llamó a la desconocida: Limpidez.

Sus labios rojos se parecían a las pequeñas rosas perfumadas con las que se hacen las confituras; entreabiertos en una sonrisa misteriosa, descubrían dientes menudos y brillantes como el nácar.

Limpidez era el más bello adorno de la casa y la mejor amiga del estudiante.

Lo consolaba de todo, lo aconsejaba en todo, burlándose de él o aprobando lo que hacía. Liao-Chou se imaginaba que esa bella muchacha lo quería mucho.

Cuando volvía de la escuela, se ponía a bromear con Limpidez. Si estaba contento, ella sonreía y compartía su gozo. Y si estaba triste, sonreía también, para reconfortarlo.

—Vamos, aleja esa pena—parecía decir—. No hay razón para afligirse.

Gracias a Limpidez, toda pena le parecía ligera.

x x x

Un día la escuela se enriqueció con un nuevo alumno, hijo de un gran mandarín.

Se adivinaba, al verlo, que ese joven era muy rico; su traje era de fina seda; un collar de ámbar pesaba sobre su pecho, y su bonete estaba adornado con una placa de jade pálido. Poseía los libros más raros.

Liao-Chou comparó con su vida y sufrió porque era pobre. Al llegar a su casa, cayó agotado sobre el asiento. Sombrios pensamientos lo agitaban.

—Podría vender mis libros—pensaba—; el dinero que obtendría por ellos me permitiría comprar un traje parecido al de ese rico joven; pero no me alcanzaría para adquirir un bonete adornado con jade.

En cuanto a esos libros raros,

La pintura que llegó a amar

Por Mien - Tchen

no podría jamás obtenerlos, aunque tuviera que ayunar durante un año. ¿No es insoportable que tantos seres favorecidos por la suerte gasten cada día muchos "taels" en dulzuras y futilidades? Su bolsa siempre está llena. La mía siempre está vacía. Eso no es justo. Nadie se ocupa de los que, como yo, son pobres.

Pues bien, yo robaré a ese egoísta una parte de la fortuna que posee.

tas al Emperador YuHouan, amo del Universo, de la buena conducta de sus fieles.

La tradición quiere que se le ofrezcan mil especies de dulces, para que sus palabras sean favorables.

Ese día, Liao-Chou no fué a la escuela, sino que erró por las calles, lamentándose de no poder comprar los dulces.

Las gentes circulaban con bellos vestidos bordados. Reinaba una

PARA UN LIBRO

Especial para "FRAY MOCHO"

Pongo en tus manos colegiala mía el libro prometido; tú, sin querer, un poco cada tarde me ayudaste a escribirlo.

Yo sé que lo leerás porque me quieres, que lo querrás como se quiere a un niño, porque sé que eres buena, colegiala... sobre todo conmigo.

PARA UN ALBUM

Cuando pasen los años y la dueña de este álbum pequeño lo tome con sus manos delicadas para abrirlo de nuevo,

al llegar a esta página, que piense por un instante al menos, que de mis entusiasmos juveniles algo quedó encerrado en estos versos.

Fernando JAUREGUI

Bajo el dominio de esos malos sentimientos, Liao-Chou levantó la cabeza y distinguió a la bella Limpidez; le sonreía con confianza.

Su boca se entreabrió para hablar. Y creyó que le decía:

—¿Eres tú, Liao-Chou, quien quiere cometer una acción tan repugnante; tú que has leído y meditado las palabras de los grandes sabios; tú que sigues sus doctrinas?...

¿Y qué harías con los bienes que deseas? No te traerían la dicha. Para ser feliz, créeme, es preciso limpiar el corazón de todo deseo mezquino.

Liao-Chou tuvo la impresión de que despertaba de un sueño. Lleno de vergüenza por haber tenido semejantes pensamientos, pleno de gratitud hacia su amiga, se aproximó a la seda pintada y lloró sobre el pecho de la bella desconocida.

No volvió a envidiar a nadie.

x x x

Pasaron varias semanas y he aquí que llegó la fiesta de Ki-Tsao que se celebra al fin del año, en honor de Tsao-Ouang, el dios del hogar.

Tsao-Ouang, todos los años, ascendiendo al cielo, para rendir cuen-

gran animación.

Toda esta alegría entristeció a Liao-Chou; volvió rápidamente a su casa.

Entró y, sorprendió, vió ante el altar del dios del hogar un gran surtido de pasteles y de dulces que estaban dispuestos con arte.

—¿A quién deberé esta delicada atención?—se preguntó el joven, admirado—. Mis camaradas son egoístas y no piensan sino en ellos; no tengo parientes, y en cuanto a mis vecinos, ni siquiera me saludan por temor a que les pida cualquier servicio: tan pobre soy...

Estos dulces, de los cuales ni siquiera sé el nombre, pues son muy raros, deben costar caro; sólo Buda es capaz de hacerme tal regalo. Seguramente querrá recompensarme por alguna buena acción. Aceptaré, pues, el presente, sin escrúpulos.

Liao-Chou cumplió, ante el altar, los ritos habituales, e hizo honor a los pasteles y a los dulces.

x x x

Al día siguiente, al ir hacia la escuela, olvidó llevar su bolsa y no se acordó hasta el momento en que iba a adquirir su desayuno...

Se resignó a permanecer sin des-

ayuno, meditando estas palabras del sabio:

"Un placer se paga siempre con una tristeza".

Como se moría de hambre, pensaba en preparar un excelente "tsa-kian-mien", nueces al soja fermentado.

—Me comeré los pocos pasteles que me quedan—pensó Liao-Chou, para consolarse.

Pero al entrar, encontró su cubierto puesto en el comedor. Sobre la mesa humeaba el "tsa-kian-mien" mientras que el soja fermentado exhalaba un olor hogareño.

Liao-Chou estaba hambriento. Devoró las nueces y el soja, sin detenerse a preguntar a quién debería esos excelentes alimentos.

Al día siguiente quiso comer "kiao-tse", carne y legumbres envueltas en harina y cocidas al vapor.

Para ello compró cerdo, coles y harinas; pero, de pronto, al llegar a su casa, sintió un repentino malestar y tuvo que tenderse en el lecho.

Oyó un ruido de pasos, que le inquietó; pero pensó luego que un perro habría entrado detrás de él.

Se levantó dulcemente y se ocultó detrás de una cortina.

Una deliciosa joven salía de la cocina, llevando un plato que depositó sobre la mesa.

—¡Mi bella Limpidez! —gritó maravillado.

Saltó fuera de su escondrijo; pero la encantadora muchacha, toda asustada, volvió al cuadro.

Liao-Chou llegó a enamorarse del retrato.

No cesaba de contemplarlo y le dirigía discursos que hacían sonreír a Limpidez.

Cada día le preparaba el almuerzo, iba y venía por la casa; pero cuando Liao-Chou quería aproximarse a ella, rápidamente se desvanecía.

Cuando llegó el nuevo año, todos pusieron banderas y alegres músicas salieron de las casas.

En las calles transitaban portadores y portadoras de regalos espléndidos.

Liao-Chou permaneció en su casa.

Limpidez le ofreció, por la mañana, un almuerzo delicado; pero en la tarde permaneció en su cuadro, desde donde parecía contemplar al poeta con indiferencia.

Liao-Chou, irritado y cada vez más enamorado de ella, le hacía locas proposiciones, le suplicaba que lo amara, y como ella, sonriendo siempre, parecía burlarse de él, la amenazó con asesinarla si no cumplía sus deseos.

—Desciende—ordenó cogiendo una lezna que le servía para coser sus cuadernos—. Desciende de ese cuadro o te atravieso el corazón.

La bella joven estalló en carcajadas.

—Cálmate—le dijo—, porque te preparo una sorpresa. Vas a ver, al fin, realizados tus deseos.

Y añadió:

—Te amo, Liao-Chou, y esperaba el año nuevo para hacerte esta confidencia y unirme a ti.

Se casaron y tuvieron dos bellos chiquillos que jugaban en el jardín, a veces entre las rosas, a veces entre las crisantemas.

Liao-Chou no volvió a la escuela. Compuso alegres poesías que hacían felices a las gentes. Ha sido llamado el poeta de la Dicha.

El Afganistán es una tierra de sangre y de crimen, de odios y venganzas, de amores salvajes y peligrosos como mordeduras de serpiente. Tierra maravillosa, con sus palacios orientales y sus harenes de "kabul" más lujosos que los de Bagdad; de ásperas montañas que frecuentan tribus salvajes de pathanes.

Se puede comprender la extensión y el aspecto del reino de las tribus afganas cuando después de la larga cabalgada por el paso de Khyber y el paso por la ciudad amurallada de Jellalabad se descubre la puerta de Lahore, la vieja capital. Es una puerta de enormes hojas de madera claveteadas de hierro, con agujeros por donde antaño se vertía aceite hirviendo sobre los asaltantes. Cerca se encuentra también la torre de los Cráneos, que recuerda la conquista de las tribus de la montaña por los guerreros de un antiguo emir.

En una reciente visita a Kabul me recibió un amigo en su palacio. Este amigo era un poderoso del país afgano; gobernador de una provincia donde tiene derechos de vida y muerte. En el jardín del palacio, a la sombra de los naranjos, palmeras y cedros, mientras los criados movían abanicos para espantar las moscas, tomamos el té aromático, rodeados del perfume de numerosas flores. Yo escuchaba el relato que me hacía de las extrañas costumbres de su país, y particularmente de los asuntos de su provincia.

Hablando, por ejemplo, del matrimonio, me puso al corriente de costumbres curiosísimas. Cuando un joven sabe que determinado personaje es padre de una muchacha bonita, hace saber su intención a los padres de ella, y si esta petición preliminar es aceptada, envía a su madre o a una hermana al harén del padre de su futura para que examine a ésta. Si la joven conviene, es decir, si sus méritos responden a lo que el padre dijo, la unión no depende ya más que de su acuerdo sobre el precio de la esposa.

En tiempo del predecesor del Rey Amanullah, un oficial quiso casarse con la hija de un jefe poderoso; pero éste reservaba la muchacha para un amigo suyo, viejo, aunque rico. Por desventura, el joven había visto a la muchacha y se había enamorado perdidamente de ella.

Hubiera podido intentarse un rapto, bastante frecuentes en el Afganistán, pero los jóvenes no se resolvieron porque no sabían adónde ir al salir de Kabul que no se les detuviera y diese muerte.

Así es que la boda entre la joven y el viejo se celebró. Pero el joven no se descorazonó con esto. Había convenido con la esposa verse después del matrimonio.

Distribuyendo dinero con largueza consiguió asegurarse la entrada en el palacio del viejo bajo el disfraz de obrero que iba a arreglar los baños. Una vez dentro, le fue sencillo hallar el pabellón habitado por las esposas, y una sirvienta cómplice lo escondió en una habitación apartada, mientras iba a avisar a su dueña. En adelante las entrevistas fueron frecuentes.

Pero un mal día el viejo marido se presentó de improviso y los sorprendió. El amante derribó al esposo de un empujón y escapó con la joven. Se conmovió todo el palacio. Los amantes fueron halla-

dos en los jardines, arrastrados a los pies del esposo y degollados con el "charah", el terrible cuchillo afgano.

El marido participó el hecho a las autoridades, declarando que había sorprendido a los amantes en flagrante delito y usado del derecho que la ley afgana le concedía.

Los afganos son entusiastas de la guerra, y en asuntos de amor arriesgan su vida cuando caen prendidos en los encantos de una mujer perteneciente a otro. Desconfían además tanto de sus esposas, que en los harenes son frecuentes los asesinatos. Fue necesario dictar una ley para exigir

desprecio a los hombres que vuelven vencidos de una guerra de titus.

La ley afgana es la del Talión. A quien comete una muerte se le entrega a la familia de la víctima para que haga lo que quiera de él.

Poco tiempo antes del advenimiento del Rey Amanullah pasaba yo por un pueblo donde se había cometido un homicidio. La esposa del muerto había pedido que se le entregase al matador, y cuando se lo hubieron entregado lo hizo atar a una silla en medio de la calle principal del pueblo, lo cogió desde atrás por los cabellos, le echó hacia atrás violentamente la cabeza y lo degolló de una cuchillada.

Nociones del derecho, la venganza y el honor en el Afganistan

Modificación de costumbres en la actualidad

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLÍNICAS DE PARÍS, BERLÍN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésica, Diatermia — Alta Frecuencia— Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Cláticas), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

que mientras el adulterio no estuviera comprobado por testigos presenciales no pudiera el orendido dar la muerte a los amantes. Hizo esta ley el gran emir Abdurrahman hace unos cincuenta años. Era guerrero severo e inflexible, y el objeto de testimonio ocular iba encaminado a evitar la muerte de un número excesivo de guerreros jóvenes y de futuras madres de guerreros.

Aun hoy son compradas las esposas, como antiguamente, por el mejor postor.

En las ciudades la pena que suele aplicarse a las esposas infieles es arrancarles el velo, afeitarse la cabeza, ennegrecerles la cara con hollín y pasearlas por las calles montadas al revés en un asno. Su familia cae en la pública execración. Es menos brutal que la ejecución, desde luego; pero la costumbre es ferozmente bárbara. Los afganos siguen siendo un pueblo belicoso, de sangre caliente, que desprecia las debilidades sentimentales.

Las mujeres, a pesar de su belleza, su languidez, sus ojos dulces, tienen, sobre todo en las tribus montañosas como principal misión la de referir a sus hijos las venganzas de su familia y los dramas de sangre que llegan a su conocimiento. Escupen a la cara su

En las montañas de Khyber la tribu de los pathanes se rige exclusivamente por la ley no escrita de los Putschawali. Esta tribu es muy raro que se una con otras, y lleva a límites extremos la venganza.

Se ríen de la muerte estos montañeses terribles. En la época de los reyes tártaros a los ladrones se les cortaba la mano y se les metía el brazo mutilado en aceite hirviendo. Sin embargo, este suplicio atroz no puso fin al banditaje de las tribus de los pathanes.

Son malhechores recalcitrantes. Consideran como un deshonor para su familia que se les descubran los robos.

En una ocasión una familia había partido a una de las acostumbradas expediciones de banditaje. Los hombres habían abierto una brecha en el muro de la casa que se proponían desvalijar, y ya salía por el agujero con su botín uno de los muchachos cuando los morados lo agarraban de una pierna.

El padre y el hermano, que tiraban del muchacho desde el otro lado, comprendiendo que no podrían salvarlo, le cortaron la cabeza para llevársela y dejaron el cuerpo en las manos de quienes lo perseguían. Como no pudo identificarse el cuerpo, el honor de la familia quedó a salvo.

Estas nociones sobre el honor de la familia en lo que se refiere al crimen son tan extrañas como las reglas de hospitalidad para los extranjeros que practican. Mientras se vive bajo el techo de un afgano se tiene la vida segura; pero tan pronto como se sale de la vivienda puede seguirlos, robarlos y asesinarlos, sin que en ello haya para él motivo de vergüenza ni arrepentimiento.

El Rey Amanullah ha modificado estas costumbres, implantando un sistema de enseñanza primaria basado en los métodos occidentales.

El gobernador, que me hospedaba en su casa, me contó la historia en Naib Mir Sultan, que fué gobernador de Kabul y vivía al modo de los varones de tiempos del emir Abderramán.

Era aquel gobernador una especie de autócrata militar; tenía bajo su mando las prisiones y la Policía; pero debía conducirse con gran discreción porque el emir era, aunque severo, justo.

Como el gobernador tenía numerosos enemigos, juzgó conveniente deshacerse de ellos. Envio a casa de uno durante la noche una escuadra de sus esbirros, que el Sahib lo llamaba. El desventurado, sin la menor desconfianza, se apresuró a ponerse a las órdenes de su soberano. Pero se le encontró después decapitado, el cuerpo en un sitio y la cabeza en otro. Sus criados no llegaron nunca a identificar a los hombres que habían estado a despertar a su amo.

Los personajes menos importantes eran detenidos y encarcelados. Se los encarcaba en un calabozo donde, cuando ellos entraban, había ya otro prisionero; y cuando se dormían, el compañero se levantaba, les pasaba un nudo corredizo por el cuello, les apoyaba fuertemente las rodillas en el pecho y les apretaba brutalmente la cuerda. Otro desgraciado no podía ya turbar el reposo del gobernador.

Su rapacidad le perdió. Hizo detener a un hombre rico, y cuando la esposa vino a implorarlo, el gobernador exigió un rescate cuantioso. Pagó la esposa, mas el prisionero no fué puesto en libertad. Nueva visita; se hizo observar a la mujer que aquellos asuntos eran caros. Pago de nueva cantidad, y siempre así. Por último, cuando la esposa desolada había agotado sus recursos y no podía dar nada ya, el gobernador hizo que el estrangulador entrara en el calabozo, y el preso murió "de enfermedad".

Por último, las iniquidades del gobernador llegaron a oídos del emir, que ordenó su detención; lo juzgó culpable y lo condenó a una multa de quinientas mil rupias. El gobernador pagó. Entonces se aumentó la multa a un millón. Pagó también.

—¿Cómo, miserable! — dijo el emir—. Por fuerza has saqueado mi Reino. Ahora ruega por tu vida.

—¿Rogar después de una vida como la mía? — exclamó altivo el gobernador—. Nunca, señor: moriré como he vivido.

—¿Qué hacer con un hombre así? — exclamó el emir. — Que lo ahorquen.

Y fué ahorcado de un árbol del jardín real.

La justicia afgana no es tan sumaria en nuestros días. El Rey Amanullah ha instaurado un gobierno mejor.

Carlton ASHWELL

Las fantasías de Julio Verne son hoy realidades

Hace un siglo vino al mundo un ser que profetizó y describió de amena manera varios de los sorprendentes inventos del siglo XX.

Este hombre era Julio Verne, y en la época en que escribió sus novelas, nadie tomaba en serio sus profecías mecánicas, pues hablaba de máquinas que volaban por el aire, de buques submarinos, de vehículos que andaban sin caballos, de proyectiles interplanetarios.

Estas cosas nos parecen ahora las más naturales, pero cuando Verne las escribió la gente se alumbraba con velones y se preguntaban si no era peligroso viajar en ferrocarril. Con seguridad, que ni el mismo autor tomaba en serio sus fantasías, a lo menos en los primeros años de novelista.

En un *Viaje al Centro de la Tierra* nos cuenta que un profesor alemán acompañado de su sobrino y un guía, penetran por el cráter de un volcán apagado de Islandia al centro de la tierra, encuentran un gran mar subterráneo, en el que navegaron varios días y presenciaron una lucha entre una gran serpiente marina y un enorme lagarto, ambos de más de cuarenta pies de largo, dos monstruos supervivientes de la época prehistórica, y después de varios accidentes, fueron arrojados a la superficie de la tierra en una explosión volcánica del Etna.

En otra novela describe un viaje de la tierra a la luna. Un enorme cañón de 900 pies de largo, con una carga de 400.900 libras de algodón pólvora, larga al espacio un proyectil cilindro-cónico en cuyo interior van unos intrépidos viajeros con dos panes y media docena de gallinas. El proyectil es desviado en su trayectoria y en lugar de caer en la luna, empieza a girar alrededor de nuestro satélite como un subsatélite, volviendo a caer a la tierra en el Pacífico.

En su *Veinte mil leguas de viaje submarino*, una de sus producciones más famosas, coloca a sus protagonistas en un buque, parecidísimo a los submarinos de hoy, y sin embargo, los lectores de la época consideraron aquello como una nueva locura de la fantasía de Julio Verne.

El autor debió ver en aquello algo serio, pues en un telegrama que envió a Nueva York en 1898, con motivo del viaje de mil millas del submarino de Simón Lake, decía:

"Así como mi novela *Veinte mil leguas de viaje submarino* es exclusivamente el producto de mi imaginación, tengo el convencimiento de que todo lo que digo sucederá", y señalaba al buque de Lake como una prueba de su aseveración.

Nos llena de asombro recorrer sus obras y ver cómo muchas de sus profecías han llegado a ser realidades.

Hoy se vuela, hoy se navega por el fondo de los mares, hoy se anda en vehículos que no son arrastrados por caballos y hoy se piensa seriamente en enviar un proyectil a la luna, si bien los métodos

empleados, en muchos casos, son distintos a los indicados por Julio Verne.

El *Nautilus* ha sido la más perfecta de las profecías y resulta parecidísimo al submarino moderno. Baja a las profundidades de los mares, alcanza gran velocidad y sube y baja a voluntad, como el de Verne. Sus aparatos para bucear, sus depósitos de oxígeno, la iluminación interna, todo se ha hecho mejorándolo como lo soñó el gran novelista.

El gran error de Verne en lo que se refiere a su submarino, fué la elección del motor. Su *Nautilus*

la cual tres aventureros cruzan el Africa en un globo que puede mantenerse quieto en el aire, subir y bajar a voluntad.

Esto lo escribió el novelista en 1863 y su globo, puede decirse, que fué el precursor del dirigible.

La idea del globo nada tenía de nuevo, pues antes de esa época ya se habían hecho largos viajes en globo. Su idea era mostrar un dispositivo por medio del cual se podrían recorrer enormes distancias y permanecer largo tiempo inmóvil, sin bajar a tierra para tomar nuevas provisiones de gas.

Su idea en esto es sumamente ingeniosa. Su globo subía y bajaba sin necesidad de arrojar lastre ni abrir escape de gas, sino por la expansión o contracción del gas por medio de cambios de temperaturas.

El depósito del gas era bastante grande para mantener el globo en equilibrio sin estar completamente lleno de hidrógeno al nivel del mar y a la temperatura normal. Si se calentaba el hidrógeno éste se di-

FLOR DE ESPERANZA

Frondas de edén, follajes protectores,
Obsesionantes gracias de un vergel
Rodean de una flor las níveas formas
Magas y hermosas cual su blanco ayer
Y el albo genio del jardín, sus velos
Déjale como túnica, también,
Ensimismado en los cendales místicos
Aunados a la bruma
Resurgida en las noches de Azrael.

Jarrón bronceo, sobre pie de mármol
Uniforme en su ebúrnea nitidez,
Lúcida con amor en las alturas
Inmaculadas donde está: cual rey
En cuya sacra y augustal diadema
Tocada de brillantes, un laurel
Adicionara a rutilantes lampos
Augurios diuturnales, a su vez.

Orgulloso por eso al genio esquivo
Y silencioso del pensil, veréis
Unicamente, con unción hierática,
Envolviendo en su célico dosel
La flor sagrada de una oculta fronda:
¡Aquella que renace de su fe!

Wellington ZERDA

funcionaba exclusivamente por la electricidad. Bajo las olas habría substancias que producían electricidad, que se almacenaban en grandes baterías de enorme potencia y el *Nautilus* navegaba cuanto su capitán quería. Verne no pensó en la energía que se podría obtener del petróleo.

Por otro lado, en lo que a la navegación submarina se refiere, Verne tenía razón, es la electricidad la que hace navegar a nuestros submarinos una vez sumergidos. Los motores Diesel cargan sus baterías con este objeto, de maba sólo en la forma; en lugar de nera que el error de Verne esta- minerales submarinos, empleamos ahora aceites minerales subterráneos.

Entre las creaciones más notables de Julio Verne figura la novela *Cinco semanas en globo*, en

la cual tres aventureros cruzan el Africa en un globo que puede mantenerse quieto en el aire, subir y bajar a voluntad.

En estos dirigibles modernos no han aceptado la idea de Verne, ni mucho menos la máquina voladora más pesada que el aire, ni se ha intentado hacer un globo de tal especie, pues se comprende que pa-



ra el proceso indicado por el novelista, sería necesario una batería grandísima que el globo no podría elevarse con ella a bordo.

Julio Verne ya sabía esto, por eso dice que la tal batería era un secreto del inventor construido con nuevos metales y utilizando poderosos ácidos, entonces no descubiertos aún y que siguen sin descubrir en estos días.

El globo de Verne era un aerostato que podía, así como el "Albastros" de su obra *Robw el Conquistador*, remontarse verticalmente en el aire sin "tomar carrera" como los aviones actuales.

Verne no se equivocó, sino que como en otros casos se adelantó a su época. Desde entonces se ha estudiado esto mismo por todos los que se han dedicado a la aviación, y el problema no era un imposible, pues en nuestros días lo ha resuelto el talentoso ingeniero señor Lacierva Codorníu.

En 1905, el mismo año de su muerte, cuando el escritor contaba setenta y siete años de edad, escribió su tercera novela del aire que tituló *El dueño del mundo*.

En ella describe un aparato que volaba por el aire, navegaba sobre la superficie de las aguas o por las profundidades de los mares y corría por tierra con una velocidad de 195 kilómetros por hora. En una palabra; "El Terror", como llama a su aparato, era una combinación de avión, automóvil y submarino.

Nosotros, hoy tenemos muchos menos motivos para sonreír de tales fantasías que los lectores de hace veintidós años cuando apareció la novela, porque el avión, automóvil y el barco volador, es un hecho de todos conocido. ¿Quién se atrevería a afirmar que el aparato "El Terror", de Julio Verne no lo veremos dentro de poco?

Hasta en 1905, Verne creía que la electricidad había de ser el principal agente del motor. En su última novela, el inspector jefe del departamento de policía federal, prisionero a bordo de "El Terror", dice:

"La energía que impulsaba a la máquina, no era ni vapor ni gasolina.

Era, indudablemente la electricidad, producida a bordo por algo que desconozco. Naturalmente, yo me preguntaba si aquella electricidad procedía de pilas o de acumuladores o si era extraída directamente de la atmósfera que nos envolvía o del agua por donde navegábamos, por algún procedimiento que yo no me podía explicar."

Verne, en su "Dueño del Mundo", hace tomar parte a "El Terror" en una carrera de automóviles que gana y desaparece en el Lago Michigan, de donde sale libre después de ser perseguido por destroyers para lo cual se mete en el río Niágara. Cuando va a caer en las cataratas y destrozarse irremisiblemente, remonta el vuelo y desaparece.

¿Es todo esto una lucubración

de un cerebro que nos haga reír, o es una profecía?

Muchas de las cosas que escribió en su larga vida que parecían sueños, han resultado realidades.

La última que nos presenta en el año de su muerte, no es ni con mucho tan atrevida que no la veamos realizada dentro de muy poco tiempo.

Julio Vernes antes de empezar a escribir sus novelas científicas, esas novelas que por mucho que han querido nadie ha podido imitar, empezó a manejar la pluma escribiendo comedias.

Su primera producción fue una comedia en un acto y en versos titulada "Pajas rotas", de un éxito mediano.

Después de este ensayo no se descorazonó, y, en colaboración con Miguel Carré, se dedicó a escribir libretos para óperas cómicas, obras pequeñas en un acto, como fueron las tituladas *La gallina ciega*, *La posada de los Ardenes* y alguna otra más.

Más tarde y también con otro compañero, con Walnut, escribió la comedia en tres actos y en prosa "Once días de sitio".

En ninguna de sus producciones teatrales sobresalió, permanecía en la obscuridad y apenas conocido hasta que en el "Magazin de Hetzel" publicó su primera novela "Cinco semanas en globo", viaje de descubrimientos.

Con esta obra, que alcanzó grandísimo y favorable éxito, se reveló el escritor, y Julio Vernes creaba un género nuevo, la novela científica y geográfica, en la que llegó a ser el primero, sin que hasta ahora nadie haya logrado superar ni siquiera a igualar, y sin embargo, son muchos los que han querido imitarle.

Si en alguno la fantasía ha podido igualar a la de Verne, no ha sabido dar a sus novelas la amenidad que aquél, y en muchas se han demostrado la falta de base, de conocimientos de la Historia Natural y de los lugares en que habitan determinadas especies zoológicas.

Curiosa colección etnográfica

El Museo Etnográfico de Roma ha hecho una importantísima adquisición comprando la colección Giglioli, que en su género se considera como la más rica existente en Europa.

Se compone de objetos de piedra de todas las partes del mundo, coleccionados y catalogados durante treinta años de incansable actividad, por Lorenzo Giglioli, profesor de Zoología en el Instituto de Estudios Superiores de Florencia.

El primer núcleo de la colección está constituido por armas y trajes de los Kwei-grig, indígenas de la isla Formosa.

Más tarde se aumentó con una serie de curiosas fotografías obtenidas durante un viaje del naturalista alrededor del mundo.

Poco a poco, la ya notable colección creció de tal forma que hoy se compone de más de 10.000 objetos procedentes de todos los rincones del orbe.

Encontrándose Giglioli en Londres, en 1883, tuvo la idea de for-



LECCION DE CANTO. — El profesor: — ¡Esa nota con más ternura, señorita! Hágase cuenta de que es un pajarito en la rama.

LA CUENTA

El doctor Couffe no podía seguir visitando a sus enfermos en su desvencijado cochecillo, tirado por aquel jamelgo tan viejo como el vehículo. Aquello no inspiraba confianza, y era preciso ponerse a tono con el progreso. Para ello compró un auto sólido, capaz de resistir los baches de los caminos de Gouffe Bonfigne.

Una cosa le preocupaba, sin embargo. ¿Qué iba a decir el pobre Granoulot?

Porque desde hacía diez años el doctor Couffe venía comprando el pienso que necesitaba su caballo a Granoulot. Aun no le había pagado ni un céntimo, porque desde un principio le dijo:

—Ya liquidaremos, Granoulot. Mis visitas, cuando usted o su familia estén enfermos, acabarán por equilibrar la cuenta.

—No se preocupe de eso, doctor. Las personas honradas siempre acaban por entenderse —había respondido Granoulot.

Pero, por desgracia, Granoulot nunca estaba enfermo; su mujer era tan robusta como su marido, y su hija, la pequeña Adelaida, había llegado a los veinte años sin tener el menor dolor de cabeza, y después de casada seguía disfrutando una salud de hierro.

Por esto diez años de abastecimiento de piensos habían hecho subir la cuenta a una cantidad respetable. Y cuando Granoulot revisaba sus libros y veía subir la factura del doctor decía desesperado:

—¡Es una desgracia! Nadie está malo en mi casa y nunca veré liquidada esta cuenta.

De aquí que cuando el doctor Couffe le dio cuenta de la com-

pra del auto y le anunció que en lo sucesivo no tendría necesidad de más avena y paja, Granoulot recibió la noticia sonriente. La factura no subiría más. Pero quedaban los atrasos...

Cierto que el doctor, que era hombre honrado, le dijo:

—Nuestra cuenta ya la liquidaremos. Cualquiera día me necesita usted o alguien de su familia, y entonces hablaremos.

Granoulot hubiese preferido el dinero contante y sonante; pero ¿cómo enfadarse con el doctor Couffe, que era el único médico del pueblo?

Un día la mujer de Granoulot no se sintió bien. Tenía las piernas pesadas, dolores de cabeza y una gran inapetencia.

Granoulot se alegró. ¡Ya había un enfermo en casa! Vendría el doctor y podrían liquidar. La enfermedad debía de ser grave. Precisamente había en el pueblo un caso de fiebre tifoidea. Tal vez la enferma tendría que estar varias semanas en la cama.

Llegó el doctor, reconoció a la enferma y dijo:

—Tranquícese, Granoulot; esto no es nada. Un resfriado pequeño. Que se purgue, y pasado mañana podrá levantarse.

Así fue. Dos días después la enferma estaba restablecida.

Y Granoulot iba por el pueblo diciendo a todo el mundo:

—Pero ¿habéis visto qué desgracia la mía? Para una vez que llamamos al médico no es más que un resfriado. ¡Y cuando voy a cobrar mi paja y mi avena!

Y hay que reconocer que al hombre no le faltaba razón.

Rodolphe BRINGER.

mar su colección de objetos de piedra.

En ella figuran armas y otros objetos líticos de aquellos pueblos, y entre ellos figuran curiosísimos ejemplares de las razas que poblaban las regiones interiores de ambas Américas y de una buena parte de Australia.

El profesor Giglioli emprendió su obra con gran entusiasmo, y ayudado por amigos y correspondientes y, sobre todo, por la buena fortuna, logró llevar a buen fin lo que se había propuesto.

La colección, que se compone de algunos miles de ejemplares, escrupulosamente catalogados, se considera como la mejor de todas las conocidas de su especie, pues cuenta, además, con una rica biblioteca arqueológica, etnográfica y geográfica de más de dos mil volúmenes.

El Museo de Roma al incorporar esta colección a la primitiva ha respetado la voluntad de Giglioli, que dejó escrito: "Estoy convencido de que la colección, las fotografías y la biblioteca forman un conjunto armónico y, sería imperdonable pecado descomponer. Una colección como la mía ha sido conseguido casi por milagro, y hoy sería imposible hacer más".

En la imposibilidad de describir la enorme variedad de objetos, nos limitaremos a citar algunos.

Se trata de objetos hechos con huesos humanos, recuerdos de difuntos queridos, de ornamentos y amuletos de piedra, entre otros una muy tallada en cuarcita verde, símbolo de la fe cristiana y amuleto contra los rayos a la vez.

Muy rica y variada es la colección de los adamanes, unos de los pueblos más antiguos de la tierra; igualmente los objetos de piedra del continente negro, y con número muy importante componen la sección de hachas rituales, ejemplares muy raros, algunas de las cuales son un verdadero portento de escultura, con finísimas tallas.

Muchas de ellas, no pueden considerarse como armas, sino como reliquias religiosas. La más grande de estas hachas, única en su género, tiene un mango piramidal de cuatro lados y 1,74 metros de alto.

Todas ellas son de basalto, y proceden de las islas Cook. Son hachas que, según opinión del citado profesor, estaban dedicadas al culto de los antepasados, constituyendo una especie de monumento funerario.

Figuran en la colección 325 hachas rituales de Nueva Guinea, todas ellas completas, y 173 sin mango.

Viene otro grupo de clavos o mazas de guerra, con cabeza de piedra. La colección la componen 185, de las cuales 179, con mango. Algunas de ellas, los ejemplares más hermosos, tienen la cabeza de pórfido.

En la colección Giglioli se encuentran instrumentos, ornamentos y armas hechos con hueso, con madera, con dientes de animales, y conchas combinadas con mucho gusto, braceletes, pendientes etc.

Los ornamentos de los indígenas de Nueva Guinea son variados y fabricados con pelo, plumas, huesos, etc.

La lucha por la existencia

Guerra sin tregua ni cuartel

La lucha por la vida es el término con que expresamos esa guerra sin fin que los animales sostienen unos contra otros; se emplea con referencia al proceso común de la naturaleza y especialmente a las costumbres y características de los animales en su perpetuo trabajo de asegurar el alimento y engañar o aniquilar al enemigo.

La guerra es el impulso natural inspirado por la sed de sangre, por rivalidad o por animosidad hereditaria.

Desde el microscópico microbio hasta la orca; desde el primero al último animal de la escala zoológica, todos parecen impedidos por el deseo de matar, de destruirse unos a otros, muchos de ellos por la sed de sangre.

Aparte de los rumiantes y algunos otros animales como los conejos el puercoespín, etc., todos tienen gran inclinación por el alimento animal. Es más, muchos animales vegetarianos lo buscan con avidez.

La inocente ardilla, el lirón y otros buscan los nidos para comerse sus huevos y devoran con placer insectos, que hasta matan para guardarlos y tener alimento durante la invernada.

Las aves, los reptiles, los batracios y los peces, todos sin excepción se alimentan con otros animales y hasta los loros comen insectos con tanto gusto como si fueren cacahuetes.

Durante el verano todas las aves granívoras viven especialmente de insectos.

Aunque los animales insectívoros están clasificados en un grupo aparte de los carnívoros, son, como éstos, verdaderos asesinos y son agentes de muerte de una manera más trágica que los grandes comedores de carne.

La araña que destroza en un momento la linda mariposa de irisadas alas; la hormiga león que con su larga y viscosa lengua atrapa al insecto que se acerca a su trampa; la mosca ichneumon que se apodera de la oruga y víctima y boca del voraz choacabra, representan tragedias tan terribles como las pueden desarrollar el tigre, el águila y el halcón con sus respectivas víctimas.

Nos impresiona el tamaño, el bulto. El gavilán que se remonta en los aires con una cría de mirlo no nos hace el mismo efecto que el puma que cae sobre el lomo de un venado. Y, sin embargo, comparado con ambos, casos el mantis religión, que atrae a un grillo, nos parece cosa insignificante, cuando esto representa un acto de valor, una lucha mucho más terrible que la del ave de rapiña y la del mamífero carnívoro.

El mundo de los insectos está lleno de encuentros que son tragedias mortales mucho más espantosas que las que sostienen los vertebrados.

Examinaremos las luchas entre la avispa pepsis y la tarántula, entre la hormiga negra y la chupadora, o entre otros terribles in-

sectos como el tábano, el ciempiés, las múltiples arañas, los mantis, los carábidos y otros mil, y nos convenceremos de la fiera, tesón, voracidad e instinto cruel y destructor de ese pequeño mundo.

Las luchas sangrientas que sostienen tigres, pumas, linceos, osos, zorros, hurones, comadrejas, águilas, gavilanes y otros con sus víctimas, terneras, cabras, antílopes, conejos, patos, pájaros, ardillas, ratones, son pequeños al lado de las tragedias que pasan para nosotros inadvertidas en el mundo inferior de los insectos; pero hay que confesar que a medida que disminuye el tamaño de los seres sedientos de sangre, aumenta pro-

garras: era un visón.

El valor de muchos de estos animales está, sin duda, basado en la confianza que tienen en sus poderosas zarpas y garras y en sus fuertes picos y colmillos, y en muchos de ellos eso sólo basta para satisfacer sus sanguinarios instintos.

El visón y la comadreja tendrían poca ventaja sobre el conejo si éste no fuese tan tímido y supiese emplear sus cortantes incisivos; pero su cobardía no le permite otra lucha sino la de tratar de huir.

Se han dado casos de ardillas que han hecho frente a las comadrejas, obligándolas a huir.

Se dice que algunos linceos se atreven a atacar a los ciervos. Si esto es verdad sería el caso de más valor conocido, dada la diferencia de volumen de ambos animales.

Los gavilanes sienten verdadera animosidad contra el gallo y su harén, en el que hace constantes podido clavar sus espolones en el cuerpo del asesino y dejarlo exánime en tierra.

El ataque de los halcones a aves

SOBERBIA

Donde hay soberbia, allí habrá ignominia; mas donde hay humildad, habrá sabiduría. — Proverb., cap. XI v. 2.

Derribará el Señor la casa de los soberbios; y mantendrá segura la heredad de la viuda. — Prov., cap. XV. v. 25

La reunión de los soberbios es incorregible; porque la planta del pecado se arraigará en ellos sin que lo adviertan. — Eclesiástico, cap. III, v. 30.

Derribó Dios los tronos de los príncipes soberbios, y colocó en su lugar a los humildes. Eclesiástico, cap. X. v. 17.

—El que tocara la pez, se ensuciará con ella; y al que trate con el soberbio, se le pegará la soberbia. — Eclesiástico, cap. XIII, v. 1.

La pompa engendra soberbia; y la soberbia, ira. — Saavedra Fajardo.

—Sigue al soberbio la humillación; mas el humilde de espíritu será glorificado. — proverb. cap. XXIX, v. 23.

La arrogancia tuya y la soberbia de tu corazón te engañaron: tú que habitas en las cavernas de las peñas, y te esfuerzas a levantarte hasta la cima del monte; aunque hicieses tu nido más alto que el águila, de allí te arrojaré, dice el Señor. — Jeremías, XLIX. v. 16.

porcionalmente el instinto sangui-

nario. La mayoría de los insectos son más feroces que la comadreja y el musgaño.

Pocas son las aves que llevan su valor hasta atacar seres de mayor tamaño que ellas. Algunos buhos lo hacen y se cuenta de uno que, sin duda creyendo ver un conejo que quería abrirse camino por entre la nieve, cayó sobre el animal, le hirió y se remontó con él por víctimas, pero también es verdad que muchas veces el arrogante gallo hace huir al ave de rapiña. En casos, después de haber hecho presa en el señor del corral, éste ha los aires, pero a su vez herido cayeron ambos y el buho fué muerto por el animal que llevaba entre las

mucho mayores que ellos todos los conocemos y todos los días daban ejemplo de singular valor, atacando animales de mayor tamaño que ellos en la época en que la cetrería estaba de moda entre reyes y magnates.

En estos ataques, como en los de las águilas, el ofensor tiene la ventaja de atacar de arriba abajo. No hay halcón ni águila que se atreva a atacar a una garza en el suelo, pues saben que un aleazo de ésta les pondría fuera de combate.

Los buhos, lechuzas, cornejas y mochuelos son ferozmente sangui-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

cansan. La matanza de pollos, patos, ansarones, pavipollos y otras aves de igual tamaño es corriente entre las aves de rapiña nocturnas.

La sed de sangre y el valor de la comadreja sobrepasa al de todos los carnívoros. Este pequeño animal no sólo ataca a la tímida liebre y persigue a la ágil ardilla, sino que se lanza valerosa al cuello del ganso, que con un solo aleazo podría deshacerla.

Cuando están hambrientas, llegan a atacar a la marmota, animal con el que no se atreven ni los zorros.

El más bravo de todos los vertebrados es el pequeño musgaño. Su valor es tal que se cree sea hijo de la ignorancia, pues estos animalitos se exponen a los ataques de numerosos y potentes enemigos, tales como halcones, buhos, comadrejas, pegas y visones.

El musgaño no sabe lo que es retroceder ni huir.

Radiación

corpuscular

La radiación corpuscular es emitida constantemente por el sol; a veces, experimente aumentos bruscos que pueden renovarse durante varias horas y que producen las tempestades magnéticas y las auroras. Las primeras la sufre la tierra entera; todas las brújulas y todas las corrientes eléctricas se perturban al mismo tiempo. Aún no conocemos exactamente el fenómeno solar que así obra a distancia sobre nosotros, si la acción es debida a una mancha, a una fátula o a una protuberancia aislada.

Todo conduce a creer que el fenómeno solar, activo es comparable a una explosión, y por esto escapa a la observación general. Es preciso registrar de un modo continuo todos los elementos variables del sol, registrar, sin cesar, las manchas, las fátulas, los filamentos y las protuberancias de la atmósfera superior.

Moisés, una de las más grandes figuras del Antiguo Testamento, fué al mismo tiempo guerrero, poeta, historiador, moralista, legislador de los hebreos e inventor.

Uno de sus inventos, que ha descubierto la ciencia moderna, fué el primer calendario perfecto. El calendario de Moisés, que fué durante mucho tiempo relegado al olvido entre los hebreos, y que ahora ha vuelto a salir a la luz, es realmente el calendario más perfeccionado que emplearon los hombres. Con su sistema, Moisés había resuelto el problema de las fiestas, fijando siempre las más importantes en determinados días de la semana.

El Dr. C. Marvin, de la "International Fited Calendar League", afirma que el calendario de Moisés fué usado durante siglos por los antiguos. Al surgir el Imperio Romano cayó en desuso.

En el año 45, a J. C., el gran astrónomo Sosigene inventó para Julio César el calendario que se usó hasta el principio de los tiempos modernos.

Mucho tiempo después, en el año 1582 el Papa Gregorio XIII introdujo el calendario que se usa en nuestros días y que no está tan perfeccionado como el de Moisés.

Recientemente ha sido anunciado por el mundo científico la institución de un "Calendario Fijo" que guarda mucha analogía con el de Moisés.

Para redactar un calendario hay que tener presente dos períodos de tiempo: el día y el año.

Aunque el número de días no es siempre el mismo, la Tierra emplea, en su giro alrededor del Sol, aproximadamente trescientos sesenta y cinco días y un cuarto. Es precisamente este cuarto de día lo que dificulta la creación de un calendario perfecto e invariable. Otra grave dificultad la presenta la división de la semana. Es imposible hacer entrar un número exacto de semanas en un año compuesto de trescientos sesenta y cinco días. Si el año pudiese constar de trescientos sesenta y cuatro días, el número de semanas sería justamente de cincuenta y dos.

Por consiguiente, para completar un calendario perfecto es preciso preocuparse, y no poco, de la fracción de la semana. Otra dificultad la presenta la división del año en meses.

La idea de un mes fué sugerida en un principio por las fases de la Luna. El movimiento de ella alrededor de la Tierra, combinado con la posición de ésta en su órbita, es causa de que el lado iluminado de la luna esté vuelto hacia la tierra, o bien distante de ella. De aquí la luna llena, el primer cuarto, la luna nueva, etc., etc.

Todos los calendarios que existen se basan poco más o menos sobre estas variaciones de la luna. Sólo el calendario de Moisés representa una excepción.

Evidentemente, Moisés sabía ya que el calendario lunar no era práctico, puesto que hace imposible la división exacta del tiempo, tomando como base las unidades año y día.

El mes lunar, es decir, el tiempo que transcurre entre una fase y otra de la luna, es de veintiocho días. Por consiguiente, sería imposible la formación de un año que tuviese doce meses y trescientos sesenta y cinco días. Por esta ra-

El calendario que inventó Moisés

zón, seguramente desechó Moisés la idea de formar un año lunar, y tomando como base el movimiento de la Tierra alrededor del sol, inventó un calendario. El sistema ideado por Moisés era, pues, el de un calendario solar, y no lunar, como los otros.

Con el calendario actualmente en uso, el mes ha perdido su primitiva relación con la Luna, y se ha convertido en una unidad convencional, complicada y arbitraria. La institución de un Calendario Fijo tiende a hacer desaparecer tantos inconvenientes, entre los cuales hay que contar la necesidad de imprimir un nuevo calendario cada año. El sistema que va a implantarse tiene muchos

también a Moisés de que su sistema no era perfecto. Entonces adoptó un sistema semejante al de los años bisieptos. En vez de añadir un día cada cuatro años, ideó Moisés agregar una semana cada veintiocho años. Esta semana no estaba incluida en el catálogo general de los meses.

Hay que observar que Moisés había frecuentado las escuelas, que después fueron templos, de Egipto cuyos sacerdotes habían acumulado allí todos los conocimientos, que hoy llamamos ciencias.

Los sacerdotes no comunicaban sus conocimientos más que a los ya "iniciados"; pero Moisés estaba considerado como uno de éstos, y es seguro que aprovechó los se-

RECÍPROCA

Viniste un día a pisotear mis flores,
Cupidillo travieso,
y quedé mi jardín hecho una muerte
lamentable de pétalos.

Deshojaste mis rosas, mas estaban
los rosales alertos,
rasguñaron tu cuerpo y gajos de alas
quedaron allí presos.

Sangró tu carne. Por luchar los dardos
resbalaron al suelo.
Te vi llorar; los recogí, y cantando
los escondí en mi seno.

No vendrás otra vez, muchacho aleve,
a hacer pan de mi huerto.
O inmunizas las flechas y te vendas
para salir ileso.

Benita Rosa ESPINOSA SANCHEZ

puntos de contacto con el de Moisés.

El calendario del Profeta tenía doce meses. El del Dr. Marvin constaría de trece, compuesto cada uno de cuatro semanas, con objeto de formar un año de trescientos sesenta y cuatro días exactamente; el día sobrante iría solo, como un apéndice. El año de Moisés estaba compuesto según los técnicos, de cincuenta y dos semanas, y tenía, por consiguiente, trescientos sesenta y cuatro días. Para completar los trescientos sesenta y cinco días, Moisés agregó otro domingo. En el tercer mes del año, que era el tercero del equinoccio de la primavera, se reunían dos domingos, en los días 4 y 5 del mes. Este día agregado era, según se cree, aquel en que se celebra la Fiesta de Pentecostés.

Este día añadido proporcionó a Moisés el año de trescientos sesenta y cinco días, incluido un número fijo de semanas.

El cuarto de día que tantas molestias ha ocasionado a los compiladores de calendarios, convenció

cretos de aquellos sabios de la antigüedad.

Uno de los acontecimientos principales que ocurrían en Egipto en aquellos tiempos, era, y es todavía, la inundación primaveral de las tierras que flanquean el Nilo.

Las nieves que durante el invierno se acumulan sobre las montañas del Africa central, se funden al llegar la primavera, y sus aguas van a engrosar el caudal del Nilo, que se desborda.

Los sacerdotes del antiguo Egipto contaban entre sus deberes, el de predecir exactamente el desbordamiento del Nilo, no sólo para que los egipcios se pusieran a salvo, sino para que los campos pudieran ser preparados para recibir el limo fertilizante del río.

El calendario usado por los antiguos no hacía mención del cuarto de día de más que hay en cada año. Por esta razón, los meses no estaban de acuerdo con las estaciones. Por lo tanto, la fecha importantísima del desbordamiento del Nilo, se verificaba indistintamente, en un mes o en otro; de

aquí que los sacerdotes no pudieran servirse del calendario para anunciar la subida de las aguas.

Para corregir este error los sacerdotes estudiaron un ingenioso sistema de calendario, que no daba a conocer al pueblo y es probable que tampoco al rey. Es muy verosímil, casi seguro, que Moisés se enteró de este sistema y supo explotarlo.

Cuando las circunstancias hicieron que el joven hebreo se pusiera a la cabeza de sus compañeros para arrancarlos a la esclavitud, Moisés sabía que no podría ya disponer de los instrumentos científicos, por medio de los cuales corregían los sacerdotes los defectos del calendario y vaticinaban exactamente la crecida del Nilo.

Durante aquel viaje, viéndose abandonado a sus propios recursos, Moisés tuvo la ingeniosa idea de agregar a su calendario una semana más cada veintiocho años.

El inventor de la caja de ahorros

La institución de las Cajas de Ahorros es una de las mejores y más útiles que nos han legado nuestros antecesores.

La primera Caja de Ahorros se fundó en Hamburgo en 1778.

Esa institución fué pronto adoptada en Suiza, que estableció su primera Caja en 1785. Inglaterra no tardó en seguir su ejemplo.

El gran éxito alcanzado por la Caja de Ahorros de Londres inspiró el deseo de dotar a París de un establecimiento semejante. Y, en efecto; por decreto del 29 de julio de 1818, se encargó a la Compañía de seguros marítimos que organizase la primera Caja de Ahorros de Francia.

Si bien Francia fué en este asunto detrás de Alemania, de Suiza y de Inglaterra, en realidad corresponde a Francia la iniciativa.

El verdadero inventor de la útil y benéfica institución es el francés Hugues Delestre, consejero del rey; el cual Delestre fué el primero que tuvo la idea de constituir la Caja de Ahorros, y en 1611 presentó a María de Médicis, regente del reino, el proyecto correspondiente.

Al pié de la letra

Cuando Galileo descubrió el sistema solar, fué acusado de hereje y encerrado en la Inquisición.

Un teólogo le preguntó:

—¿Cómo os atrevéis a asegurar que el sol está quedo, sabiendo, como debéis saber, que hay un pasaje en la Biblia donde se refiere que Josué detuvo su carrera?

—Justamente por eso: la Biblia no dice que el sol volviera a andar.

Algunas palabras por vía de introducción. Mi infancia y mi juventud.

Comienz mi relato un tanto embarazado, pues si he de seguir la costumbre establecida, forzoso será que me presente al lector, que le hable de mí, que en dos palabras le ponga al corriente de mi carácter.

Difficil es, cuando uno habla de sí propio, contenerse en los justos límites. Si se afecta modestia, tal vez se diga que queremos aparecer modestos para que, desmintiéndonos los hechos, se nos lisonjee; si en sentido contrario nos propasamos, se nos trata de fátuos, vanidosos y arrogantes, lo cual es todavía peor.

Desearo evitar ambos extremos, he adoptado un medio, gracias al cual creo satisfacer a cuantos me lean. Este medio es estampar mi retrato al frente de esta narración, como acostumbran hacerlo cuantos escriben sus memorias, sus viajes o aventuras, lo cual me evita de paso toda descripción de mí mismo.

Muy legítimo es el deseo que abrigan los lectores de conocer las facciones de aquel que, en más o menos páginas va a comunicarles sus emociones, sus recelos, lo que admira, en una palabra todos los sentimientos de su espíritu.

Y en efecto, cuando el autor dice: —Quedé embelesado... He léme de espanto... No pude contener la risa... y otras frases por el estilo, agrada representarse los cambios que sucesivamente imprimen en sus facciones el embeleso, el espanto o la risa.

Confieso que tengo formada asaz buena opinión de mí mismo; sin embargo, al estampar mi retrato en estas memorias, no me impulsa un sentimiento de loca vanidad, no. Hágolo así por las razones arriba expuestas.

Bien reflexionado, nada diré de mi carácter, ni de mis cualidades, ni de mis defectos. El lector los apreciará sin duda, como se merecen en el decurso de este relato.

Hecha ya mi presentación, séame permitido contar con la mayor brevedad posible la historia de mis primeros días, y los acontecimientos



tos a que debí el verme lanzado en el camino de las aventuras.

No conocí a mis padres, hallándose en el mismo caso todos los insectos. Cuando nacemos, han

Aventuras de un grillo

Por el doctor Ernesto Candére

muerto nuestros padres, a veces desde tiempo atrás, de suerte que la expresión "niño mimado" no reza para nosotros. Sin embargo, no vaya a creerse que nos lancen al mundo sin preocuparse de nuestra suerte; muy lejos de esto. Difficil, sino imposible, es imaginarse como cuidan, en el mundo de los insectos, los padres de sus pequeñuelos, y los rasgos de abnegación y de desinterés que los anales de nuestra historia ofrecen.

Mis primeras impresiones proceden de muy lejos, pues no adquirí repentinamente el sentimiento de la existencia. Tocante a este delicado punto son bien confusos mis recuerdos. He aquí lo que con seguridad puedo afirmar.

sea mi familia, mis hermanitos los grillos que, al igual que yo, acababan de salir del huevo materno.

Excusado me parece entrar en detalles tocante a los acontecimientos de mi infancia, así como de mi juventud. Con todo, no debo pasar por alto un suceso que forma época en mi vida, y que influyó no poco en modificar mi carácter, y de consiguiente mis futuros destinos. Hablo de una catástrofe que dió al traste con la existencia, hasta entonces tan pacífica, de mi familia, haciendo acudir a mi mente las primeras reflexiones amargas. De aquel día data mi primer desencanto, que desgraciadamente, no ha sido el último.



Sentíame aprisionado, en una especie de caja oblonga, apretados todos los miembros contra el cuerpo. Imposible es decir cuanto tiempo hacía que guardaba tan singular postura: necesitando estar más a mis anchas me esforcé en cambiarla, con lo cual abrióse mi caja de arriba abajo.

Repuesto un tanto de la sorpresa que este accidente me causó, procuré sacar una pata por la abertura que acababa de producirse, luego otra, y después otra; la abertura fué ensanchándose. Un tanto animado, asomé la cabeza por dicha abertura, desprendiéndose completamente mi cuerpo.

Encontréme en una a modo de cueva bastante exigua, iluminada tan sólo por un rayo de luz que penetraba por el techo a través de angosta hendidura. Mi instinto me impulsó hacia aquel punto luminoso, y redoblando mis esfuerzos traté de ensanchar la abertura, lo que conseguí no sin poco trabajo, hallándome de consiguiente enteramente libre.

Sentíme deslumbrado al herirme en pleno rostro los rayos del sol, al par que experimentaba en todo mi cuerpo inefable bienestar. Una vez desentumecidos los miembros fijéme en los objetos que me rodeaban. Muy reducido era el horizonte, pues consistía en una especie de declive, donde en aquel momento, bullían un sinnúmero de pequeños seres a mí parecidos, o

Mas antes de entrar a narrar aquel suceso, y para que se comprenda bien cómo aconteció, creo indispensable describir someramente el sitio en que habitábamos.

Vimos la luz primera en una especie de excavación poco profunda, rodeada de una escarpadura, producto indudable de la presión de algún pedrusco sobre la tierra. Cada uno de nosotros habíase abierto una pequeña gruta en la indicada escarpadura, y el terraplén servíanos de punto de reunión. El deseo de ensanchar nuestros dominios pronto nos impelió a abrir un corredor, merced al cual pudimos salvar los límites de la excavación común, y a veces, sea aisladamente o en grupos, salíamos afuera a entonar alegres cantinelas.

Durante una plácida noche del mes de mayo, abandonamos todos nuestra estrecha morada para disfrutar de la suavidad de la atmósfera. Brillaba la luna en todo su esplendor, y los más gratos efluvios embalsamaban el ambiente; ligero vapor azulado, desprendiéndose del suelo, prestaba a cuantos objetos envolvía, tonos de incomparable armonía. Todos nosotros nos sentíamos arrullados por la felicidad, sin pensar ni por asomo en el sombrío trance de la muerte.

Posado en copudo árbol un ruiseñor modulaba sus más alegres canciones. Sus trinos, a veces de una delicadeza infinita, otras de

un vigor apasionado hacían vibrar todas las fibras de mi ser. En aquellos momentos hallábanse mis hermanos entregados a alegres pasatiempos; en cuanto a mí, la emoción no me dejaba respirar, por lo cual, apartado un tanto del bullicio general, procuraba comunicarme con el divino cantor que me embriagaba. ¡Qué ideas tan elevadas, tan puras, tan etéreas, tan delicadas, sin duda, las de aquella criatura! ¡Cuán afortunado era en poder expresarlas con tales acentos! ¡Por qué carecía yo de alas que me llevasen hasta él para comunicarle el entusiasmo que en mí había despertado?

De repente cesó su canto. Fijé mis ojos en el árbol para indagar la causa de aquel silencio y en el acto recibí en pleno pecho una masa de tierra que me hizo dar una voltereta dejándome casi del todo enterrado. Sólo mi cabeza estaba libre; y ¿qué es lo que ví? Un espectáculo horrible, que recuerdo no pocas veces en mis noches de insomnio. El ser divino que adoraba, cayendo de repente en medio de mis hermanos, hacía de ellos espantosa carnicería. Los sobrevivientes miembros de mi desdichada familia, locos de terror, acudían presurosos a nuestra vivienda; pero el corredor era demasiado angosto para poder penetrar todos a un tiempo. Los machos, más vigorosos que las hembras, se valían de cuantos medios de la fuerza para pasar los primeros. ¡Cómo nos vuelve egoistas y crueles el miedo! ¡Pobres hermanas mías! Me parece estarlas viendo implorar, ora la conmiseración de sus hermanos, ora la del odioso ruiseñor. Pocas se libraron de la matanza. Por lo que a mí toca, debí la salvación a la tierra que me cubría, ya que ésta me ocultó a las miradas de la horrible criatura. Más tarde encaminéme a nuestra morada, en la que reinaba la mayor desolación. De toda mi familia sólo habían quedado con vida ocho hermanas y veinte y dos hermanos. Guardéme bien de censurar el proceder de estos últimos; su falta debía imputarse al instinto de conservación: a haberme encontrado yo en su lugar, tal vez hiciera lo mismo. Por otra parte, su actitud me indicaba con harta eviden-



cia que interiormente reprochábanse, y no poco su conducta.

Me he extendido algún tanto sobre este episodio, porque según creo haber dicho ya, influyó en

gran manera en mi futura suerte. Amargas fueron mis reflexiones, y desde entonces quedé convencido de que debía desconfiar de mis primeras impresiones, y que a veces es peligroso dar oídos a nuestros sentimientos, así como dejar se guiar por irreflexivo entusiasmo. Asimismo me persuadí de que las criaturas más amables y seductoras pueden ser las más pérfidas y temibles. En el curso de mi vida aventurera, sólo he tenido ocasión de confirmar este juicio.

El hecho que acabo de relatar influyó de otra suerte en mi existencia, pero por motivos enteramente distintos.

No tardaron en presentarse síntomas de discordia en nuestras relaciones familiares. Las discusiones, que antes terminaban amistosamente, adquirieron nuevo carácter; muchas veces sé agriaban, viéndome obligado a menudo a intervenir para que no degeneraran en combates. No estará de más decir que todos habíamos crecido, y que en nosotros se había operado, así física como moralmente, una verdadera transformación que, lo confieso sin rodeos, más no honraba en la parte física que en la moral. Un sentimiento nuevo, desconocido hasta aquel entonces, ocupaba el puesto de la amistad que antes nos profesábamos. Los celos, esa pasión violenta, madre de tantos males, iba invadiendo el corazón de mis hermanos: pronto la vida en común se nos hizo insostenible, y de consiguiente nos separamos, tomando cada cual el rumbo que mejor le plugo, para excavarse una habitación propia. El sitio do se había deslizado nuestra infancia era una pradera suavemente inclinada hacia el mediodía. Algunos añosos árboles, creo que nogales, desparramados, prescindiendo sombra a varios sitios, de-

jaban expuesto el restante terreno a los rayos del sol. Estos son los

tablecime al abrigo de un pedrusco algo elevado, y desde cuyo pun-



lugares que más apreciamos nosotros los grillos. Por lo tanto, es-

to sin alejarme mucho, podía disfrutar del delicioso panorama que

a mis pies se extendía. Confieso que aquí vivía en el mayor aislamiento. Se me olvidaba decir que después de la catástrofe ya relatada, mirábanme mis hermanos con cierta prevención y me tenían como aislado de ellos, tal vez porque mi presencia les causaba cierta confusión, al recordar que yo había sido testigo de su indigna conducta para con mis débiles hermanas; y eso que jamás les reconvine como se merecían, ni nunca había hecho recaer la conversación sobre el particular, ni menos me había valido de indirecta alguna. Pronto dicho sentimiento degeneró por su parte en verdadera aversión, y lo que más me afligió es que mis hermanas no tardaron en compartir las malas disposiciones de los machos respecto a mí. Cierta día, bajo un fútil pretexto, uno de mis hermanos buscóme querella, y de improviso, cuando menos lo esperaba, se me echó encima con las más negras intenciones: natural era la defensa, pero en esa lucha fratricida tuve la desgracia de asestar al agresor un golpe mortal, lo cual me llenó de espanto, sin rodeos lo confieso.

Nadie presenció el fratricidio; con todo, no titubearon mis hermanos en imputármelo; de lo que deduje, y con sobrada razón, que de antemano estaba concertada la agresión de que acababa de ser objeto, sólo que el asunto había tomado un cariz muy distinto de lo que mis enemigos deseaban. Temeroso, pues, de que se tramase nuevo plan, y esta vez mejor combinado, para hacerme desaparecer de la escena, resolví sin titubear, abandonar mi nueva vivienda, a fin de salvar mi pellejo.

Una vez tomada esta determinación, nada me movía a retardarla, antes bien asistíame un excelente motivo para precipitarla.

(Continuará)

Los que tienen opiniones definidas sobre el efecto, uso y desuso de los diferentes órganos, por ejemplo, de los de la locomoción en los vertebrados, se verán un tanto perplejos al saber la interpretación que el doctor Percy Lowe da a las condiciones de las alas de los avestruces, impropias para el vuelo.

Disiente por completo de la opinión generalmente aceptada de que estas aves tuviesen en otras épocas la facultad de volar; y sus argumentos, verdaderamente curiosos, que acaban de ser publicados por la Sociedad Zoológica de Londres, han conquistado ya muchos prosélitos.

La opinión general es que los avestruces, excepto el *Finamus*, han perdido la facultad de volar por haberse atrofiado sus alas. Es decir: que hubo un tiempo en que tenían alas verdaderas, eficaces para el vuelo, y ahora son alas inservibles, inútiles.

El doctor Lowe sostiene, por el contrario, que las alas de estas corredoras nunca tuvieron poder para volar.

Junto con la estructura de las alas analiza las del esternón, la de otros huesos, los músculos y las plumas.

Estas diferentes partes, indican, dice, que aquellas alas jamás fueron órganos del vuelo.

El ala de un ave corresponde a los remos delanteros de un mamí-

Medios de locomoción de los vertebrados

fero o de un reptil, de un perro o de un lagarto.

El ave más primitiva que se conoce es el *archaeoptérix*, en el que este miembro era indudablemente un ala cuyas funciones eran las de mantener al animal en el aire.

En este caso podemos afirmar que tenemos el ala en formación, porque tanto ésta como el resto del esqueleto presentan pruebas de su ascendencia reptil, de su herencia de estas alas es la uña larga en la extremidad del tercer dedo.

En ningún ave actual, si se exceptúa el avestruz, y sólo en su estado embrionario, se ha encontrado semejante uña, aunque las de los dedos primero y segundo se encuentran en varias aves actuales.

Las uñas de éstas han quedado reducidas a meros vestigios y son reliquias de las épocas en que aquellas aves las utilizaban para trepar por los troncos de los árboles en la época de la muda, en la que, como en algunas especies de hoy día, perdían a un tiempo todas las plumas de las alas, vién-

dose imposibilitadas de volar hasta la aparición y desarrollo de las nuevas plumas.

De aquí que aceptemos el que las aves tuviesen un origen arbóreo, y esto prueba la supervivencia de nada más que tres dedos de los cinco primitivos.

Teniendo presente el hecho de que la pata del *archaeoptérix* es comparable con la garra de un cuervo, por ejemplo, deducimos que el remo de tres dedos no podía haber sido usado para andar por el suelo.

La forma de un órgano solo se modifica respondiendo a la función o a la fuerza que ha de vencer, y cuando estos órganos no necesitan desempeñar tales funciones, se van atrofiando hasta quedar sólo en vestigios y por último desaparecen.

No se puede dudar de que el ala del *archaeoptérix* era para volar, puesto que en los dos fósiles de su esqueleto aparecen las plumas remeras, primarias y secundarias, como en las aves actuales.

En las alas de las avestruces, excepto en el *Finamus*, no existe la división de plumas "primarias" y "secundarias", pero no podemos sentar que no fueren plumas remeras. Son evidentemente estructuras degeneradas como lo es el esqueleto que las soporta.

Hay estados muy curiosos en este proceso de degeneración que termina en el ápterix y en el casuario.

En el ala del ápterix las plumas remeras toman la forma de tubos huecos con barbas muy débiles. En las crías del casuario se desarrollan plumas exactamente iguales, pero cuando el animal es mayor, las barbas desaparecen y la pluma se hipertrofia. La evolución de esta rara estructura es un fenómeno instructivo e interesantísimo.

En el petrel la última falange del segundo dedo es extremadamente larga porque tiene que soportar una pluma muy dura.

En el calao esta falange está muy poco desarrollada, y la única falange del tercer dedo está muy ligeramente unida al esqueleto. El vuelo en esta ave no es ni sostenido ni vigoroso.

En el cuervo el citado hueso aparece bien desarrollado, y en cuanto al tercer dedo, en ninguna ave representada por más de una falange se halla unido al segundo, indicando un vuelo potente.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Cola líquida a la dextrina. — Se disuelven en caliente 60 partes de borax en 420 partes de agua; se añaden 480 partes de dextrina amarilla pálida y 50 de glucosa y se calienta todo, moviéndolo constantemente para completar la disolución. Se repone luego la cantidad de agua perdida por la evaporación, y se pasa la mezcla por una franela.

Esta cola queda muy blanca y pega muy bien si al hacerla se tiene cuidado de calentarla lentamente, sin pasar de los 90° centígrados.

Para pegar el cuero, las correas, etc. — La cola, a este fin destinada, está hecha con gelatina disuelta en agua, al baño maría. Se añadirá también bicromato de potasa y glicerina. El bicromato es para hacer insoluble la gelatina.

Las proporciones son 3 gr. de cada una de estas dos sustancias por 100 gr. de la cola fuerte sólida empleada.

Los peines y los cepillos de cabeza hay que saber cuidarlos para que se conserven bien. El agua y la sosa pone quebradizos los pelos del cepillo y los hace tomar un color de marfil amarillento. Lo mejor es lavarlos con agua y amoníaco en proporción de una cucharada grande de amoníaco por cuartillo de agua.

Los peines tampoco deben limpiarse con agua, porque se pegan unas púas con otras, sino frotarlas con un cepillo de los que se venden en las perfumerías para este menester, y acabar la limpieza con una toalla o un paño.

Barniz de acetona. — 100 partes de copal finamente pulverizado y secado a 140° centígrados, se echa, todavía caliente, en una vasija que pueda taparse herméticamente, y se añaden 280 partes de acetona, con lo cual se obtiene, después de hecha la solución, un barniz que se seca rápidamente, y que es excelente para mapas, grabados en cobre, etc. Añadiendo un poco de alcohol, muy rectificado, se seca con más lentitud.

Nieve de jabón al agua oxigenada. — Todas nuestras lectoras conocerán seguramente la acción del agua oxigenada sobre la epidermis. En solución ligeramente alcalina tiene la propiedad de blanquear gradualmente el cutis y disminuir el grano.

Esta cualidad puede utilizarse para preparar una nieve de jabón (en tubos o en cajas) de un blanco resplandeciente, que reemplaza con gran ventaja a las aguas de tocador y a las cremas. He aquí la receta:

Se disuelve en 250 gramos de glicerina una primera porción de

250 gramos de jabón seco, cortado en virutas, y luego en esta mezcla, caliente, se disuelve una se-

gunda porción de 250 gramos del mismo jabón.

Todo ello se vierte en un mor-

tero, y se agregan en pequeñas cantidades 250 gramos de agua oxigenada a 12 volúmenes.

Conviene emplear de preferencia perfumes inalterables, como el rodinol, y sus derivados, y evitar la heliotropina, y todos los perfumes que se colorean con la luz.

Impermeabilización de las suelas de los zapatos. — Se derrite 4 partes de aceite de oliva y se les añade una esmerina de ballena y otro tanto de cera. Embadurnar con esto la suela.

Para limpiar el bronce dorado se empieza por quitar las manchas de grasa y de estearina con un poco de potasa o sosa disueltas en agua caliente. Se deja secar, y luego con un trapo se aplica la mezcla siguiente a la superficie del metal: carbonato de sosa, 7 partes; blanco de España, 15; alcohol a 85 grados, 50; agua, 125.

Cuando se seca, se quita restregando con un paño fino o con una piel suave. Las partes cóncavas se limpian con un cepillo.

La mejor cámara frigorífica casera para conservar comestibles susceptibles de alteración por efecto del calor, es una maceta vacía y puesta boca abajo. Si, por ejemplo, se pone un plato con manteca debajo de un tiesto, y se cubre éste con una servilleta mojada, se conservará fresco el producto.

La leche se puede conservar fresca mucho tiempo poniendo la vasija que la contenga en un barrilete con agua fría y cubriéndola con un tiesto, el cual se cubrirá a su vez con una servilleta, cuyas puntas estén en contacto con el agua para que conserve la humedad.

Tinta litográfica.
Cera amarilla 4 partes
Jabón blanco de Marsella 13 "
Goma laca en hojas .. 6 "
Sebo de carnero 3 "
Negro 2 "

Se pueden obtener tintas de colores empleando, en vez del negro, diversos colores; por ejemplo: el azul, el vermellón o el carmín para el rojo.

Como se pega el celuloide. — En general es desconocido el sistema que siguen los fabricantes de juguetes y novedades de celuloide para pegar este producto entre sí o al papel, pero como se verá es sencillísimo. Todo se reduce a humedecer las dos superficies que hayan de pegarse, con alcohol de madera, y poner sobre la pegadura un peso cualquiera.

Este sistema es bueno para pegar placas de celuloide sobre las etiquetas de las cajas. El celuloide no pierde el color y deja ver perfectamente cualquier inscripción que haya debajo.

LOS ARREBATOS DE CLOTILDE

Durante la luna de miel Fred disfrutó de tal modo todos los caprichos de su mujer, que ésta no pudo mostrar su verdadero carácter. Pero un día Clotilde se reveló. Por una palabra insignificante la joven montó en cólera. Y hubo gritos, lágrimas, puños amenazadores, miradas de odio y hasta dos platos rotos.

Nunca pudo sospechar Fred que una mujer tan diminuta pudiese armar tanto escándalo.

Prudente, guardó silencio, y la tormenta pasó como había empezado a descargar; sin causa alguna.

Vinieron las paces, hubo abrazos y, como era a primeros de mes, la reconciliación se celebró en un restaurant.

Pero desde aquel día Fred empezó a inquietarse. ¡Si aquella lamentable escena se renovase! Y desde entonces procuró evitar todo motivo de discusión y darle a su mujer la razón en todo.

Tanta prudencia, sin embargo, no sirvió de nada. Otra vez, con otro motivo fútil, se reprodujo la reyerta, y con más fuerza aún.

Clotilde era una furia desencadenada. Fred no sabía dónde esconderse.

Luego un momento que le invadió la cólera a su vez, y sintió tentaciones de pegar a su mujer. Para no hacerlo cogió el sombrero y salió de casa. Volvió a las once, después de haberse aburrido en varios cafés.

Clotilde estaba acostada, y dormía. No la despertó. Pero al día siguiente, como la joven le sonriese como de costumbre, le dijo con cariño:

—Escucha, Cloti; tus accesos de cólera concluirán por causarte una enfermedad. Tienes que corregirte. Entre tanto yo sufro. No puedo soportar semejantes escenas. Y ahora, sin enfadarte, te prevengo que cada vez que vuelvas a ocurrir lo de anoche me marcharé a la calle.

—¿Hards eso?

—Sí.

—Entonces... ¿no me quieres ya?

—Precisamente lo hago porque te quiero. Cuando me dices esas cosas tan desagradables me dan ganas de responderte en el mismo tono. Y si un día lo hiciera, nos faltaríamos al respeto que nos debemos, y sería peor. Por eso cuando estás de mal humor me iré a la calle. Así se calmarán tus nervios, y evitaremos algo muy desagradable. Y si no quieres que me va-

ya, el medio es muy sencillo: corrígete.

Clotilde lo prometió. Pero a una reyerta siguió otra y otra... Cada vez que ocurría ésta, Fred cogía el sombrero y se iba a la calle.

Con este procedimiento, Fred pudo ver que había más mundo que el de su vida conyugal.

Encontró a antiguos amigos, que le reprocharon el olvido en que los tenía. ¿Por que no iba como en sus tiempos de soltero a la partida de dominó que jugaban los jueves en el café?

Un jueves, Fred se decidió a ir a la tertulia. ¿Pero cómo? Clotilde, celosa, no le dejaría salir solo. Entonces se le ocurrió una idea. A los postres, aprovechando una ocasión, hizo una reflexión algo viva a su mujer. Esta respondió más vivamente, y no tardó en estallar su cólera. Fred cogió la puerta y se fué al café.

Desde entonces, Fred fué cada quince días a la tertulia de sus amigos, y luego todos los jueves. Clotilde no pareció darse cuenta de la estratagemata de su marido. Fred decía la palabra necesaria para que se desatase la ira de Clotilde, y en cuanto estallaba iba a reunirse con sus amigos, y la partida duraba hasta la una de la madrugada.

Pasaron unos meses. Un jueves recibió por la tarde un aviso en la oficina. La partida se aplazaba hasta el jueves siguiente. Fred llegó a su casa algo contrariado y resuelto a no provocar aquella noche la cólera semanal de su mujer.

Pero aunque durante toda la comida su corrección fué exquisita, Clotilde, a los postres, empezó a desatarse. Quiso en vano calmarla, y pensó marcharse. Pero ¿adónde ir? Se resignó, y se sentó en una butaca dispuesto a sufrir los efectos de la tormenta.

Pero Clotilde no se calmó; al contrario.

De pronto cesó en sus insultos, y preguntó a Fred:

—Pero ¿es que no te vas esta noche?

—No. Ya puedes decir y hacer lo que quieras. Esta noche no salgo.

Clotilde vaciló un momento, y muy contrariada repuso:

—¿Qué fastidio!

—¿Por qué?

—Porque esta noche tenía yo que salir... como todos los jueves.

Roger REGIS

El señor CAEL LAEMMLE acaba de adquirir los derechos para la adaptación a la pantalla de las célebres novelas de Tarzan, que será la más importante super-serie para la próxima temporada. En Universal City van a comenzarse inmediatamente los trabajos.

La UNIVERSAL ha destinado un millón de dólares para la producción de comedias de uno y tres actos en la próxima temporada. Han sido seleccionados excelentes asuntos y personajes cómicos altamente dotados.

El actor ARTHUR EDMUND CAREWE, el Jorge Harris de "LA CABAÑA DEL TIO TOM", se embarcó últimamente para Roma, París y Londres. En los dos primeros sitios espera hacer su presentación personal en ocasión del estreno de "LA CABAÑA DEL TIO TOM" y en Londres trabajará en un film británico.

"BROADWAY" el libro por el que el Señor Laemmle pagó la friolera de 250.000 dólares, será puesto en escena con toda propiedad. Hasta ahora no se sabe nada más, pero el Señor Laemmle ha dicho que hará un film grandioso que causará sensación.

La crítica de los Angeles hace grandes elogios de "EL CORAZON DE UNA NACION" en la que trabajan GEORGE SIDNEY, PATSY RUTH MILLER y GEORGE LEWIS. La exhibición privada alcanzó un éxito sin precedentes. El Director EDWARD SLOMAN fué muy felicitado.

"EL HOMBRE QUE RIE" la colosal producción Universal ha empezado a proyectarse en el Broadway el 15 de Mayo. Sus protagonistas son CONRAD WEIDT y MARY PHILBIN y se afirma que es la mejor producción salida de los estudios de la UNIVERSAL.

La encantadora estrella de la UNIVERSAL, PATSY RUTH MILLER protagonista de "EL JOROBADO DE NOTRE DAME", "LIGERO DE CASCOS" y "EN ALAS DEL AMOR" acaba de llegar a la Capital de Francia donde fué recibida efusivamente. Invitó a numerosos periodistas a un té en el Hotel Scribe donde se hospedó y los periódicos hacen grandes elogios de esta recepción. En esta ocasión Patsy anunció que terminaba de firmar un largo contrato con la UNIVERSAL.

El 15 de Mayo se han reabiertos los estudios de la UNIVERSAL en UNIVERSAL CITY después de tres meses de descanso. La actividad es ahora dinámica.

PAUL LENI, el genial director de "EL HOMBRE QUE RIE" se ha tomado un descanso de cuatro

meses después de la filmación y revisión de esta película. El trabajo incesante que tuvo durante su filmación le produjo un "surmenage" del que ahora se encuentra mejor.

REGINALD DENNY que ahora escribe los argumentos de sus películas entre las que se encuentran "EL PROFESOR DE BAILE", "EL COLMO DE LA VELOCIDAD" y "BUENOS DIAS SEÑOR JUEZ", se halla sumamente ocupado en escribir los argumentos de sus seis películas para 1929.

sedas tiene su asiento en un "Cabaret" de infimo orden que está protegido por un individuo que ante la sociedad pasa por ser un hombre de bien.

La alevosa muerte de un policía, tercero de la serie que muere a manos de los contrabandistas es causa de que las autoridades intensifiquen las investigaciones, que están a cargo de un sagaz "detective", papel que desempeña Francis X. Bushman.

En el café hay una muchacha bailarina que conoce todos los detalles de la organización de la ban-

pantalla es en la película extraordinaria de la Universal "EL HOMBRE QUE RIE". Según los críticos de los Estados Unidos su rol de la bella ciega Lita es realmente insuperable. La voz corriente en Hollywood que con esta interpretación Mary se colocará a la cabeza de todas las estrellas y que desde el estreno de esta película será la preñecia del público. Acompañan a Mary en esta super-producción CONRAD WEIDT que tiene a su cargo el rol de Guimpraine, Olga Bacianova en el rol de la discreta duquesa Josiana, Josephine Crowell en el rol de Reina Ana, Brandon Hurt en el de Bar-Kupetra, George Siegmann como Doctor Haruquanonne, Stuart Holmes como Lord Dirty Moir, Cesare Gravina como Ursus y muchos otros.

La película ha sido dirigida por el inteligente "metteur" PAUL LENI.

JOSEPHINE CROWELL. — Esta actriz desempeña el rol de la Reina Ana en la super-producción Universal "EL HOMBRE QUE RIE" que conoceremos en esta en el mes de Abril.

Nació en el Canadá, y se educó en Boston. Activo durante varios años en el teatro y luego dio algunos conciertos. Trabajo en Nueva York con compañías teatrales de mucho renombre. Hace quince años trabaja en la pantalla, habiendo hecho su primer rol de característica en "EL NACIMIENTO DE UNA NACION" en cuya obra trabajo también GEORGE SIEGMANN.

La señorita Crowell ha trabajado en varias producciones extraordinarias y fue elegida por PAUL LENI para desempeñar el rol de la Reina Ana, debido al extraordinario parecido que tiene con la citada reina.

CESARE GRAVINA. — CESARE GRAVINA ha sido elegido para representar el rol del filósofo URSUS en la película extraordinaria "EL HOMBRE QUE RIE" que la Universal estrenará en el próximo mes de Abril.

CESARE GRAVINA, nació en Nápoles (Italia) hace 70 años. — Trabajó durante 35 años en el teatro y hace 5 años que trabaja en el cinematógrafo. Ha viajado por todas las partes del mundo y según sus manifestaciones hizo hace veinte años tres viajes a la Argentina por cuyo público siente especial predilección. Fué a los Estados Unidos encabezando una compañía de ópera y trabajó en Nueva York y San Francisco. Su primera aparición en la pantalla la hizo al lado de MARY PICKFORD y luego actuó con éxito en "ESPOSAS IMPRUDENTES", "LOS AMORES DE UN PRINCIPE" etc.

Notas cinematográficas

LAS DOS TUMBAS

¡Cuán honda, oh, cielos, será,
dije, mi tumba mirando,
que va tragando, tragando
cuanto nació y nacerá!

Y huyendo del vil rincón
donde al fin seré arrojado,
los ojos metí espantado
dentro de mi corazón.

Mas, cuando dentro miré,
mis ojos en él no hallaron
ni un ser de los que me amaron,
ni un ser de los que yo amé.

Si no hallo aquí una ilusión,
y allí sólo halló el vacío,
¿cuál es más hondo, Dios mío,
mi tumba, o mi corazón?... .

Ramón de CAMPOAMOR

Las producciones mencionadas más arriba y cuyos argumentos fueron escritos por él han tenido tanto éxito que el Señor Laemmle pidió a Denny que en lo sucesivo escribiera los argumentos de todas sus películas.

"VIDA NOCTURNA". — La Corporación Argentino Americana de Films, acaba de estrenar en los principales cines una notable producción dramática interpretada por un selecto conjunto de artistas entre los que se destacan Gertrude Olmstead, Francis X. Bushman, Eddie Buzzell, Monte Carter, Carlton King y Cosmo Kyriel Bellew.

La acción transcurre en los barrios bajos de Nueva York, donde una pandilla de contrabandistas de

da y de los métodos de que se valen sus dirigentes para eliminar a todos los que les estorban. El "detective" protege a la joven contra las violencias del dueño del "Cabaret" y consigue los datos necesarios para sorprenderlos; y tan bien hace las cosas, que el cabecilla muere a manos de sus secuaces en una emboscada que le es preparada al representante de la autoridad.

Película de acción sostenida y de alto interés dramático, une a estos valores los de una esmerada interpretación y excelente fotografía, méritos más que suficientes para alcanzar el éxito.

MARY PHILBIN en "EL HOMBRE QUE RIE". — El último trabajo de MARY PHILBIN para la

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1899

Sábado: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

			En cuero	En tela
Encuadernación en formato	grande	cada tomo	\$ 12 —	3.70
	chico	" "	" "	3. —
"Tapas" sueltas	grande	" "	" "	2. —
" "	chico	" "	" "	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 28 — CHARADA

Por cierta ave producida:
Piar de polluelos imita
La "segunda" repetida.
La "tercera" es una clave
O una nota musical,
Y al que es mísero yo nunca
Le "segunda" con "final".
Estas dos de verbo dan
Presente de indicativo,
Y segunda, prima y tres
Serán calificativos.
Un mitológico dios
Mi todo te debe dar,
Que forma el coro de Olimpo
Y a quien sueles venerar.

N.º 29 — FRASE HECHA



N.º 30 — FRASE CRIOLLA



N.º 31 — JEROGLIFICO

N.º 33 — ANAGRAMA

UNA JA

TELA
Y
JERICO

N.º 32 — CHARADA

En mi primera y segunda
hermoso astro encontrarás
a la hora del crepúsculo
en tarde primaveral.
A la prima de mi madre
por mi *tercia*, siempre le ha-
blo,
y me contesta con *cuarta*
siempre que le pido algo.
Mi todo fué un gobernante,
jefe de Revolución,
cuyo cuerpo yace ahora
en la fosa de un panteón

Con las letras de esta tarjeta se forma el nombre y apellido de una estrella de la pantalla.

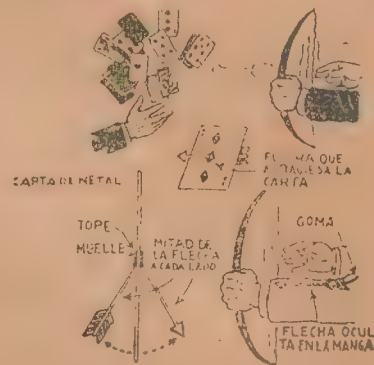
SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 21—Dos artículos.
" 22—Reclutamiento.
" 23—Superintendente.
" 24—Capitolio.
" 25—Calvin Coolidge.
" 26—Recaudadores.
" 27—Galanleas.

Trucos de la prestidigitación

Cómo se logra atravesar una carta elegida por un espectador con la flecha que el artista arroja

El artista da a escoger una carta de la baraja, la cual vuelve a esta una vez vista. Después, el ayudante arroja las cartas al aire, en



el preciso momento en que el artista dispara su flecha, que va a atravesar la carta elegida. Para lograr esto, un duplicado hecho de metal tiene las dos secciones de la flecha, clavado en el centro, el cual permanece oculto cuando la carta está entre las otras, y se abre cuando la baraja se lanza al aire. La flecha verdadera se escamotea en lo manga.

Los chinos, en realidad, son tan poco fanáticos, que practican a la vez varias religiones: la religión de Confucio, la de Lao Tsen, o taoísmo, las dos indígenas, y el budismo, que les llegó de la India poco antes de la Era Cristiana.

Lejos de rivalizar, se complementan estas religiones. Es que, en realidad, no son religiones que se agobien, sino que se contentan con imponer a los fieles, con ciertas reglas de vida práctica, la ejecución de ritos y la celebración de ceremonias.

Las ceremonias las fijó Confucio en un libro u ordenación que aún es de precepto en la república celeste.

Las épocas de la naturaleza, los acontecimientos de la vida agrícola, los de la vida familiar, dan lugar a ceremonias que cada uno celebra según la forma establecida.

Toda la religiosidad de multitud de chinos está refugiada en la superstición, desarrollada por el taoísmo y favorecida por el budismo.

El conjunto de estas supersticiones es tan importante, que llega a formar una religión el feng chavi es decir, el viento y el agua.

Esta religión tiene por base la distinción que se encuentra en todas las ceremonias de los pueblos primitivos entre los grandes principios: el principio macho y el principio hembra, que se reparten la naturaleza y de cuya alianza en

Festejos de Primavera en China

la lucha se explican todos los fenómenos naturales y, también, todos los actos de la vida.

El principio macho se identifica con el sol, fuerza, bienhechora y creadora. El principio hembra representa a la luna.

La influencia nefasta y destructora de la diosa luna, no evita el que sea muy venerada; es que, como los chinos son de gran lógica, la consideran también como diosa de la fecundidad.

Como la Juno grecorromana es la patrona de las madres de familia.

Desde hace mucho tiempo, el ideal en China son las familias numerosas, y actualmente, las familias con doce o catorce hijos no son raras.

Cuando una mujer casada ve transcurrir varios años sin tener un hijo o cuando sólo tiene hijas, marcha al templo de Yin, la diosa de la luna, cuya intervención todopoderosa le asegurará herederos machos.

El sentimiento familiar y el cul-

to de los antepasados son la base de la religión; la fiesta religiosa más importante es la que corresponde a la fiesta de los muertos.

Tiene lugar esta fiesta al principio de la primavera.

El día del *tsing ming* (que cae al principio de abril, ciento seis días después del solsticio de invierno) toda la población marcha a los cementerios, llevando los objetos necesarios para las libaciones y los sacrificios, y el papel y el incienso, que serán quemados.

Estas ofrendas se colocan en palos, a los cuales se agregan banderolas rojas y blancas, que testimonian que los niños han cumplido los ritos exigidos por la piedad filial.

Y como los chinos son profundamente filósofos, después de la fiesta de los muertos colocan la fiesta de la vida. En efecto, algunas semanas más tarde se dedican a regocijos que semejan mucho a los de nuestro Carnaval: es la fiesta de la primavera.

La analogía entre ambas fiestas

es grande. Como en las antiguas saturnales, reina la mayor libertad: los criados pueden tratar familiarmente a sus amos, y en las calles reina una alegría desbordante.

Los que toman parte en mascaradas lucen los antiguos trajes de los dignatarios o se adornan con las galas más importantes que encuentran. Su regocijo corre parejas con el de los espectadores.

Los jóvenes, en particular los estudiantes, se colocan barbas postizas, se pintan la cara, se colocan trajes de mujer...

Y todos, con calzado estrambótico, recorren las calles danzando tan desenfrenadamente, que, según un escritor americano, los movimientos del charleston son un pequeño ejercicio para el que aquellos realizan.

También hay desfile de carros adornados, semejando pagodas, kioscos imperiales, etc., que van tirados a brazo o conducidos por caballos blancos.

Lo más importante de la fiesta es el paso del dragón, espantable y disforme tarasca, pez cornudo y barbudo de enorme cola, que avanza conducido por ocho hombres.

Los figurantes que lo escoltan van revestidos de telas brillantes, sedas bordadas de oro y de plata, y figuran los antiguos mandarines en traje de ceremonia y los nobles imperiales.

El tañido alegre de campanas, que en algunos campanarios alcanza admirable perfección, puede hacerse mecánicamente y a brazo.

El monje holandés Juan Busch, muerto en 1477, habla en una crónica de su Orden, de cierto hermano sacristán, Enrique Loeder, que había construido para su monasterio, en 1404, un carillón de siete campanas. Este aparato presentaba todos los caracteres de un carillón mecánico, con su martillo y su rueda de acero.

Pero la fecha de 1404 no prueba que Loeder haya sido el inventor del aparato. El célebre manuscrito del hermano Jérôme de Moravia, titulado "Tractatus de Música", prueba que antes de 1300 ciertos relojes dejaban oír el tañido de sus campanas. En uno de los capítulos de este manuscrito el autor enseña la forma de que estando dando una campana una nota determinada, otra dé una nota que se indique.

Las campanas acordadas, accionadas por un reloj, no son otra cosa que un carillón.

En los Países Bajos el carillón alcanza gran perfección. En 1440-1441 la villa de Malinas hizo la adquisición de campanitas destinadas a los "voorsloj" de su reloj.

El verdadero carillón nació del desarrollo progresivo del "voorsloj" primitivo.

Hacia el 1556 el "voorsloj" de la iglesia de Saint Rambaut, catedral de Malinas, se transformó por la adición de nuevas campanas, en carillón propiamente dicho ("be-variant").

Se puede decir que es, a partir de este momento, cuando la fundición de campanas se convierte en un verdadero arte que alcanza su plenitud en el siglo XVII con los hermanos Hémany, uno de los cuales, Francisco, se conoce generalmente con el apelativo del Stradivarius de la campana.

Las dificultades técnicas que ofrece el establecimiento de un buen carillón son infinitas. El célebre campanólogo y compositor inglés M. William Weodding Stamer, una de las autoridades en la materia, nos dice que toda campana "bien acordada consigo misma" debe dar por lo menos cinco notas: la nota grave, las dos octavas superior e inferior, la tercera mayor y la quinta.

La nota dada por una campana depende a la vez de la cualidad de sus elementos formadores, de su justa proporción, así como de la intensidad respectiva de sus diferentes armónicos. Esta intensidad es función de la precisión con que están observadas las dimensiones del instrumento: altura, diámetro, espesor. De tal modo, que una campana demasiado débil produce un sonido tenue y poco musical, en tanto que la demasiado gruesa produce un sonido bronco e inarmónico. He aquí el punto que pone a prueba la habilidad del fundidor.

Estando cada campana perfectamente equilibrada, desde el punto de vista musical, queda al fundidor el disponer sus octavas de modo que el conjunto forme un todo tan armónico como el de un buen piano. Todos estos cuidados, necesarios a la buena construcción, se

Carillones y campanas

complican cuando la nueva campana que se construye va a formar parte de un conjunto de campanas construidas en siglos anteriores.

Esta cuestión de instalación nos lleva a la gran división de carillones movidos por cuerda, carillones actuales por clave y carillones automáticos.

La primera forma se extendió por Inglaterra y es objeto, desde hace varios años, de un ejercicio que se conoce con el nombre de "change ringing". Se estima en 70.000 el número de campanas instaladas en los carillones ingle-

ois las 40.320 permutaciones posibles con ocho campanas. Y, en fin, el acorde de doce campanas (máximum) nos daría la cifra fantástica de 479.001.600 permutaciones, que precisarían para sonar treinta y ocho años, y esto a condición de trabajar sin interrupción.

La operación automática, derivada del "voorsloj" de los Países Bajos es diferente a esto que acabamos de describir. Se utiliza, en este caso, un gran número de campanas, correspondientes a veces a cuatro octavas cromáticas, lo que permite tocar verdaderos aires. El

traordinario aún. Es de una sola pieza y peso 10.000 kilos. Mide 2,16 metros de largo por dos de diámetro.

El carillón de Mafra, en Portugal, es doble. Cada juego se compone de 48 campanas, con un peso de 217 toneladas.

El minúsculo carillón del reloj astronómico de Lyon lleva solamente ocho campanitas, de las cuales la mayor solo mide 34 centímetros y la pequeña 14 centímetros.

La mayor parte de los carillones automáticos van dispuestos de modo que puedan ser actuados también a mano.

Los catálogos de fundidores o de relojeros mecánicos publican listas en las cuales la nota de una campana armonizada está dada en función de su peso. Según la apreciación de M. Thybaud, los pesos en kilos de una campana se obtienen multiplicando por 605 el cubo de su diámetro a la base. En la práctica esta constante de 605 varía considerablemente y algunos la reducen a 550.

Las campanas corrientes son de bronce. Este metal, que contiene trece partes de cobre por cuatro de estaño, es de precio elevado y se ha intentado sustituirlo por otras aleaciones más económicas. En el primer orden se pueden citar las campanas de acero de Bachin. Pero el sonido del acero no puede compararse al del cobre.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
de 2 a 4 1/2
PARAGUAY, 1015
U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del
Jockey Club y del Círculo de la
Prensa.

Atiende especialmente enfermedades
del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Orlujano

De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 35, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta,
nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebilleau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matrón, ovarios y cirugía de señoras
Sulpacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y
viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Pirovano

Jefe del Servicio del Hospital
Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Los primeros taxímetros

Preguntemos en un círculo de amigos: "¿Usted recuerda los primeros "taxis"? y tres cuartas partes de las personas mayores de cuarenta años contestarán: "Sí, cómo no", y acto seguido referirán la historia del primer "taxi" que han visto.

Pero, en realidad, antes del año 1000 los chinos ya conocían carros que se alquilaban a más de una persona, por una recompensa calculada a razón del camino recorrido.

En efecto, un libro chino da curiosos detalles sobre el mecanismo de un carro construido hace 950 años por Lou Tao Loune, un sabio chino, mecanismo que indicaba la distancia recorrida por el vehículo.

Este carro tenía una especie de repisa de dos pisos superpuestos en cada uno de los cuales había un muñeco de madera con un mazo en la mano. Cuando el carro había hecho un "li" (quinientos setenta y seis metros), el muñeco del primer piso daba un golpe de mazo sobre un tambor y una rueda colocada a la mitad de su altura ejecutaba una vuelta.

Al cabo de diez vueltas de esta rueda, o sea al cabo de diez "lis", el muñeco del piso superior golpeaba una campana.

Pero hay "taxis" aun más viejos, puesto que en el mobiliario de Marco Aurelio figuran carruajes con contador.

sonido está, generalmente, producido por un cilindro más o menos grueso, en el cual están indicadas las palancas encargadas de actuar los martillos de las campanas.

La extensión de la escala, formada por tres o cuatro octavas, obliga a emplear campanas muy gruesas con otras más débiles. Así en Malinas, en el carillón de Saint Rambout, que pasa por ser el más hermoso del mundo, la campana mayor peso 8.884 kilos, en tanto que la más pequeña no llega a 20 kilos.

El juego automático no se pone en actuación sino en intervalos muy prolongados. Así el de Saint-Germain-L'Auxerrois no funciona sino tres o cuatro veces por día.

El carillón de Malinas cuenta con cuarenta y cinco campanas, cuyo peso total rebasa la cifra de 34 toneladas. Su tambor automático mide 1,56 metros de diámetro y 1,70 metros de largo.

El cilindro de Brujas es más ex-

ses de permutaciones.

Estos carillones emplean de cinco a doce campanas en la escala diatónica. Cada campana está suspendida de modo que pueda dar fácilmente sus sonidos por el solo esfuerzo del tocador que maneja la cuerda. Esta suspensión exige un equilibrio exacto. Los tocadores han de procurar dar una serie de golpes sobre todas las campanas, evitando repeticiones y series cafonías.

En la maestría de los tocadores ingleses puede decirse que no existe límite. Si en efecto, un acorde de cinco campanas no da sino 120 permutaciones — o 120 series de golpes diferentes — se puede ver toda su actuación en cinco minutos; se precisa, por tanto, media hora para lanzar las 720 permutaciones del acorde de las seis campanas. Con siete campanas se obtienen 5040 permutaciones (cambios), que exigen tres horas. Veinticuatro horas se necesitarían para

TEATROS

Se ha dado a conocer la estadística del movimiento de la Sociedad Argentina de Autores durante el año 1928, y, tal como lo hicimos con la del Círculo de Autores, creemos que será interesante conocer las cifras denunciadas.

El número de actos estrenados por los miembros de la sociedad, comprendiendo piezas en tres y un actos, suman 35, habiendo alcanzado más de cincuenta representaciones en las salas de esta capital e interior las siguientes producciones:

"Una vez en un boliche", sainete en un acto de Alberto Vacarezza y Juan A. Caruso (301); "Un baile de meta y ponga en la estancia La Rosada", sainete en un acto de Julio D. Rodríguez (300); "El cabo Rivero", sainete en un acto de Alberto Vacarezza (676); "El teniente Peñaloza", sainete en un acto de Juan A. Caruso (132); "El corralón de mis penas", sainete en un acto de Alberto Vacarezza (312); "Stefano", grotesco en un acto de Armando Discépolo (144); "Entró a tallar don Hipólito", comedia de Vicente de la Vega (en colaboración) (190); "Provinciano había de ser", pieza en un acto de José Antonio Saldías (66); "El sábado a la noche", sainete en un acto de Alberto Vacarezza (107); "El espectador", pieza en tres actos de Vicente Martínez Cuitiño (51); "Muñecos de ocasión", pieza en un acto de Vicente Martínez Cuitiño (50); "Romance federal", pieza en un acto de José Antonio Saldías (54); "Pigall's", pieza en un acto de José Antonio Saldías (53); "San Juan Moreira", sainete en un acto de Vicente G. Reta (53); "Prospero, che", pieza en un acto de Camilo Dardés (8); "Sierra Chica", sainete en un acto de Roberto Tálice y Luis Diéguez (100); "Aura cuando suba el viejo", sainete en un acto de López Boers y Ruibal Martínez (51); "Babilonia en Mar del Plata", pochada en un acto de Eleodoro Peralta (55); "El reo era el otro" ("Se necesita un embajador"), pieza cómica de Manuel Sofovich, en colaboración (104), y "Stud La Tranquera", pieza en un acto de José María Vázquez y Salvador Riese (103).

El total de lo recaudado durante el año 1928 asciende a la suma de pesos 567.392.50, haciéndose constar que del monto total de derechos percibidos solamente corresponden a las revistas \$ 28.628.15.

Como dato de interés se consigna que las obras pertenecientes a Alberto Vacarezza han obtenido en conjunto 4574 representaciones en los teatros de la República, habiendo dicho autor cobrado en concepto de derechos la cantidad de pesos 91.725.30.

LA PEÑA

Esta agrupación de gentes de letras y arte que tiene su sede social en la Avenida de Mayo, 829, ha procedido a designar los asociados que en el curso de la temporada de este año integrarán las subcomisiones respectivas. He aquí el resultado de la elección:

Música: Alfredo L. Schiuma, Pascual de Rogatis, Gilardo Gilardi, Aldo Romaniello, Felipe Boero y Germán de Elizalde; teatro: Antonio Cunill Cabanellas, Arturo Romay y Andrés Muñoz; pintura:

Benito Quinquela Martín, Antonio Alice, José Andrés Pereyra, Roberto Rossi, Juan Tapia y Luis Macaya; escultura: Cesar Siorza, Arturo Dresco, Ernesto Soto Aveniño, Pedro Tenti, Luis Perloti y Angel de Rosa; literatura: Pedro Miguel Obligado, Francisco Isernia, Amado Villar, Pedro Herreiros, A. López Palmero y Santiago Alejandro Tomatis y periodismo: Celestino Hernandez, Carlos de Jovellanos y Carlos Ocampo.

BONO, DE VERANO

El primer actor Juan Bono, que durante la temporada oficial forma parte de algún elenco nacional en una sala del centro, en verano se arma caparero, y, al frente de un escuadrón de cómicos, realiza su programa veraniego por los suburbios. Recientemente ha hecho su presentación en el Palacio Merano, sala cuya ubicación ignoramos, con un cuadro consagrado por los siguientes elementos:

Lucia y Simonette Besse, Viviana Diaz de Mendoza, Maria Esther Leguizamón, Lita Ramos, Aida Sportelli, Marta Swanson, Eloy Alvarez, Alberto Anchart, Juan Pérez Bilbao, Hector Bonatti, Rafael Fernandez, Jose Mazzilli, Juan di Cenzo, Francisco Plasino, Alberto Rodriguez y Leopoldo Rioto.

PROSPERIDAD ESCENICA

Cuando se trata de establecer los valores de la producción escénica nacional, nadie se preocupa de consagrar como obra de arte determinada producción. Se limita a recordar que tal o cual autor percibió, por conceptos de derechos de autor, tantos miles de pesos. Signos de los tiempos, en que el dinero está por cima de todo.

CASAUx

Ha de ser, sin duda, una de las temporadas mas interesantes del año en curso, la que reanjará en el Nuevo el actor Roberto Casaux.

El director artístico de la compañía, Elías Alippi, se encuentra trabajando ya activamente en los preparativos, habiendo hecho conocer algunos de sus propósitos.

A estar a las informaciones que hemos recogido, el elenco de Casaux estará constituido en su mayor parte, por las mismas figuras que lo integraban en la temporada anterior, si bien Elías Alippi tomará una parte más activa en las interpretaciones, teniendo a su cargo papeles de responsabilidad. Es posible que el conjunto sea aumentado con alguna primera figura femenina, aunque nada hay resuelto todavía a este respecto.

En cuanto a las obras, se tratará de hacer un esfuerzo artístico, para que el repertorio de Casaux no sea un conjunto de obras anodinas, como desgraciadamente ha ocurrido en algunas temporadas anteriores. Esta resolución coincide con la prédica que desde esta página venimos realizando hace años.

Casaux es un actor de méritos extraordinarios, que si tiene facultades poco comunes para hacer reír, también las tiene para hacer llorar. No todos los artistas pueden decir lo mismo y es una pena

que, por culpa de direcciones desafortunadas y de malos consejos, se pierda para la escena sería una figura de tan positivos méritos.

Nos congratulamos de los propósitos que animan a la dirección artística del Nuevo. Está bien que se comience por proyectar bajo tan promisorios auspicios, pero será necesario persistir después en tan loable tendencia, a despecho de las tentaciones que pudieran surgir de algún ruidoso éxito de taquilla.

Se dice que Elías Alippi cuenta ya con un buen lote de obras, algunas de las cuales inspiran mucha confianza, tanto desde el punto de vista del éxito personal de Casaux, como del de los intereses de la empresa.

Allá veremos.

EL GENERO PICAresco

La sala del Cómicó sigue ocupada por la compañía de revistas que explota el género picaresco, del que tan Nacional se esta mostrando el público veraniego. No es que nosotros hayamos creído nunca en la ingenuidad del público de ninguna estación, ni siquiera del de las estaciones del subterráneo, pero se nota un considerable recrudescimiento de la sicalipsis en estos meses del calor, fenómeno que abandonamos para su observación, a la rama de la ciencia a que corresponda su estudio.

Nos limitamos a consignar el hecho y a manifestar que las dos revistas que se están dando en el Cómicó son del agrado del público.

"La Grecia del desnudo" se titula una de ellas y aunque lo de Grecia es un poco convencional, está garantido lo del desnudo, y váyase lo uno por lo otro.

En cuanto a "Desnúdate, mujer" también la obra responde al título con la sola diferencia de que la orden va dirigida a una sola y allí se desnudan todas, lo que se explica por el espíritu de imitación de la más bella mitad del género humano.

Las revistas, digámoslo en justicia, no son gran cosa. Sin embargo no hay que olvidar aquello de que de pequeñas causas, grandes efectos. Y por lo visto, son considerables los efectos de las pequeñas cosas que se ofrecen en las revistas del Cómicó.

FILOSOFICAS Y

Y FARMACEUTICAS

Se exhibe en el Nuevo una película que tiene los dos aspectos a que alude el rótulo de este suelto. Se titula "Sensualismo y morfina" contemplándose en ella los estragos que ocasionan ambas plagas sociales. Así, pues, con materiales filosóficos y farmacéuticos puede hacerse una película instructiva y moralizadora, capaz de llenar el cartel de un teatro.

Según se entienda la educación de la mujer, esta cinta es apta o no para señoritas. Ello constituye de por sí otro interesante tema filosófico que no nos es posible abordar ahora por circunstancias que sería lato, y acaso también lata, enumerar.

Parece que la revista, en sus diversos aspectos, es el género veraniego por excelencia. Así es que, cediendo a esa sugestión, Inés Berutti ha dejado por esta vez la opereta y se nos ha presentado al frente de una compañía de revistas. Decimos que ha cedido a la sugestión del momento, pero agreguemos en seguida que sus revistas no tienen nada que ver con el veraniego gusto reinante. Son revistas vestidas, decentitas, muy de su casa. Revistas para todo el año y para todos los públicos.

Para orientar a la gente ha sido necesario que en el título de una de ellas se diga "No apta para caballeros". Esto es elocuente aunque no sea cierto. La otra se denomina "Smart revue". El idioma no hace al caso. Lo mismo es que se hubiera puesto el título en inglés o en chino. La revista a que nos referimos es criolla por sus cuatro costados, si es que tienen cuatro costados las revistas.

El público ha recibido bien a Inés Berutti y a sus acompañantes.

ZARZUELA BUENA Y BUENOS INTERPRETES

Mucho tiempo hacía que la amplia sala del Avenida no reunía tanto público como la noche del debut de la compañía de zarzuela española constituida por elementos de relieve en el género y que durante la temporada oficial están separados. "La reina mora", "Sangre y arena" y "La rabalera", obtuvieron una esmerada versión por los artistas que las interpretaron.

217317

Este número resultó agraciado con el chalet que el 10 del corriente rifó ante el escribano señor Varangot, la Sociedad Argentina de Autores. Hasta el momento en que escribimos, no se conocía el nombre de la persona afortunada con la vivienda desarmable y transportable.

GRAND SPLENDID

Esta regia sala ha preparado un atrayente programa cinematográfico para la semana en curso, pudiendo desde ahora preverse que las funciones se verán muy concurridas por el público elegante y selecto que es "habitué".

CAPITOL

Con bastante público, funciona esta bonita sala de Max Glucksmann, de largo prestigio entre los aficionados al espectáculo silencioso. Lindas cintas serán exhibidas en estos días.

GLORIA

Las funciones que efectúa este cine se ven diariamente concurridas por muchas familias. Los espectáculos son siempre seleccionados.

PARC

La Catedral del cine en Palermo continúa gozando de crédito, y atrayendo a mucha gente.

Notas de España



Los marinos de la "Sarmiento" escuchando el himno nacional argentino en el momento en que el comandante de la fragata Costa Palma, el cónsul de la Argentina, señor Molina y los oficiales de la nave, ocupaban la presidencia en el festival taurino celebrado en su honor, en Sevilla.



El alcalde de Sevilla y el gobernador militar, en compañía del comandante de la "Sarmiento", Costa Palma y demás oficiales del buque, después de depositar una corona de flores en la tumba de Colón, en el interior de la Catedral, ofrendada por los marinos argentinos.



El comandante Costa Palma, el alcalde de Sevilla y el gobernador militar, seguidos de la demás comitiva, saliendo de la Catedral, después de que aquel depositara la corona de flores en el sepulcro de Colón.



Dos vistas obtenidas durante las tradicionales fiestas de Guadalupe, realizadas en Fuenterrabía, por la compañía de gastadores
Fots. Serrano y Marín

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Traje para la estancia, de hechura sencilla, ejecutado en tuleskasha' Les pavés dégradés'. Falda con dos volantes de forma ligera, con adorno de una capa en la espalda. — 2 — Traje para la tarde de crespón de china color crema, estampado azul. Adorno de satén azul ultramar en el escote y en la parte inferior de las mangas y de la falda.

